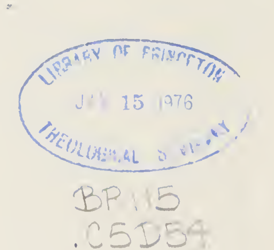
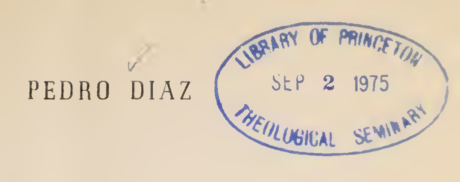


HUMANISMO Y CRISTIANISMO

PEDRO DIAZ



HUMANISMO
Y
CRISTIANISMO

PROLOGO DE
AMERICO GHIOLDI

MONTEVIDEO
1951

PROLOGO

El mejor elogio que puede hacerse al libro del doctor Pedro Díaz, es decir que está destinado a satisfacer un requerimiento profundo de la educación pública del Plata, y en general, de América; la necesidad de un trabajo compendioso de los principios generales de la educación popular. Con frecuencia, la labor de maestros primarios y profesores secundarios se resiente por falta de la comprensión profunda de los principios e ideales que animan a la sociedad y escuela democráticas. Carente de filosofía de la democracia y del laicismo, la labor profesional de los maestros queda reducida a mera técnica e instrucción, cuando en verdad lo que más necesita la democracia contemporánea es suscitar, por intermedio de la escuela, convicciones claras y hondas en los ciudadanos. Democracia y laicismo son palabras frecuentemente empleadas en los discursos, pero no siempre suministran contenido concreto a la conciencia de los hombres; más son lemas o "slogans" que síntesis de convicciones asentadas en la historia.

La actual crisis mental de nuestro tiempo coloca a todos los hombres, y más particularmente a los educadores, en la obligación moral e intelectual de ahondar y purificar las fuentes de las propias convicciones. Democracia y laicismo no son ideologías concebidas arbitrariamente por un grupo de hombres y luego yuxtapuestas en la mente de los ciudadanos y educadores, sino la resultante de prolongadas y difíciles bregas humanas y de renovadoras evoluciones sociales y culturales. Cada nueva generación debe comprender los significados profundos y los fines humanos concretos que están asignados a las concepciones democráticas y laicas, pues éstas no se adquieren por he-

rencia, sino que deben ser incorporadas al espíritu por un laboreo propio y renovadamente original.

El Doctor Pedro Díaz resume en este libro la labor de su larga y fecunda vida de estudioso. Admírase en su trabajo el prolongado esfuerzo que importa el haber acumulado tanta información histórica que se ofrece no en cronología carente de sentido sino como un ejercicio del juicio aplicado a los hechos y desenvolvimientos concretos. La vasta erudición del doctor Díaz no es peso que mortifique y aplaque, sino estímulo para nuevas lecturas y estudios. El tono polémico que caracteriza al doctor Díaz, es hijo sin duda de una existencia de lucha en defensa de la verdad y de los ideales queridos, y agrega un nuevo motivo de interés humano a la lectura. El trabajo descubre al lector las raíces de la formación democrática y de la evolución intelectual y social de la humanidad que conduce al laicismo. Hace lúcidas en la cabeza del lector las ideas y los sentimientos que animan a la ideología democrática y a la escuela moderna, tan vilipendiada y motejada por quienes, antes que poner la mirada y la reflexión en las enseñanzas de la historia, se pronuncian dogmáticamente en nombre de concepciones teológicas.

El laicismo es una doctrina de civilización o como muy bien dice el Dr. Díaz, la laicidad es matriz de la civilización. Importa poner en claro la idea de que el laicismo, como toda gran concepción humana, es un producto histórico y de ninguna manera un engendro más o menos armonioso de la imaginación y de la inteligencia que operasen en el vacío. El proceso de secularización de la ciencia, de la historia, de los hábitos de vida, y del deslinde de los campos conceptuales que están dados en la doctrina laica, surgen en la historia como exigencias y producciones necesarias a la vida de los hombres. El laicismo no importa la impugnación al sentimiento religioso, hecho universal de todos los tiempos y de todas las razas. Es una doctrina que proclama los fueros de la razón y los derechos de la convivencia humana. Pasteur, hombre religioso, y hasta con prejuicios de Iglesia, defiende en el acto de la investigación en el laboratorio el derecho del hombre a buscar la verdad sin sentirse cohibido ni limitado por ningún dogma. Su vida es una lección de positividad y de laicidad.

Conviene puntualizar el sentido y alcance del laicismo, a veces oscurecidos en la polémica superficial de todos los días con quienes aplican a esta doctrina motes y calificaciones infamantes. Hace pocos años ofrecí en unas jornadas laicas realizadas en Buenos Aires un conjunto de proposiciones que me parecía caracterizaban suficientemente el contenido del laicismo, y que paso a sintetizar creyendo que de tal modo encarezco mejor los valores primordiales de la obra del doctor Díaz.

Producto de la evolución histórica, —el laicismo— regla teórica y práctica,— elaborado por la experiencia, tiende a delimitar las funciones del hombre, en relación con la Iglesia, por un lado, y con la vida social, por otro, para sustraerlo a la tutela opresora de dogmas. Nace de la necesaria secularización de la ciencia, la filosofía, la historia, las instituciones y de la general actividad humana. De ese fundamento histórico y vital surge su solidez filosófica y moral. De ahí resulta también que no es proclama de ateísmo ni movimiento anti-religioso.

La humanidad en conjunto se ha enriquecido con la variedad de tendencias, escuelas, creencias y aportes de hombres de diversas razas ,lenguas y religiones. El laicismo es así la doctrina de la humanidad que se hace y renueva por sí sola. Promueve y exalta la acción que renueva sin cesar a la humanidad.

El laicismo es también una actitud de la mente. Es la creencia razonada en la fuerza del pensamiento que se genera a sí mismo por la observación y el experimento y en la razón que elabora las ideas científicas y sociales que permiten interpretar los fenómenos y coordinarlos. Rechaza los "a priori" dogmáticos y absolutos que prescriben contenidos inmodificables a la conciencia del hombre, ponen límites al pensamiento y levantan vallas a la investigación.

El laicismo es, además, una conquista que, por fundarse en el derecho del hombre y del niño al libre examen y al desarrollo sin trabas de la mente, constituye una expresión de democracia. Y en el actual momento americano, Democracia, Libertad y Laicismo, son aspectos del mismo proceso de lucha histórica en favor de la emancipación del hombre, de teocracias, absolutismos tiránicos y opresiones económicas.

El laicismo es espíritu de libertad. Por serlo, exige de toda

autoridad demostración de su razón de ser y de sus diplomas. En cuanto promueve la educación del hombre con disposición liberal (empleada la expresión como antagónica de la disposición autoritaria y totalitaria) el laicismo es un freno de las tendencias absolutistas de sectas o Estados.

El laicismo no es ateísmo. Tampoco, carece de móviles propios. Suyos son los móviles creados por el pueblo en su avance democrático.

En cuanto las religiones o iglesias no encuentran que sus fines ultra-mundanos son obstaculizados por la ciencia, el laicismo no resulta una oposición a la religión, la que puede añadir para su uso, fundamentos, motivos y móviles.

El laicismo es uno de los principales medios para asegurar la unidad intelectual y moral de la ciudadanía y de la civilidad. La educación es una función primordial del Estado. Este hecho y doctrina modernos no degenerará en la medida en que el principio del laicismo presida la educación popular.

Así concebido el laicismo, como tendencia histórica y principio intelectual y moral, fundado en el derecho de los hombres, la razón y la libertad, puede decirse sintéticamente que significa: una conquista esencial de la democracia; una noble expresión positiva del ideal de emancipación de la inteligencia; un móvil de convivencia pacífica e inteligente; el programa de la tolerancia humana.

El lector de este sustancioso libro encontrará ampliamente fundados estos puntos de vista, cuya difusión entre educadores es una necesidad ineludible e impostergable. Los maestros encontrarán en la obra del doctor Pedro Díaz un manual de la filosofía y de la historia de las ideas básicas que dan existencia a la escuela social.

En el libro de Díaz quedan bien definidos algunos conceptos controvertidos, pero acerca de los cuales conviene tener clara inteligencia; nos referimos a los conceptos de humanismo, progreso, liberalismo, democracia, laicismo. El humanismo no es el movimiento que ofrece como modelo la clasicidad greco - romana; ni tampoco uno de los términos de la apasionada polémica entre los educadores divididos a menudo entre cientificistas y humanistas, técnicos y literarios La memorable polémica del sabio Ardigó y el escritor Lamartine

en el Parlamento francés en 1837, dividió a los maestros en dos tendencias respecto a la fundamentación de los programas de enseñanza El humanismo de que hablamos es el ideal con base de convicciones y cúspide de fe en las potencias del hombre entero. La historia muestra el movimiento humano desarrollando todos los impulsos y móviles en una creación incesante; impulsos y móviles de acción, de pensamiento, de poesía, de filosofía, de religión. La historia muestra al hombre pleno, no seccionado ni parcializado; y lo muestra en una lucha perenne, en la cual la armonía de las opiniones y los pareceres contrarios se logra por un crecimiento de la humanidad sobre sí mismo, produciendo superaciones sucesivas y parciales en cada etapa de la larga brega del hombre.

El ideal del progreso aparece nítido en las páginas de Díaz. Desde fines del siglo pasado se ha hecho mofa con la idea del progreso. La desorientación mental, las desocupaciones económicas, las crisis sociales, los grandes conflictos guerreros, el surgimiento de las prácticas desatadas de las nuevas tiranías, son los argumentos que se han levantado una y otra vez contra la idea, la ilusión o el error del progreso. Ha resurgido, sin embargo, más potente y más lúcida la fe en el progreso, pero no ya como la concepción mecánica de un plan que se realiza automáticamente o como un programa cerrado, cumplido o a cumplirse, sino como el impulso que está en lo más hondo del ser humano, que mueve al individuo en una permanente acción creadora para salvar las dificultades, y superar las contradicciones. El progreso se ha ahondado en el corazón y en la mente del hombre. Al descubrirse una vez más, frente a todas las catástrofes, que la salvación está en el hombre mismo, en su capacidad de poesía, de pensamiento y de acción; que el porvenir radica en la actividad inextinguible que es el secreto de la vida del hombre, se ha aclarado y profundizado la idea del progreso, la que resurge ahora como el más vasto, universal y vigente de los ideales humanos.

Finalmente, de los análisis críticos e históricos que abundan en las páginas del trabajo del doctor Díaz, resulta ennoblecida y robustecida la fe en la libertad. La doctrina de la libertad no está adherida a ninguna forma o aspecto de la vida económica. La libertad pertenece a otra categoría de la na-

turaleza humana que el móvil económico. No es una superestructura de un régimen económico determinado La libertad es un impulso humano que se despliega en infinitas formas, que suscita todas las expresiones de la creación de que es capaz la actividad del hombre.

Yo espero que por su solidez y nobleza, las páginas del doctor Díaz han de ser leídas, por muchos hombres y, muy particularmente, por los educadores. La escuela democrática tiene necesidad de comprender la doctrina que le da sustento; y ésta se funda en las ideas e ideales de Democracia, Laicismo y Libertad.

AMERICO GHIOLDI

Noviembre 1949.

INTRODUCCION

En el prefacio de su obra "Stoic, Christian and Humanist" (p. 13), dice el Profesor Gilbert Murray: "Temo que lo que yo he escrito en este pequeño libro, pueda enajenarme (o a lo menos disgustar) a algunos de los amigos con quienes he trabajado más íntimamente por ciertas grandes causas humanas. Ellos pueden preguntar por qué he debido escribir tal crítica radical. Ya que no puedo ayudar la fe del hombre común, ¿por qué no puedo a lo menos quedar callado? Mi respuesta es que, si estos temas son de importancia para la humanidad, como creo que lo son, es nuestro deber buscar la verdad acerca de ellos".

Esa respuesta del sabio profesor expresa, en lo fundamental, la justificación de esta modesta obra. La coincidencia no se refiere especialmente al temor que él manifiesta, y que se nota en otros eminentes autores. Es el caso, por ejemplo, de Salomón Reinach, dando explicaciones, casi excusas, en el prólogo de "Orpheus", al presentar ese "cuadro de conjunto de las religiones consideradas como hechos naturales"; su explicación es que "la razón laica debe reivindicar su derecho" y la alega como pidiendo benevolencia. En verdad los espíritus libres tienen, no sólo el derecho, sino también el deber de decir su verdad laica, aunque ella choque con la incomprensión de unos y el fanatismo religioso de otros. Estos se descalifican por sí solos al irritarse porque un hombre dice en conciencia su verdad. La incomprensión de personas no creyentes que, distraídas en el trabajo de sus intereses individuales, o apasionadas en la lucha por otros ideales o principios, no comprenden la importancia que, para la humanidad, tienen los

temas religiosos, —base de los más graves problemas de la
éstos a los creyentes que, considerándose cristianos, no re-
cultura y del progreso humano, —es para nuestra causa más temible que la hostilidad de los fanáticos. No incluímos entre éstos a los creyentes que, considerándose cristianos, no renuncian al uso de su libre razón ni someten su conciencia a las órdenes de un infalible, y que defienden como nosotros las libertades humanas, especialmente las de pensamiento y de conciencia, y quieren la laicidad del Estado y el progreso de la filosofía y de las ciencias sin trabas dogmáticas, y procuran conciliar, con las enseñanzas y conquistas racionales de la ciencia libre, principios fundamentales de moral individual y social que ellos creen en conciencia fundados en los Evangelios (aunque acaso sean realmente ideales humanistas). Confío en que si ellos leen este trabajo contrario a sus ideas, sabrán por lo menos respetar la sinceridad que lo inspira, y acaso comprender que no hay abismo ni barrera que impida la convivencia pacífica y respetuosa entre ellos y quienes, no creyendo en la bondad divina, adoran la divina bondad, divina ella misma, como imperiosa, sagrada ley de verdadero valor religioso, ley de gravitación moral que gobierna el mundo espiritual, ligando a los hombres y a los pueblos, como la ley de gravitación física —con Dios o sin él— gobierna el mundo material, ligando los átomos y los astros.

Con todo el peso de su alta autoridad científica, el ilustre biólogo y humanista doctor Julián Huxley afirma así el carácter vital del asunto religioso para el desarrollo de nuestra civilización: "Actualmente estamos experimentando la lucha de dos ideales opuestos: el de la subordinación del individuo a la comunidad y el de su intrínseca superioridad".

"Otra lucha aún en progreso tiene lugar entre la idea de un propósito dirigido hacia una vida futura en un mundo sobrenatural, y la idea de un propósito dirigido al progreso de ese mundo existente."

" Mientras esos conflictos esenciales no sean resueltos, la humanidad no podrá tener otros fines, y el progreso será vacilante y lento. Antes que el progreso comience a ser rápido, el hombre tendrá que abandonar su temor por la magnitud del mismo y no continuar descargando sobre dioses

míticos y absolutos metafísicos, responsabilidades que realmente debe cargar sobre sus propios hombros". ("La Evolución, síntesis moderna", pág. 671).

Dar a todos los librepensadores la conciencia de esa verdad es el propósito a que se dirige este trabajo; satisfacer una necesidad: no tanto la de dar a todos ellos —especialmente a educadores y educandos— una filosofía de la democracia y la laicidad, pues es muy común que ya la tengan, sino la de darles fundada y clara comprensión de que —dentro de su posición laicista, de respeto de todas las conciencias,— su racional espíritu de amor a la humanidad, a la cultura científica y a la democracia, es toda una filosofía y una moral social; la necesidad de hacer saber a muchos humanistas que son humanistas, y que su humanismo racional y científico, del que oyen hablar muy poco, representa, en la evolución del espíritu humano, un estadio más elevado, muy superior al cristianismo, que tanto oyen nombrar, pero cuya verdadera esencia conocen, en general, muy mal, deformada como se la presenta por la obra de falseamiento de la apologética católica.

Los reaccionarios difaman el espíritu moderno presentándolo como un pensamiento vacuo y sin alma. Frente a la filsofía y la moral cerrada que ellos sostienen, —pretendida verdad absoluta desmentida por la razón y la experiencia,— el pensamiento moderno, abierto, en evolución, en medio de sus dudas y disidencias, lleva en su seno, en su fe humanista, en su espíritu solidario, científico y democrático, todas las esperanzas humanas de progreso, bien fundadas esperanzas, razonablemente justificadas por las enormes conquistas alcanzadas en la breve historia del pensamiento libre, sólo a medias liberado.

Creemos que la vida requiere para su elevación un ideal que sea, en amplio sentido, religioso, es decir, una aspiración común de la humanidad hacia un objetivo superior a la satisfacción de los propios deseos egoístas de cada uno.

En la sociedad moderna, dada la cultura de sus elementos intelectualmente superiores, ese ideal religioso no puede estar en contradicción con la ciencia, como lo está en las anquilosadas formas tradicionales de las religiones positivas.

Los espíritus libres deben saber que su humanismo ra-

cional ha creado la civilización moderna y está luchando para reformrala haciéndola más libre, más justa y más hermosa.

Ellos deben comprender que ese humanismo, que es su fe, fecundo complejo de ciencia, libertad y amor humano, por su esencial sentido altruísta, fundado en un instinto biológico, aprobado por la razón y desarrollado por la ciencia en el concepto del progreso humano, es un ideal de auténtico valor religioso.

Ellos deben saber que ese humanismo, salvador de los destinos de la Especie, es así, por lo menos, la base indispensable de una fe religiosa compatible con la actual cultura del mundo, y acaso por sí solo la religión definitiva de la Civilización.

Deben sentir que defender y servir ese ideal humanista, forma racional superior del altruísmo, es el supremo deber moral del hombre civilizado.

Y deben confiar en el triunfo definitivo y total del humanismo, inevitable por los irreversibles progresos de la filosofía y la ciencia racionales y de la conciencia moral humanista. A condición de que, a la formidable organización de la Iglesia, que hace la propaganda y la defensa de su antagonismo y sus anatemas contra las ciencias y el progreso humano, contra las libertades y toda la civilización moderna, opongan fuertes organizaciones que, en el orden político y en el orden social, hagan la defensa activa de la cultura, la libertad y la justicia.

CAPITULO I.

El Cristianismo contra la Civilización Antigua

1. El ocaso de la civilización antigua se confunde con la ruína del Imperio Romano en una catástrofe común. Aunque coetáneos y conexos, son dos hechos diferentes. La ruína del Imperio Romano, su decadencia, su división y liquidación, es un hecho político, que pertenece a la historia de las instituciones. La muerte de la civilización pagana es un hecho espiritual, es un cambio del pensamiento y de la conciencia humanos, y pertenece a la historia de la filosofía.

Coinciden ambos con el nacimiento y desarrollo del cristianismo y éste se vincula a ambos en grado diverso.

El cristianismo no mata el Imperio Romano. Esa muerte, en lucha obstinada contra causas sociales irresistibles, se señala como "uno de los espectáculos más apasionantes que puedan ofrecerse a las miradas del historiador y del sociólogo". En esa gran tragedia, el cristianismo, "la enfermedad religiosa" es una más, y acaso no de las más mortales, entre las causas de la ruina económica y política coincidente con la decadencia intelectual y moral.

El cristianismo no mata el Imperio; pero hace algo peor: ahoga la civilización pagana, matando, en el espíritu de los pueblos de Occidente, los elementos esenciales de la cultura que animaba a esa civilización, ya decaída por causas generales de orden social y político.

El Imperio, cuya muerte se precipita por causas exteriores, está minado por causas internas de desintegración. Causas económicas y sociales: Roma, después de devorar las ri-

quezas del mundo mediterráneo, consumidora incapaz de producir, está arruinada. Sus ciudades no tienen industrias ni clase productora; unos pocos ricos, con riquezas provenientes sobre todo de la conquista y el pillaje, gozan un lujo insolente entre la miseria del pueblo; el comercio provee a ese lujo exportando al Oriente el oro y la plata de sus tesoros o sus minas, hasta el punto de llegar a carecer de numerario y volver al sistema del trueque. La esclavitud da fuerzas cada vez más escasas y antieconómicas al trabajo. Éste, víctima de la usura, es por otra parte, aplastado por impuestos insoportables. Los productores tratan de abandonar el trabajo; una ley les obliga a mantenerse en sus oficios, fijos de padres a hijos en un régimen de castas. La población disminuye y se empobrece. Queda solamente la tierra. La aristocracia de los terratenientes será la fuerza política.

Causas políticas: Esa clase terrateniente, carente de espíritu público, tiranizada por el poder político, alejada del ejército por la ley, será incapaz de resistir a los bárbaros; no tendrá espíritu cívico, ni se interesará por la política. La Iglesia se encargará después de devorarla en la medida necesaria para ser ella la dominadora.

2. El Imperio carece de constitución. Su Poder Público es inestable. No se sabe quién debe elegir al Emperador. El ejército, depositario de la fuerza y cada vez más separado del pueblo, excluye cada vez más de esa función al Senado. Una crisis revolucionaria del siglo III amenaza liquidar el Imperio. Los esfuerzos de algunos grandes Emperadores —Aureliano, Diocleciano, Constantino, especialmente el segundo— aplazan esa ruina en la que hubiera naufragado acaso toda organización social y todo vestigio de civilización. Ellos consiguen dar al Imperio una organización y crear un cuerpo de funcionarios que permitirán mantener un orden institucional. Habrá un Estado y perdurará su tradición. La Iglesia, al caer el Imperio ante los bárbaros, aprovechará esa organización, sustituyendo a los funcionarios por sus obispos. Pero en un futuro remoto, esa tradición del Estado Romano será una esperanza para la civilización en su lucha contra la Iglesia. (Cap. II, Nº 4).

Cuando Diocleciano se aparta del gobierno, cree que sus esfuerzos geniales han salvado definitivamente al Imperio.

Pero se engaña; no ha hecho más que aplazar su muerte. La han de consumar las invasiones de los bárbaros; pero ayuda a prepararla la "enfermedad religiosa", el cristianismo.

3. Roma no está en lucha con éste ni por sus principios morales ni por sus dogmas teológicos. Ha acogido siempre con amplia hospitalidad a todas las religiones, y hospedado, junto a los suyos, a todos los dioses extranjeros.

No ha hecho coacción a la conciencia religiosa; como Grecia, ha pedido sólo el respeto a la ley y el patriotismo, la fidelidad al Estado. El culto del Emperador en Roma no significaba otra cosa.

"Conviene condenar en primer lugar, dice Bouché Leclerq ("L'Intolerance Religieuse"), un error histórico que, a fuerza de ser repetido, pasa por una verdad demostrada, a saber: que el cristianismo ha liberado las conciencias, liberándolas del yugo de las religiones de Estado. Ese yugo no pesaba absolutamente en las ciudades antiguas, donde se confundía con el patriotismo y no imponía ninguna doctrina."

El mismo autor demuestra que las persecuciones contra los cristianos —realizadas a veces por los mejores emperadores, entre ellos el justo Marco Aurelio— son medidas no religiosas, sino políticas, contra una secta que no admite la convivencia pacífica con las otras, ni se somete al orden del Estado, animada de un fanatismo subversivo y agresivo contra los paganos y sus templos y contra el Estado mismo; y que recién se somete a acatar la soberanía de éste y a prestar servicio militar, cuando Constantino y Teodosio convierten al Cristianismo en religión del Estado, permiténdole inicar su política milenaria de tiranía religiosa.

En el mismo sentido, dice Baudrillart: "Las religiones paganas, tan tolerantes unas para otras, no podían concebir que un culto se presentase como el único verdadero y el único legítimo, no podían concebir que condenase a todos los otros como criminales. Si la religión cristiana sólo hubiese pedido vivir en igualdad entre tantas otras, de ningún modo se le hubiese rechazado. Pero ella se ponía en rival que no sufre absolutamente repartición, y buscaba la destrucción de todas las otras,. Y como la vida antigua, pública y privada, estaba

impregnada de formas religiosas, el conflicto era inevitable." (A. Baudrillart, "La religión romaine", pág. 57).

Antes de su entronizamiento, el cristianismo había sido favorecido por una legislación liberal.

El mismo Constantino había firmado, con su cogobernante Licinio el famoso Edicto de Milán (año 313) que basaba la tolerancia en el deseo imperial de mantener la paz y la felicidad de sus súbditos y en la esperanza de apaciguar a la Divinidad.

Y dos años antes, también bajo el mismo Emperador, había sido promulgado otro semejante en las provincias orientales. Este edicto poco mencionado, del 311 (1), empieza expresando el "deseo de volver al camino de la razón a los alucinados cristianos"; y después de recordar ciertas medidas represivas que les han causado graves males, termina diciendo: " Sin embargo, estamos dispuestos a extender a estos desgraciados, los efectos de nuestra habitual clemencia. Les permitimos, por lo tanto, el profesar libremente sus opiniones privadas y reunirse en sus conventículos sin temor o molestia, con tal de que mantengan siempre el debido respeto a las leyes y al gobierno establecidos".

4. Cuando aquellos emperadores luchan por reconstituir y vigorizar el Imperio, se encuentran trabados por la doble crisis religiosa y económica.

Contra esta última luchan con medidas buenas, como la creación de una moneda sana, y con medidas malas, como la fijación de los precios, y la formación de castas por el mantenimiento hereditario de los oficios. En cuanto a la otra, después de persecuciones bastante duras para causar dolorosas violencias, y bastante blandas para ser ineficaces, opta Constantino por rendirse y dar a la nueva religión carácter oficial. Teodosio I autorizará después a perseguir al paganismo, iniciando una larguísima era de crueldades y sufrimientos mil veces peores que la persecución sufrida por el cristianismo y mucho más injustificada que ésta.

La Iglesia Cristiana oficializada y robustecida, contribuye

(1) Citado por Bury, "La libertad de pensamiento", p. 33.

más a la ruina del Imperio que la secta rebelde perseguida.

El dominio del Imperio así conquistado por el Cristianismo, fué un momento interrumpido cuando Juliano, a su vez, conquista el trono imperial y lo ocupa durante un lapso de casi dos años. (1)

5. En ese breve período, Juliano, educado públicamente en el cristianismo bajo la dirección de su pariente el obispo Eusebio, pero privadamente en las ideas platónicas, por su preceptor, el eunuco Mardonio, intentó restaurar el paganismo reconstruyendo sus templos.

Al hacerlo, dió, sin embargo, a los cristianos, a quienes despreciaba por su corrupción y cuya religión le era odiosa, plena libertad de conciencia, por igual a arrianos y atanasianos, a los que aconseja tolerancia, aunque hay quien supone que secretamente se regocijaba con sus violentas disputas.

El profesor Bury ("La libertad de pensamiento", p. 38) le hace, sin embargo, un cargo a base de un hecho que adolece de cierta inexactitud. "Juliano El Apóstata, dice Bury, quien en su breve reinado (361 - 363 d.J.C.) procuró hacer

(1) En esta historia —toda extraña— vemos a Juliano pasando una triste niñez con su hermanastro Galo encerrado y vigilado en un lejano castillo.

Constantino, el gran emperador instaurador del cristianismo como religión oficial, que había asesinado a su propia esposa, dejó a su muerte tres hijos, quienes, a su vez, exterminan a varios parientes, entre ellos, al padre y al hermano mayor de Juliano. El principal culpable de la matanza era Costancio, a quien, en el reparto de la herencia de Constantino, le había tocado el imperio de Oriente, y que mataría después a Galo, cuñado suyo, haciéndolo primero "césar". un vice-emperador, su compañero en el gobierno. Entonces Juliano, no sólo es salvado de probable igual suerte por la simpatía de Eusebia, esposa de Costancio, sino elevado, como antes Galo, a la alta jerarquía de césar, y enviado a la Galia a defender contra los germanos la frontera del Rin. Su triunfo glorioso en esa guerra (a la vez que el éxito no menor que obtenía como administrador de la Galia) hicieron que sus victoriosas legiones, que Costancio quería, contra los deseos de ellas, trasladar a remotas regiones para hacer la guerra a los persas, se sublevaran y lo proclamaran emperador, al parecer a pesar de sus primeras resistencias. La maravilla se completa al vencer a Costancio sin llegar a la lucha directa con él, que muere de enfermedad, nombrándolo su sucesor A esta ascensión, que parece novelesca, sucede, en menos de dos años, la muerte de Juliano, empeñado en una campaña hacia Oriente.

revivir el viejo orden de cosas, proclamó una tolerancia universal, pero colocó a los cristianos en una situación desventajosa prohibiéndole enseñar en las escuelas". Expresado con esa generalidad, el cargo resulta inexacto. Lo que hizo Juliano fué excluír a los maestros cristianos de las escuelas municipales, (escuelas del Estado, porque no había separación de jurisdicciones) las que eran todavía paganas y donde se enseñaba con arreglo a los libros de Hesíodo y Homero; así lo explica documentadamente Gaetano Negri en su estudio histórico "L'Imperatore Giuliano l'Apostata".

La solución, justa y moral, impedía que el maestro cristiano traicionara su propia conciencia enseñando una moral contraria a la suya y a las ideas que profesaba fuera de la escuela, a menos que traicionara los deberes de su cargo predicando ideas contrarias a las que se obligaba a enseñar. La ley escolar dictada por Juliano no decia nada de estas cosas; se limitaba a reservarse la aprobación de los candidatos, de cuya moralidad y competencia se mostraba cuidadoso. Pero, en circular publicada al mismo tiempo, explicaba su intención y la justificaba. Alentaba a los maestros a decir su pensamiento libremente y a seguir enseñando con arreglo a Hesíodo y Homero si eran paganos como ellos. "Pero", agregaba, "si al contrario, están convencidos de sus errores (de aquellos autores) respecto del concepto de la divinidad, en tal caso, entren en las Iglesias de los galileos a explicar a Mateo y Lucas, los cuales mandan a sus creyentes estar alejados de las ceremonias sagradas" (obra cit., p. 336 - 340).

No había, pues, desventaja limitativa de la libertad de conciencia en el sistema de Juliano; que los cristianos no predicaran las ideas de Hesíodo y Homero en las escuelas municipales, pudiendo, en cambio, enseñar o predicar libremente su fe cristiana con arreglo a Mateo y Lucas, es decir, a los Evangelios.

6. Hemos dicho que el cristianismo contribuyó a la ruina del Imperio sólo como una de las causas y no la más poderosa de ese fin, pero contribuyó más gravemente a la muerte de la civilización pagana y de su cultura.

Estas estaban ya en un período de depresión. Grecia había sufrido la decadencia económica, en gran parte como sanción

de una culpa de injusticia, la esclavitud, que hacía antieconómicos el trabajo industrial y la explotación de la tierra ("Le declin d'une civilisation", de Barbagallo). Conquistada, después, por Roma, su cultura decaía más; nunca bien organizada la cultura popular superior, su propagación (que los sofistas hicieron desde la 2ª mitad del siglo V, viajando de ciudad en ciudad) no podía ser mantenida por Grecia misma, y menos lo sería por la nación conquistadora, que en su propio seno nunca había dado mayor importancia a las especulaciones desinteresadas.

"La nulidad científica de los Romanos, dice Luis Weber ("El ritmo del progreso"), no ha tenido igual, si no es la de los Chinos". ¿Cómo esa ininteligencia radical de la ciencia en los conquistadores, que no han tenido como suyo ni un físico, ni un astrónomo, ni un geómetra, ni un aritmético, no habría de tener una funesta repercusión sobre los vencidos? Entre éstos, a su vez, la ciencia agonizaba por falta de su "oxígeno". "Es demasiado evidente, dice Abel Rey ("La maturité de la pensée scientifique en Grèce", p. 554, de "L'Evolution de l'Humanité"), que la ciencia helénica en su plenitud desapareció con la conquista romana, no obstante, durante algún tiempo todavía, la relativa independencia del centro Alejandrino. La Civilización griega fué inspirada por la libertad, la conciencia de la libertad, la lucha por la libertad. La disolución comienza desde que la libertad se pierde. Ella se continúa irremediable ,a medida que la libertad desaparece".

En este medio espiritual enrarecido, se propagaban, aun antes del cristianismo y al mismo tiempo que él, otras supersticiones orientales, (mitraísmo, orfismo, maniqueísmo, etc.). El cristianismo, fenómeno del mismo género, continuaba y agravaba la misma obra; iba a ser de más nocivos efectos.

Ferdinand Lot ("La fin du monde antique et le debut du moyen age") explica las causas de la decadencia de la filosofía y de la ciencia, causas en parte generales, porque, para su desarrollo, aquéllas necesitan un espíritu de abnegación que es siempre excepcional,y además, independencia y a la vez apoyo de la opinión pública y del poder, y asilos y recursos sin los cuales están siempre su vida y prosperidad amenazadas. Sin haber sido nunca objeto de una organización de en-

señanza regular, ellas han dependido de los esfuerzos personales aislados de un reducido número de sabios. Sin embargo, las hemos visto florecer en Grecia, y producir, por la razón libre y la natural tendencia del espíritu humano al conocimiento, —especialmente en las inteligencias poderosas,— lo que se ha llamado "el milagro griego", que no era propiamente griego sino principalmente racional, fruto de la razón libre, gesta gloriosa del espíritu, en la que, nombres como Tales de Mileto, Demócrito y Heráclito, Sócrates, Aristóteles, Platón y Epicuro, bastan para despertar respetuosa admiración y profundo asombro.

Esa civilización (a la que muy modernas investigaciones, especialmente arqueológicas, remontándose al siglo XXV o más atribuyen diez o veinte siglos más de antigüedad de lo que hasta hace unas décadas se creía.. tiene su centro en Atenas, dominando casi toda la península helénica y las islas y el Asia Menor, y echa las bases de toda una serie de disciplinas: la arquitectura, la ingeniería, la geometría, la aritmética, la mecánica, la astronomía, la geología, la lógica y la teoría del conocimiento, esbozando la teoría de la evolución.

Fué primero el patrimonio común de toda la población de la ciudad, incluso los esclavos. Se agrava después la diferenciación de clases, por guerras, pestes, aumento de población; y la aristocracia, que podía conservar el dominio de las ciencias, encuentra un campo de acción en Oriente, por las conquistas de Alejandro, mientras que, en su propio centro, sufre desde hace tiempo la lucha con la clase pobre, y es invadida por el espíritu oriental, que inunda el occidente con sus supersticiones religiosas.

Grecia ha tenido en aquel brillante período, al lado de su ciencia, el culto de la belleza, que hace función de religión; ésta, y con ella la ciencia, gozan de la libertad general del espíritu, que se extiende a la vida política. De ahí la actividad fecunda de ese glorioso período. Ese momento ha pasado ya; y la decadencia intelectual se ha iniciado, cuando Grecia, debilitada, sufre la conquista romana. La aristocracia de los conquistadores heredó el ideal científico, religioso y artístico de la Grecia conquistada, aunque, de sus filosofías, no tomara preferentemente la de más alto pensamiento y de sentido más

científico, el epicureísmo, sino el estoicismo, más acomodado a las conveniencias políticas y al espíritu conservador de la Roma conquistadora.

Pero, Roma misma sufría ya los efectos de su decadencia económica y política. Su nueva civilización —que impuso, con la paz romana, el orden y la ley en el mundo mediterráneo— iba a caer, conjuntamente con su estructura política, el Imperio.

"En fin", dice el mismo autor, "la ciencia tanto como la filosofía sufre la terrible concurrencia del espíritu mítico que ofrece a menor precio soluciones más seductoras de los problemas de la vida y de la muerte. La abstracción científica es incapaz de conmover los corazones y los apetitos, como la religión, que promete la felicidad, aquí abajo o en otra parte, al egoísmo sentimental de los hombres. La ciencia y la filosofía, impotentes para luchar contra el misticismo, que procura al iniciado la unión con el Ser absoluto, fueron sumergidas por ese torrente de religiosidad venido del Oriente, el cual, sobre todo a partir del 1er. siglo de nuestra era, no tolera nada fuera de él mismo. La filosofía emergerá de nuevo al fin del siglo XI. Pero, de la ciencia, no quedará más que un montón de procedimientos no vivificados por ninguna explicación metódica. De la Antigüedad, la Edad Media, a lo menos la cristiana, no recogerá más que una colección de recetas, y aun esa colección, largo tiempo incompleta". (F. Lot. Ob. cit., pág. 194). (1)

7. Y esto no es lo peor. La gran pérdida de la ciencia en la Edad Media no es la de los conocimientos, los hechos científicos y las teorías que hubiera elaborado el pensamiento antiguo La pérdida terrible consiste en que "la Revelación anonada el esfuerzo de la razón griega". Lo más preciado de la ciencia no son sus adquisiciones concretas, sino el espíritu científico, el deseo de la verdad, la voluntad de realizar la búsqueda del conocimiento por la experiencia guiada por la razón hasta alcanzar la evidencia y no admitir como verdad sino lo que así resulta comprendido y probado.

El cristianismo opera una transformación de la mentalidad

(1) Los mahometanos se mostrarán menos fanáticos y servirán mejor la causa de la civilización. (Ver Cap. II, nota en el Nº 6).

humana; la opera regresivamente por lo menos en las gentes cultas. Crea en ellas una mentalidad nueva, o diferente, porque la cultura antigua era racional; y así, no sólo desde el siglo III antes de nuestra Era la mayoría de los griegos de cierta cultura eran más o menos puramente racionalistas, siguiendo las doctrinas epicúreas, estoicas y escépticas, sino que, según el Profesor Bury, ya al final del siglo V a.C. los racionalistas eran tan numerosos que hacían imposibles las persecuciones contra aquellos que se rebelaban contra las creencias religiosas.

La fe cristiana trastorna esa mentalidad culta y la sustituye por un pensamiento mítico, regresión a la mentalidad del hombre primitivo, objeto de interesantes estudios de L. Levy Bruhl, que habían conquistado la atención del mundo sabio y adquirido un gran prestigio. Levy Bruhl pretendía que esa mentalidad del hombre primitivo presenta una diferencia cualitativa con la del hombre civilizado y la calificaba de "prelógica", opinión que no compartieron, entre otros, ni Brunschvicg (1), ni el célebre antropólogo Frank Boas (de la Universidad de Columbia) que ha estudiado profundamente las tribus esquimales, ni el eminente humanista Julien S. Huxley, profesor de la Universidad de Londres, quien considera la mentalidad del hombre primitivo "esencialmente similar (a la nuestra), pero operando en diferentes condiciones materiales y sociales". Ultimamente el propio Levy Bruhl abandonó su

(1) Brunschwicg ("Les ages de l'inteligence", págs. 27 - 32) explica que sin cambiar la base de la causalidad, es decir, la relación constante del fenómeno con sus antecedentes, el primitivo es engañado, porque las causas no caen todas bajo la percepción de los sentidos; pueden estar en los dominios de lo infinitamente pequeño, donde sólo una experimentación científica (y no la experiencia vulgar) puede descubrirlas. El fracaso de las previsiones que se desprenden de las causas mal conocidas induce a creer en la intervención de poderes míticos (el mago, el hechicero, los demonios, los ángeles, los santos, el Destino, la Providencia..) y esta fe supersticiosa hace que el creyente "sepa" de antemano la causa mítica del fenómeno y no se cuide del orden natural. No hay que limitarse a los salvajes. Hipócrates quería la investigación para conocer las enfermedades y sus remedios. San Agustín y Santo Tomás no necesitan investigaciones. Son cristianos; "saben" que la causa son los demonios y el remedio, los exorcismos. Es el cambio radical de la mentalidad que el Cristianismo produce: la Revelación mata la Razón.

tesis, en cuanto al carácter "prelógico" del pensamiento primitivo. Así lo revelan los cuadernos póstumos que su hijo M. Henri Levy Bruhl ha entregado a la revista "La Nef" (número de mayo 1946). Pero debe observarse que, si bien se rechaza el carácter "prelógico", porque la estructura lógica del espíritu es la misma en todos los grupos humanos, las observaciones de Levy Bruhl subsisten en lo fundamental, pues el pensamiento del primitivo no se detiene ante las "incompatibilidades" físicas (él no quiere ya decir "contradicciones"). Queda, después de esta rectificación, que el pensamiento del hombre primitivo, incivilizado, se caracteriza como "mítico".

Lo que es claro es que el profundo trastorno de la mentalidad de occidente que el cristianismo produce con su contenido de supersticiones asiáticas, ahogando la razón, significa un retorno al pensamiento incivilizado del hombre primitivo y, en consecuencia, la ruina de la ciencia y la cultura.

Las características que Levy Bruhl señala en el pensamiento primitivo mítico se encuentran todavía, típicas, en los dogmas cristianos.

Entre esas características de la mentalidad primitiva incivilizada señala Levy Bruhl lo que llamaba "ley" de participación (pero que después de rectificarse mantiene como "hecho"), contrario al principio de identidad, y en virtud de la cual los hombres de cierta tribu son a la vez loros, y los de otra, peces; y hay hombres tigres y hombres panteras. En la supersticiosa teología cristiana, por aquel mismo efecto, un hombre puede ser a la vez Dios —unión hipostática—, concepto convertido en el dogma de la encarnación; y Dios viene a integrarse así con una segunda persona, que con el Espíritu Santo serán tres, y esas tres personas distintas serán un solo Dios, bajo el misterio de la Santísima Trinidad, dogma también de la teología católica. (1)

---

(1) Por la misma ley de participación encontraremos en la misma teología que una serpiente o un macho cabrío pueden ser el diablo.

Y como, por otra característica del pensamiento primitivo, hay un mundo natural, y otro sobrenatural, poblado de ángeles y demonios, y los dos se juntan y confunden, el pensamiento cristiano, que en este aspecto es igualmente primitivo —es decir, supersticioso— enseña que

El trastorno que la invasión del cristianismo produce en Europa, no se realiza sólo en la religión, sino que pasa a los dominios científicos. No daremos de ello más que el ejemplo de algo de lo que hacía en medicina; se ve así la perfecta similitud del pensamiento cristiano con el del hombre primitivo, ambos igualmente anticientíficos.

Entre muy numerosos casos de pensamiento mítico que Levy Bruhl registra en esa materia citaremos dos: Uno, tomado de la obra de W. H. Bentley ("Pioneering on the Congo"), es el de un negro que no teme que lo enferme el viento frío; no cree que nadie caiga enfermo y se muera sino por acto de un hechicero. El otro es el de un salvaje de Nueva Zelandia; como sus conterráneos, éste atribuía a Atua (un espíritu) todo lo que les hace sufrir; y el misionero que narra el caso explica que este salvaje decía que Atua estaba dentro de su cuerpo y lo devoraba.

Pues bien, ese negro y ese maorí no son más "primitivos" o supersticiosos que San Agustín y Lutero, cuando, pensando como cristianos, atribuían ambos las enfermedades de los cristianos a los demonios; también éstos se metían en el cuerpo de aquéllos, de donde había que sacarlos con exorcismos (1), todo ello contra la idea impía del pagano Hipó-

---

nuestro mundo está poblado de demonios tentadores y ángeles de la guarda.

El pensamiento primitivo desconoce las leyes naturales; y, como tal, el cristianismo desconoce igualmente ese orden natural y la causalidad que lo rige o lo caracteriza; de modo que no sólo adopta así todos los viejos milagros del Antiguo Testamento, sino que los imita y repite —Jesús no podía ser menos que Jehová— y hace otros mayores; y, lo que es todavía más grave, los hace practicar todavía hoy, por montones; y no sólo por obra de Dios y de la Virgen y de los santos, sino que los multiplica por la intervención de todos y cada uno de los curas en todas y cada una de las iglesias, y cualquier día y a cualquier hora; bastando unas pocas palabras con una hostia en la mano, para que la harina de esa hostia, como la de las otras dentro del cáliz y el vino de la vinajera se conviertan en carne y sangre, —nada menos que carne y sangre de Dios—, magnífico milagro de la transubstanciación, que es otro misterio y da base al dogma de la Eucaristía.

(1) Estos exorcismos cristianos, recomendados por San Agustín y Lutero (y por Santo Tomás de Aquino) no son cosas del pasado. Es bueno recordar que constituyen todavía hoy la técnica del bautismo, de

crates, (sigio V a.C.) que, por la experiencia buscaba las causas de las enfermedades y sus remedios.

8. En su obra "Les Progrès de la conscience dans la philosophie occidentale", L. Brunschvicg comentando el carácter fugitivo de la aparición de la sabiduría en el mundo helénico dice:" Es que, en efecto, la oposición entre el "savoir faire" empírico y la reflexión sobre los principios y los métodos, no corresponde sino al aspecto más abstracto y más especulativo de la cuestión: "El **homo faber** observa M .M. Thibaudet, ha podido ser definido también como un "animal religioso". Es decir, concluye Brunschvicg, que el "**homo sapiens**" ha tenido que confrontarse no solamente con el "homo faber", sino también con el "**homo credulus**". La antítesis no es ya, desde este punto de vista, la de la técnica y de la ciencia; es la del lenguaje y del pensamiento".

El mismo autor (obra citada) ha podido señalar el hecho de que "la introducción del racionalismo occidental, con Pitágoras y con Sócrates, se adelantaba en veinte siglos a la era de nuestra civilización". Nosotros, imitándolo, podemos decir "contrario sensu", que el cristianismo, ahogando el racionalismo y la libertad de pensamiento científico, retrasaba en muchos siglos esa misma era de nuestra civilización. (1)

El cristianismo provoca la decadencia de la literatura; en Occidente, ya "el III siglo es un Sahara literario" (F. Lot. Ob. cit.) ; en Oriente la decadencia comienza antes, pero tiene

---

modo que al administrar al recién nacido ese importante sacramento, el sacerdote —con ayuda de cruces y agua bendita y mediante enérgicos insultos dichos en latín— arroja al diablo del cuerpo del niño, metido allí a consecuencia del pecado original de Adán y Eva.

(1) Frente a la descripción viva y compleja que de las causas de la decadencia de la civilización antigua hace brillantemente Ferdinand Lot, causa tristeza ver cómo Guillermo Ferrero, después de los importantes seis volúmenes dedicados a la grandeza de Roma, al tratar de su decadencia, atribuye la causa de ésta sencillamente a una crisis de autoridad, en un simplismo que no hace honor a su reputación de historiador sociólogo y que se agrava cuando, de esa explicación insuficiente de la decadencia del mundo antiguo, pretende deducir una lección para la crisis que amenazaría al mundo moderno y su civilización, planteando una similitud de situaciones de que da buena cuenta la crítica de Jean Richard Bloch ("Destin du siécle. IV. L'homme moderne").

una renovación entre el fin del siglo I y el del III. Pero esto interesa aquí menos. Lo que había de producir una influencia funesta para la civilización es la muerte del espíritu científico y del libre pensamiento filosófico, por obra de la fe cristiana; la Razón ahogada por la Revelación.

Este hecho funesto se revela de dos modos.

En primer lugar todos los grandes teólogos cristianos, aun en la época en que asoma confiadamente el racionalismo religioso, están de acuerdo en subordinar la razón y sus conclusiones —aún fundadas en la experiencia,— a las enseñanzas de la Revelación, es decir, de la Escritura. Los primeros racionalistas religiosos confían, es verdad, más ingenuamente que sus sucesores, en que el uso de la dialéctica no los pondrá en conflicto con la fe. Pero aun el primero de ellos, Juan Escoto Erigene (fines de siglo XI) no opone la razón a la Escritura contrariamente a lo que se afirma de ordinario, sino sólo a las interpretaciones de ella por los Padres, si éstas no le parecen bien fundadas; y así mismo es reiteradamente condenado por la Iglesia. ("La prilosophie au Moyen Age-De Scot Erigenes a Occam", p. 14 y 15, por Etienne Gilson, autor católico de quien tomamos de preferencia los datos sobre este asunto).

Un discípulo de Escoto Erigenes, Berenger de Tours, usa más libremente la razón que su maestro; pero, no sólo tiene que abjurar públicamente sus concepciones racionales (Id. p. 35) sino que, según el Profesor Gilson, "su intemperancia dialéctica no podía dejar de provocar una reacción contra la lógica y aun en general contra todo el estudio de la filosofía" (p. 35). De todas partes se procura alejar a los espíritus del estudio de las ciencias profanas; el autor cita diversas autoridades en ese sentido, especialmente Pedro Damián, que ya establece lo que quedará como una sentencia en todo el pensamiento medieval: que las ciencias humanas si se aplican a las Escrituras (o se encuentran de cualquier modo frente a ellas) deben quedar a su respecto "como una sirviente ante su ama, en una especie de domesticidad". (Philosophia treologiae ancilia).

Lo mismo se ve en San Buenaventura, siglo XIII, contemporáneo de Santo Tomás (p. 114). Lo mismo en Alberto el Grande, que no pudiendo ni negar el valor de las enseñanzas

de Aristóteles (así como de otros griegos y sus discípulos árabes y judíos) ni aceptarlas en conflicto con el espíritu cristiano, las estudia para que sean adaptadas a la fe religiosa (p. 163 y s.) Aunque Alberto el Grande haya reconocido la autoridad de los griegos (Aristóteles, Hipócrates, Galeno) la limita a la física o la medicina, (las ciencias humanas); en materia de fe y de costumbres, no sólo reconoce necesariamente la de la Escritura, sino que prefiere antes que ellos, a San Agustín.

Esa obra de adaptación en que se deforma a Aristóteles, habrá de ser completada por Tomás de Aquino; pero, naturalmente, en el mismo sentido de prevalencia de la fe, tanto más cuanto que ya la desconfianza contra la razón se había hecho más despierta y enérgica.

La misma adhesión se mantiene en Duns Scot y Guillermo de Occam, a pesar del cambio científico que ellos preconizan, prefiriendo, al método deductivo de la escolástica, el método inductivo, que será el de las filosofías ulteriores, yendo de la observación de los hechos a la comprobación de las causas y las leyes que los rigen.

Es lo que ya enseñaba Tales de Mileto dos mil años antes; y acaso lo que se llama el occamismo sea la enseñanza de algún viejo pergamino griego.

9. El otro modo por el que se revela la guerra declarada a la razón para ahogarla bajo el peso de la Revelación, nos lo da la Iglesia misma con su doctrina de oposición al saber en nombre de la verdad revelada y con el hecho de la persecución constante, secular, contra la ciencia desde sus primeros ensayos hasta los contemporáneos desarrollos de la biología y de las ciencias sociales.

Un eminente teólogo liberal protestante (P. Wernle, profesor de teología en Basilea) reconoce: "**El hecho de que la religión cristiana haya sido, desde el tiempo más remoto hasta la actualidad, hostil a la ciencia**, podría interpretarse en último término como la convicción de que la religión tiene algo que temer del pensamiento, por estar su fundamento fuera de la realidad". Dice en el mismo sentido: "Acaso nada haya perjudicado tanto en los últimos siglos al Evangelio como el he-

cho de que la mayor parte de sus representantes se hayan opuesto en su nombre a la investigación de la verdad".

Por más respetable y simpático que pueda resultar este esfuerzo de un espíritu religioso para favorecer el imperio de la verdad científica, debemos reconocer que aquellos a quienes él censura tienen cristianamente razón. Las verdades científicas y el espíritu científico son inconciliables con todos los dogmas del cristianismo y con el espíritu mítico que los inspira Para comprender cómo este sabio teólogo puede admitir la coexistencia de ambos, es preciso saber que yendo aparentemente más lejos que Loisy y Guignebert— que reducen la supuesta enseñanza de Jesús al amor a Dios y el amor al prójimo, —Wernle declara que "la creencia en Dios constituye en rigor la totalidad de la fe cristiana", lo que parece evidentemente vaciar el cristianismo de todo su contenido específico y caracteristico. Queda de todos modos esta "confesión de parte" sobre la contribución negativa del cristianismo a la elaboración de la civilización moderna, la que no habría podido crearse sin el desarrollo de la ciencia, combatido constantemente por aquél.

10. La misma acción general de la religión contra la ciencia se comprueba en un caso particular, pero especialmente elocuente, cuando ella domina y gobierna la Universidad de París (la primera y más famosa de todas), obra que la Iglesia invoca como uno de sus títulos de protectora de la cultura.

El mismo profesor Gilson nos explica el progreso de esa Universidad, por la existencia en París de un medio escolar ya desarrollado desde el siglo XII y por la protección interesada de dos potencias: los reyes de Francia y los Papas. Y es de sus mismas explicaciones que resulta que los primeros buscaban aquel progreso por el prestigio y la influencia exterior que daba a Francia; mientras los segundos, protectores más eficientes desde Inocencio III, y especialmente desde Gregorio IX, querían convertirla en el más poderoso instrumento de su dominio sobre la intelectualidad europea; de modo que, observa el católico autor, mientras nuestras universidades modernas se organizan unánimemente para la trasmisión y el desarrollo de las disciplinas científicas que son su objeto, la

Universidad de París en el siglo XIII está "dividida, al contrario, entre dos tendencias contradictorias, una de las cuales hubiera concluído por hacer de ella un centro de estudios puramente científicos y desinteresados, mientras que la otra trataba de subordinar esos estudios a fines religiosos y ponerlos al servicio de una verdadera teocracia intelectual".

Además de la enseñanza, poco desarrollada, de la medicina, un gran número de hombres se dedican en esa Universidad a la enseñanza del derecho; y ya aparece el conflicto: "mientras muchos entendían consagrarse al estudio del derecho romano, fundamento de una sociedad civil autónoma, no dependiente sino de sí misma, el Papado vino pronto a prohibir esa enseñanza y a exigir que el único derecho enseñado en París fuera el derecho canónico, fundamento de la socidad religiosa misma, y de toda sociedad civil que se integra en un organismo religioso".

El autor explica el desarrollo del mismo conflicto en cuanto a la filosofía. De una parte, adictos a la dialéctica, ciertos maestros se atenían a ella y no querían ocuparse de la teología (Abelardo mismo lo hizo así durante un largo período). Esa tendencia se robustecia cuando, por el descubrimiento de Aristóteles, de sus obras de física, moral y metafísica, ellos podían no ya enseñar sólo un método lógico y formal, sino trasmitir además las nuevas enseñanzas del sabio griego sobre física y moral con prescindencia de la teología. En la facultad de teología prevalecía la tendencia contraria. En esa lucha interfiere la enseñanza de Alberto el Grande y Santo Tomás de Aquino, conciliando Aristóteles (reformado, deformado y adaptado a la Revelación) para organizar una nueva teología. En esta enseñanza, la Universidad cesaba de ser libre y dependía de "una jurisdicción más alta que la de la razón individual" (la tiranía papal). El autor hace notar que, dada la importancia de ese centro de enseñanza, por los efectos extensos de su acción, "la Universidad de París no podía ser sino o el medio de acción más poderoso de que disponía la Iglesia para extender la verdad religiosa en el mundo entero o una fuente inagotable de errores capaces de envenenar a toda la cristiandad".

Los papas obran en consecuencia. Prohiben la enseñan-

za de la física y la metafísica de Aristóteles (año 1215); introducen a los Dominicos y Franciscanos por la fuerza en la Universidad; persiguen el espíritu científico prohibiendo apartarse de las enseñanzas de los Padres y ordenan "abordar en ellas sólo las cuestiones que podían encontrar solución por los libros teológicos y los escritos de los Padres"; y Gregorio IX, considerando que todas las ciencias deben ser las sirvientas de la teología, concluía de ahí que ellas no deben ser estudiadas sino en la medida que pueden servir a ésta. **(Es lo que todavía Pío XI, en su reciente famosa encíclica sobre la educación establece como base de toda la enseñanza).**

El profesor Gilson señala la situación diferente de la Universidad de Oxford (donde enseñaban Duns Scot y Guillermo de Occam) descuidada por la tiranía de los Papas. Esta Universidad se desenvuelve en forma menos antagónica con la ciencia que la de París, donde el mismo católico profesor Gilson dice (p. 137) que el "aristotelismo tomista se constituía y triunfaba acabando de aplastar lo que podía haber sobrevivido en ella de interés por las ciencias matemáticas y naturales".

11. La influencia funesta de la fe en la Revelación sobre el pensamiento de la Edad Media, está igualmente reconocida por el mismo eminente autor en el capítulo final de esa obra titulado "Balance de la filosofía medieval". El autor reconoce que, del mismo modo que el pensamiento de un filósofo actual tiene que empezar por someterse a reflexionar sobre los resultados más generales de las ciencias históricas y sociales, el pensamiento filosófico de la edad media, por el mismo acto de sumisión, "no puede ejercerse sobre otra cosa que sobre la Revelación, cuya expresión definitiva es el dogma. El mundo inmediatamente dado, como es hoy para nosotros el de la ciencia, era entonces el de la fe. El Universo aparece como la creación de un solo Dios en tres personas. Jesucristo, el hijo de Dios, engendrado y no creado, consubstancial con el Padre, se ha encarnado y se ha hecho hombre para salvarnos del pecado de Adán. De su lado, el hombre caído debe colaborar en esa obra de salvación, someterse a los mandamientos de Dios y de la Iglesia de Dios, a fin de evitar la perdición eterna y

gozar eternamente de la felicidad celestial reservada a los elegidos".

La ciencia, colocada sobre la base de este mar de fanatismo, se habría hundido, naturalmente, (aunque el autor parezca no comprenderlo) y habría muerto ahogada.

12. En cambio de esta confesión condenatoria, el autor pretende atribuir a la filosofía medieval, el mérito de haber favorecido el pensamiento moderno por la nota de universalidad, de catolicidad que tomaba en la Edad Media la "verdad religiosa", pues sería gracias a ella que nosotros habríamos concebido la posibilidad de un sistema de verdades único y universal, válido para todo el espíritu humano. Es ésta una falsedad destruída por toda la experiencia histórica.

No sólo la filosofía griega, de que somos herederos, no concebía verdades válidas sólo para los griegos, absurdo que habría hecho reír al más oscuro de sus discípulos racionalistas, sino que semejante estrechez es contraria a lo que Mathew Arnold llamó "el instinto humano de expansión", a la tendencia de expansión del espíritu.

El autor, cegado por su fe, agrega que "la ciencia moderna, tomada en la forma ideal con la que ella se proyecta en el porvenir, ha heredado todos los atributos de la teología cristiana". La verdad, diametralmente inversa, es que ellas parten de supuestos contrarios, tienen fines y métodos contrarios, se atribuyen la posesión de verdades de valor contrario, dan resultados contrarios de fecundidad e infecundidad y obedecen a imperativos espirituales contrarios.

Falso que debamos a la Edad Media religiosa la concepción de la unidad y la universalidad del saber; e igualmente falso que la Razón sea la heredera de la Teología y que el concepto de Humanidad lo sea del de Cristiandad. La Razón, ya madura en las filosofías de siglos anteriores a nuestra era, encontró en la teología cristiana y su falsa Revelación sus más mortales enemigos: y el concepto de Humanidad, viejo como esas antiguas filosofías, fué combatido y empequeñecido por el cristianismo, que reducía por fanatismo los lazos humanos a los límites de la comunidad de su fe, de modo que el catolicismo, fiel a esa mala enseñanza, por la voz de sus papas infa-

libles niega dogmáticamente la fraternidad humana fuera de los límites de la fe de Cristo.

La misma falsedad histórica vicia las afirmaciones de M. Gilson cuando dice: "La filosofía moderna no ha tenido que sostener una lucha para conquistar los derechos de la razón contra la Edad Media; es, al contrario, la Edad Media que los ha conquistado para ella"... M. Gilson no quiere recordar que **Giordano Bruno** fué cristianamente quemado en 1600 en el Campo dei Fiori, de Roma. Y que la Iglesia siguió quemando herejes hasta en pleno siglo XIX.

La verdad es que la Iglesia, que dominó el mundo medieval, es la representante cristiana de la civilización religiosa ensayada en ese período; que ella representa los elementos básicos de esa civilización, y los sostiene todavía en el mundo actual, en lucha contra el progreso, el liberalismo y la civilización moderna; que esos elementos básicos son la fe cristiana y la fuerza de la autoridad para imponerla a las conciencias esclavizadas, todo ello de acuerdo con la filosofía medieval cristiana; y que la filosofía y la ciencia han tenido que sufrir el martirio y la persecución, hasta que la evolución científica, social y política que arranca del Renacimiento, derrocó el poder del dogma cristiano y de las Iglesias cristianas, especialmente de la Católica (ver Cap. siguiente). La hostilidad que se ha debilitado, no ha cesado aún.

13. Ese racionalismo religioso —que quiere mantenerse todavía con Santo Tomás y su sistema, proclamado como verdadero por el Papa, pretende eludir un dilema inevitable: o razón o fe. Lo planteó claramente Pascal cuando, renegando del espíritu científico, repudió la razón y se abrazó a la fe, proclamando que "es necesario entontecerse".

Albert Bayet dice bien que al optar así, Pascal, **"desde el punto de vista cristiano,** tiene razón". Y agrega: "Habiendo penetrado más profundamente que nadie el espíritu de la ciencia y el espíritu de la fe, terminó por darse cuenta de que había que optar entre las dos. Nosotros, racionalistas modernos, podemos deplorar la elección que hizo, lo que quizás nos ha privado de algún gran descubrimiento. Pero, por lo menos Pascal ha prestado un servicio a todos, mostrando con fuerza

soberana que, a partir del siglo XVII, la posición del racionalismo religioso era insostenible. O se cree o se investiga. O la ciencia o la fe".

Ya hemos visto en Gilson que esto lo habían comprendido grandes autoridades religiosas proclamando que las ciencias humanas son innecesarias y perjudiciales.

14. Pero, además, el hecho histórico es que la fe las hace absolutamente infecundas. La Edad Media lo comprueba: las ciencias no hacen ningún progreso durante ese largo período. No hacen más que retroceder y olvidarse. El espíritu racional, de libre examen, que es su vida, estaba ahogado por el dogma.

Esto es lo que paraliza y anula todos los esfuerzos de la razón, aun en los grandes espíritus: es la esterilidad fatal de las supersticiones religiosas.

Una consecuencia de ello es la esterilidad en materia de técnica. Los inventos en esta materia son extremadamente pobres; y los pocos que se registran carecen de base científica, siendo fruto de la inventiva del "homo faber" (que busca para su trabajo herramientas), no corolarios de la ciencia del "homo sapiens". Cuando se piensa en los progresos de la maquinaria, el instrumental y los procedimientos y fórmulas que la técnica moderna realiza cada año, las realizaciones de los siglos medievales resultan ridículas. (1)

---

(1) He aquí la enumeración que de éstas hace Seignobos (Historia comparada de los pueblos de Europa. pág. 171). El cepillo de carpintero que desarrolló el arte del mueblero. El reloj de péndulo, de volante y de escape, que dió una medida práctica y exacta del tiempo (siglo XIV). La pólvora usada en China para los fuegos artificiales, conocida en Europa desde el siglo XIII, pero que se tardó dos siglos para saber fabricarla en grano como explosivo para lanzar proyectiles mediante tubos pequeños o grandes, que dieron origen al arcabuz y la pistola y al cañón. El papel — en vez de papiro— vino de China por Persia a los Musulmanes y se fabricó en Játiva, cerca de Valencia (siglo XII) y se perfeccionó en Bolonia (siglo XIII) y no se hizo relativamente abundante hasta el siglo XV. La imprenta, ya conocida en Asia, (por página entera) no se desarrolló prácticamente sino cuando los tipos sueltos, hasta entonces hechos de plomo o madera, fueron fundidos en aleaciones metálicas más resistentes. La aguja imantada, conocida en Asia y Europa desde el siglo XIII como simple curiosidad, no se convirtió en la brújula, útil para la navegación, sino en

15. No es con tan pobres elementos que se hace una verdadera civilización. Si la civilización del mundo antiguo no hubiera sido ahogada, si cuando los bárbaros invadían el Imperio hubieran encontrado vivos los gérmenes de la antigua cultura, la libertad del pensamiento filosófico y la ciencia racional, y la alegria de vivir en la naturaleza, y el culto religioso de la belleza y la práctica democrática de la libertad del espíritu humano, entonces las energías que pudieran haber aportado aquellos pueblos nuevos podrían haber sido domesticadas, impregnadas de cultura y asimiladas por la civilización. Pero lo romano había perdido las características del pensamiento superior europeo; en lugar del pensamiento racional, la Iglesia, con auxilio del brazo secular, imponía las fórmulas supersticiosas del pensamiento mítico, incivilizado, del hombre primitivo. Los invadidos carecian de fuerza espirtual para civilizar a los bárbaros invasores.

Sin ciencia, dominadas todas las clases por la superstición, sin instrucción, sin higiene ni medicina, en ciudades sin aprovisionamiento de aguas y sin cloacas, con miserables habitaciones de madera; incapaces los pueblos para la producción; y además sin libertad, tiranizados y explotados por la Iglesia y la autoridad civil; sin protección eficaz para la seguridad personal y para el derecho; trastornada por las invasiones de los bárbaros primero, y por las guerras de religión después, además de las guerras y depredaciones de sus nobles, la Edad Media nos da el espectáculo de la miseria, del hambre y de las pestes, y del desarrollo de la criminalidad y la inmoralidad. (1)

En este cuadro sombrío aparecerán sólo algunas luces de esperanza. La fe, con sus modalidades de misticismo y ascetismo, no sólo se manifiesta únicamente en una pequeña mi-

---

el siglo XV, al colocarla sobre un eje y dentro de una caja. Otros inventos de origen desconocido: la rueca de hilar (más rápida que el huso) y la esclusa de dos compuertas para los canales; y el azúcar extraído de la caña, llevado por los musulmanes a Europa, dando origen a la repostería.

(1) Los esfuerzos realizados para rectificar este cuadro de la Edad Media sólo han conseguido suavizar algunos aspectos secundarios, corrigiendo exageraciones de detalle, pero de ningún modo han alcanzado a modificar el panorama general de la "época tenebrosa".

noría, sino que al encerrarse en el convento, huyendo de la vida, contribuye muy poco a fomentar una civilización; cuando el monaquismo sale a la vida, es para convertirse en una milicia religiosa internacional (domínicos, Franciscanos y sobre todo jesuítas) combatiendo a favor del dominio del Papa sobre las Iglesias nacionales y sobre las soberanías locales, es decir, contra la libertad religiosa y contra la independencia política de los pueblos.

La religión consiste sobre todo en prácticas de un culto que no tiene eficiencia moral, tanto más cuanto que la masa ignorante no las entiende, y la Iglesia no procura hacerlas entender, realizándolas en una lengua muerta extraña a los fieles. La sociedad medieval no se caracteriza ni por la bondad ni por el sentimiento de equidad y de concordia; de modo que ha podido decirse con razón que nunca la vida social fué más dominada por los instintos, la violencia y los intereses egoístas. El clero observa la misma vida viciosa de los laicos; y no de aquellos mejores, los más humildes, que viven en la opresión y el trabajo explotado. La idea del cristianismo como una religión moral no interesó en la Edad Media y no aparece sino más tarde con la Reforma y el movimiento jansenista (siglo XVII). En la Edad Media bastaba la fe; no recurrió a justificarse por la moral sino cuando, en plena Edad Moderna, vió el fracaso de sus dogmas absurdos ante los progresos de la ciencia.

La Iglesia, que había heredado el poder, los métodos y la organización del Estado Romano, hizo en ese sentido una función de orden, por ser autoridad y no por sus principios religiosos. Pero ejerció esa función muy mal por sus disensiones internas, por sus luchas constantes con el poder civil, por su pretensión de imponerse sobre éste para constituir una teocracia absorbiendo la totalidad de la vida social, luchando para sofocar la independencia y los fueros de ciertas ciudades en que se incuban focos de trabajo, de prosperidad y de cultura agregando, a la explotación económica y la tiranía política, las persecuciones religiosas, tanto las individuales como las practicadas en forma de "cruzadas" contra sectas y regiones enteras (hussitas, albigenses, etc.)

16. Las débiles luces de esperanza de civilización y de

bienestar, de tolerancia y de paz social no nacen de la religión sino más bien a su pesar; y aquéllas son debidas al incremento de la industria y el comercio en ciertas ciudades, —con el fomento del trabajo y de la solidaridad—, a la formación de clases medias y obreras más industriosas, al desarrollo consiguiente de una nueva mentalidad y a los esfuerzos de la autoridad civil y la extensión de sus poderes y funciones, limitando los poderes eclesiásticos.

En lo intelectual, se produce, especialmente entre los primeros siglos y el XI, una gran esterilidad, extraordinaria en pueblos que se manifiestan entonces inferiores, no ya a los antiguos griegos, sino a los romanos y los árabes, y que mostrarán después grandes aptitudes intelectuales. No se comprende la esterilidad y la mediocridad de ese período, sino por el imperio de la Iglesia, que mira a la razón y la ciencia como mortales enemigas de sus dogmas y de su dominio, y por el efecto esterilizador del espíritu de esos dogmas, que, al pensamiento lógico y racional de las clases cultas del paganismo y a su culto de la belleza y su amor a la vida y la naturaleza, ha sustituído, en un proceso regresivo, el pensamiento supersticioso del hombre primitivo, y puesto sus esperanzas en la vida de ultratumba. El milagro ha reemplazado a la causalidad; la Revelación ha ahogado a la razón; el pensamiento se ha vuelto a un mundo sobrenatural que ensombrece la vida y la perturba con sus supersticiosas visiones y lleva al desprecio del mundo real; la obsesión de la muerte y la salvación mata la alegría que animaba la vida pagana y sus altas aspiraciones de conocimiento y belleza.

17. Los apologistas del cristianismo se han jactado siempre, y se jactan todavía, de que él habría elevado espiritualmente al hombre, agregando a la vida real el pensamiento de la vida sobrenatural. Y es fácil comprobar que esa pretensión es doblemente falsa, tanto en el orden intelectual como en el moral.

En el orden intelectual, el cristianismo ha admitido que el hombre es, por sus solos medios humanos, capaz de conocer. Pero sólo hasta cierto punto. Más allá del conocimiento humano, de la razón, está la vida sobrenatural, —mezclada con la vida real— y cuyo conocimiento no podría alcanzarse

sino con ayuda de Dios, por la Revelación divina. Y entonces la Revelación, la falsa revelación divina, entra en conflicto con la razón, conflicto fatal para ésta, que no tolera verdades inmutables impuestas dogmáticamente.

En el orden moral, el cristianismo ha reconocido a veces la existencia de una moral natural, es decir, que el hombre no es totalmente impuro y malo, y que puede alcanzar una sabiduría de conducta —virtudes cardinales— de modo que, sea o no atribuyéndolo a inspiración divina, ha reconocido a veces la moralidad de los paganos (Lutero la negaba torpemente). Pero con su sola razón, el hombre no podría alcanzar la vida sobrenatural y sus virtudes. La Revelación le hará sentir el amor de Dios; Santo Tomás partirá de Aristóteles, pero abandonará a éste para llegar a la Trinidad por la Revelación. Alcanzada la certeza de Dios, aprobará la matanza del hereje.

En los dos casos igual tragedia. En lo intelectual el dogma religioso mata la razón; en lo moral el dogma religioso mata la piedad humana.

18. Es el fruto de la "civilización cristiana"; es la consecuencia del colapso de la cultura racional aplastada bajo el peso de la fe cristiana y de la tiranía de la Iglesia.

Con el ocaso de la cultura racional, se eclipsa también la fe en la libertad y en el valor del orden jurídico y aun de la grandeza politica.

En su monumental obra "The Golden Bough" ("La rama de oro") Sir James George Frazer trata de los efectos que en la vida de la sociedad y el Estado romanos causó la invasión de las religiones orientales, que nombra así, genéricamente, sin sus designaciones individuales, lo que le permite observar la discreción británica y no herir la exagerada sensibilidad cristiana, aunque de lo que trata es, singularmente, de los efectos más profundos y duraderos del cristianismo.

Muestra Frazer cómo esas religiones orientales, en los últimos días del paganismo, se extendieron sobre el Imperio Romano y, saturando a los pueblos europeos de ideales de vida foráneos, socavaron todo el edificio de la antigua civilización, construída sobre la base de la solidaridad y la cooperación, cuya expresión era el Estado. "Adiestrados desde la infancia

en este ideal no egoísta" —dice Frazer— "los ciudadanos consagraban sus vidas al servicio público y estaban dispuestos a sacrificarlas por el bien común; o, si retrocedieran ante el supremo sacrificio, no se les ocurriría jamás que actuaban de otro modo que con bajeza al preferir su existencia personal a los intereses de su país. Todo esto fué cambiado por la difusión de las religiones orientales, que inculcaron la comunión del alma con Dios y su salvación eterna como únicos motivos por los que vale vivir, fines en comparación con los cuales la prosperidad y aun la existencia del Estado se reducen a la insignificancia. El inevitable resultado de esta doctrina egoísta e inmoral fué retirar más y más al devoto del servicio público, concentrar sus pensamientos en sus propias emociones espirituales, y engendrar en él, desprecio por la vida presente, que consideraba como mera prueba para otra eterna y mejor. El santo y el recluso, desdeñosos de la tierra y arrebatados en extática contemplación del cielo, se convirtieron para la opinión pública en el ideal más alto de humanidad, desplazando el viejo ideal del patriota y del héroe que, olvidado de sí mismo, vive y está dispuesto a morir por el bien de su país (1). La ciudad terrenal parecía pobre y despreciable a hombres cuyos ojos contemplaban la Ciudad de Dios, viviendo en las nubes del cielo. Así el centro de gravedad, por así decirlo, fué transportado de la vida presente a la futura, y por mucho que el otro mundo haya ganado, poca duda puede haber de que éste perdió grandemente en el cambio. Se produjo una desintegración general del cuerpo político. Los lazos del Estado y la familia fueron desatados; la estructura de la sociedad tendió a desintegrarse en sus elementos individuales y por ello a recaer en la barbarie, porque la civilización solamente es posible por medio de la cooperación de los ciudadanos y su buena voluntad para subordinar sus intereses particulares al bien común. Los hombres rehusaron defender

(1) **Esta moral, propia del estado de guerra del mundo antiguo, no se destruye en el mundo moderno, pero se completa con la exaltación del culto de los valores intelectuales y de las libertades humanas al servicio de la civilización. La fe cristiana, explotando el afán de supervivencia del hombre, lo aparta de sus deberes sociales, pero no para fomentar su libertad sino para esclavizarlo bajo la Iglesia que ahoga el progreso humano.**

a su país y aun perpetuar la especie. En su ansia por salvar sus almas y las almas de otros, se sentían contentos dejando que el mundo material —al que identificaban con el principio del mal— pereciera alrededor de ellos. Esta obsesión duró por mil años. El renacimiento del derecho romano, de la filosofía aristotélica, del arte y la literatura antiguas, al fin de la Edad Media, señaló la vuelta de Europa a los nativos ideales de vida y conducta, a más sanas y viriles concepciones del mundo. La larga detención en la marcha de la civilización había concluído. La marea de la invasión oriental había cambiado al fin El reflujo continúa todavía." (1)

Rematando el estudio del mismo terrible drama de la civilización antigua bajo el cristianismo, apreciado con el mismo criterio racional, el notable historiador inglés Gibbon en su vieja y valiosa "Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano" condensa así, exacta y brevemente, su juicio: "He descripto el triunfo de la barbarie y de la religión".

El triunfo del cristianismo es, así, el más grande desastre de la historia de la civilización. "No hay, dice el profesor Shotwell (2), revolución más trascendental en la historia del pensamiento, que ésta, en la que renunció a la obra de pensadores y obreros, de artistas, filósofos, poetas y hombres de estado, a cambio de la revelación de los profetas y de un evangelio de renunciación del Mundo".

Nada de esto significa que no haya en la Edad Media altos impulsos humanos. En medio de la corrupción y la crueldad, un hombre se elevará hasta una auténtica santidad de bondad; en medio de la ignorancia y la superstición, otro se elevará hasta el genio. Pero esos vuelos del espíritu de naturalezas selectas, y aun el esfuerzo de la razón de muchas medianías o altas capacidades, no lograrán mover a la humanidad, no iluminarán la conciencia ni el pensamiento de las multitudes y de sus clases gobernantes o rectoras. Bajo el peso de la Revelación, la razón se ahoga infecunda; y el despotismo religioso aplasta toda tendencia inicial de progreso científico.

(1) Frazer, "The Golden Bough", tomo I de la Parte IV, cap. VI.
(2) "Historia de la Historia en el Mundo Antiguo".

La suerte del mundo occidental cambia cuando el poder de la Iglesia declina y resulta impotente para contener los nuevos impulsos de la civilización naciente.

Cuando, después de un eclipse milenario, resurja la Razón para hacer revivir la cultura y estimular el espíritu de libertad, los hombres más libres del Renacimiento sabrán quién es su enemiga y repudiarán todo aquello que lleva el sello de la Iglesia, experimentando el alivio de haber salido de "la noche de la Edad Media".

Rabelais dirá: "Fuera de esa espesa noche gótica, nuestros ojos se han abierto a la insigne antorcha del Sol"; y Fenelón: "Salimos apenas de una asombrosa barbarie". Y Erasmo calificará: "Una época de tinieblas y de esclavitud intelectual", lo que señala claramente la causa de la barbarie.

CAPITULO II

La Razón contra el Cristianismo

1. Así como en los primeros siglos de nuestra era, un conjunto de circunstancias sociales, políticas y mentales se conjuran para dar nacimiento y desarrollo al cristianismo, permitiéndole ahogar los elementos vitales de la civilización antigua, del mismo modo, un concurso de fuerzas sociales, políticas e intelectuales prepara el Renacimiento y la creación de una civilización laica y científica, victoriosa sobre la tiranía religiosa del dogma y de la Iglesia.

Entre esas fuerzas se encuentran incluso estados gobernados tiránicamente (como es de regla en tal período histórico) y movimientos religiosos que, como la Reforma, no defienden la auténtica libertad de la ciencia y la conciencia, pero que, sin embargo, unos y otros, preparan el triunfo de la laicidad; porque contribuyen a minar y debilitar el poder material de la Iglesia, y su autoridad intelectual y su prestigio moral.

El desarrollo de la razón, de la ciencia y la filosofía, estaban detenidos por la coacción que ejercía la Iglesia. Apoyada en el fanatismo de la masa ignorante, combatía ese desarrollo con su prestigio y sus anatemas, con la acción de su clero secular y de sus comunidades regulares, con la Inquisición, y especialmente con el apoyo del "brazo secular", es decir, los poderes políticos despóticos a su servicio.

La Iglesia ha seguido una curva de poder político que va en ascenso, partiendo del cristianismo primitivo (perseguido durante los tres primeros siglos), hasta llegar, primero, a su consagración por Constantino como una religión de Estado,

y por Teodosio como exclusiva y perseguidora, y después, a la organización del Papado y la formación del Estado Pontificio, y al fuerte dominio del Papa sobre Europa, cuando el Monje Hildebrando, consejero de papas y papa al fin él mismo (Gregorio VII, 1073-1085), procura organizar el dominio universal del Papado robusteciéndolo, además, con la organizada falsificación y utilización de documentos "históricos". Más tarde (1140) el Monje Graciano reúne las falsificaciones anteriores, añade algunas nuevas y las agrupa en un "Corpus" que es la base jurídica del sistema papal. (Guiguebert "Le christianisme medieval et moderne", 67 a 71) (1). Y el Papado continuará en ascenso hasta la dominación casi total, cuando un siglo después de Gregorio VII, Inocencio III (1198-1216) declara al Papa "vicario de Jesucristo, sucesor de San Pedro, Cristo del Señor, Dios del Faraón, más acá de Dios, más allá de los hombres"; y cuando otro siglo más tarde, Bonifacio VIII (1293-1303) proclama en la bula "Unam Sanctam", que "el Papa, vicario de Cristo, Cristo él mismo, tiene dos espadas, la espiritual y la temporal; la espada espiritual está en su mano; la espada temporal, en la mano de los reyes, pero los reyes no pueden utilizarla, sino en favor de la Iglesia, según la voluntad del Papa", estableciendo éste, en la misma bula, que "hallarse sometida al Pontífice romano constituye, para toda criatura, una condición de salvación".

La curva ascendente concluye entonces. Parece haberse convertido el Papa en rey de los reyes y su jurisdicción en una última instancia por sobre las soberanías políticas locales. Parece consumarse la estructuración de una teocracia total para Europa, que los Papas manejan como dueños al tener todos los obispos a sus órdenes; y al ejercer, por medio de sus propias decretales y de los concilios que ellos presiden, un poder legislativo mundial, y con la misma extensión, el poder ejecutivo, por medio de sus legados, obispos y comunidades monacales.

---

(1) Será obra del siglo XV descubrir esas falsificaciones, cuando un humanista, Lorenzo Valla, demuestre la falsedad de la donación de Constantino y de la correspondencia de Jesús con Abgar - Uchomo rey de Edesa, y sospeche igualmente la del falso símbolo de los apóstoles y de las Decretales del falso Isidoro (Guignebert, id. 177), contribuyendo a preparar el descrédito y la decadencia del Papado.

El Jefe de la Iglesia Cristiana —una y total— parece disponer de las conciencias de los hombres y de las coronas de los reyes.

La curva descendente comienza entonces; es, más gráficamente, una caída vertical.

2. Hemos dicho que aun las potestades políticas tiránicas iban a contribuir a destruir la suprema tiranía. Y dijimos antes que los emperadores de los primeros siglos de la Era, especialmente Diocleciano, dando al Imperio enfermo una organización que aplazaba su agonía, conseguían afirmar un concepto del Estado y arraigarlo en una tradición, de modo que aquella organización servía primero al desarrollo y al fortalecimiento de la Iglesia, que se abrigaba en esa estructura política y la aprovechaba sustituyendo la autoridad de los funcionarios del Imperio moribundo por la de sus obispos; pero que, en un futuro remoto, esa tradición del Estado Romano sería una esperanza para la civilización en su lucha contra el Papado y el cristianismo. Vamos a ver cómo es así.

Ferdinand Lot (obra citada) explica que la organización de ese estado había de perdurar como una tradición, influyendo hasta sobre la Iglesia misma, que realizó lo que el autor llama un error feliz, al resucitar en el 800 un fantasma de Imperio de Occidente.

Este no alcanzaría a reproducir el Imperio Romano, pero no sólo impediría a la Iglesia ser la fuerza única sobre la vida social, sino que habría de dominarla —por carecer aquélla de conceptos jurídicos y sociales propios, en razón de no haber sido creada para la vida terrena, lo que hace que acepte sin resistencia las intituciones del Estado Romano. Los herederos de éste —el Estado medieval y el Estado moderno— continuadores de su tradición, no pudieron ser absorbidos por la Iglesia. Según Lot, gracias a que las raíces del Estado estaban profundamente hundidas en el pasado romano, el Estado medieval no se disolvió en la Iglesia y la Iglesia en el Estado, lo que permitió nacer y desarrollarse el concepto moderno de la separación entre la conciencia religiosa y el poder del Estado, separación que habría sido imposible en el estado teocrático dominado por la Iglesia.

Fruto de un error o del juego razonable de intereses, (1) el hecho cierto es que el poder del soberano político se erguiría independiente de la autoridad religiosa; que la teocracia no se consumaría y no perduraría como organización definitiva; y que esa independencia de la sociedad civil, aunque representada ésta por soberanos despóticos, hacía más posible la independencia de la conciencia, la libertad religiosa, que no habría sido realizable bajo el régimen teocrático.

3. Pero el poder de la Iglesia sufría otras causas, no menos claras y poderosas, de declinación. Los historiadores modernos señalan síntomas de incredulidad popular aun en esos siglos de auge del poder de la Iglesia. Siempre hubo en esos siglos XIII, XIV y XV gentes con criterio racional y espíritu crítico no trastornados por el pensamiento mítico de la teología cristiana y que serían influídos al fin por el humanismo (siglo XVI) (2).

---

(1) Sin pretender fundar una opinión, y sí meramente insinuar una duda, pensamos que hay, en este desarrollo del eminente historiador, una parte discutible, de exactitud dudosa. Lo primero es que haya sido un error del Papado consagrar como Emperador de Occidente al rey de los francos; puede no haber sido un error, sino un acto de necesidad, de sometimiento a un poder político ya robustecido por sí mismo, y al que, por otra parte, la Iglesia necesitaba para defenderse de la dominación de otros poderes políticos y además para su propio desarrollo, puesto que ese emperador, Carlomagno, a quien el Papa corona, es quien ha de "cristianizar" por la violencia un enorme imperio que va desde el Elba hasta el mar, comprendiendo en ese ensanche parte de Francia y Alemania, y las naciones menores limítrofes —salvo Dinamarca. Por otra parte, aunque la Iglesia no había sido creada para la vida terrena, no parece que sus Jefes y los obispos a sus órdenes se manifestaran reacios a ejercer los poderes mundanos con todos sus goces, excesos y abusos. Parece que, fortalecido el poder político y militar frente al religioso, y siendo aquél ya más fuerte que éste, basta, para explicar el conflicto de potestades, la tendencia natural de expansión de aquél, como de todo poder humano, lo que, por otra parte, fué conducta frecuente de los soberanos. Estos contaron, especialmente en Francia, con el apoyo de los legistas, quienes aportaban buenas razones, incluso evangélicas, para sostener la separación de los poderes, de acuerdo con los intereses de los mismos soberanos y, en genral, de los pueblos.

(2) Aun antes, en el siglo XII, Florencia tiene sus "epicúreos", que más tarde llegaron a dominar dos veces la ciudad (Gebhardt, "L'Italie Mysthique, p. 173); y el principio del siglo XIII conoció en el sur de Italia el reinado de Federico II, emperador tiránico pero librepensador y científico.

En ese ambiente de escepticismo para los milagros y los dogmas irracionales, se ejercería una influencia demoledora de los prestigios de la Iglesia: la del conocimiento de los vicios del clero en todos sus órdenes y jerarquías.

Uno de esos escándalos —para no referirnos sino a la parte económica— es el de la venta de las indulgencias, uno de los motivos, primero, de las rebeliones heréticas muy numerosas, que serían ahogadas a sangre y fuego, y después, de la Reforma, que dividiría incontenible e irremediablemente a la Iglesia, sustrayendo a su dominio algunos de los más cultos y ricos países de Europa.

W. Dilthey ("Hombre y Mundo en los siglos XVI y XVII") narra las manifestaciones de este principio de rebelión del pensamiento contra el dogma cristiano, en el deísmo religioso universal de los humanistas italianos, con la idea de una acción de la divinidad en todo el mundo, a través de toda la naturaleza y en la conciencia de todos los hombres, pensamiento de aquéllos que influye fuertemente sobre Erasmo y Reuchlin (p. 55).

Explica Dilthey que Erasmo ("el Voltaire del siglo XVI") quien, en el "Elogio de la Locura" supera a sus modelos, ha dominado durante una generación a los espíritus y ha encabezado el movimiento anticlerical (p. 53).

"En Italia el ideal cristiano de la vida ascética ha retrocedido ante la personalidad que se desenvuelve naturalmente partiendo de sus disposiciones y se completa a sí misma. En Italia, en efecto, se desarrolla en el siglo XV el "uomo universale". Ejemplos: León Battista Alberti (con su autobiografía) y sobre todo, el tipo más alto, Leonardo. "Estos hombres reposan por entero sobre sí mismos y tratan de ofrecer a su ser natural la más libre perfección".

Ideal afín representan Rabelais en Francia y Tomás Moro en Inglaterra.

La influencia de Erasmo y Reuchlin desarrolla iguales tendencias en los países germanos, de modo que en un proceso contra Reuchlin "nos encotramos ya que en Alemania existe y actúa una opinión pública que se pone del lado de la nueva "teología verdadera". "También en Alemania, allí donde actúa el humanismo, encontramos en la vida significativa de

personalidades poderosas una conciencia incrementada de sí misma, cosa que ocurre en todas partes donde se venera la grandeza moral de los antiguos"; y refiriéndose el autor a algunos de esos tipos, los presenta o como Hutten, impregnado de "la dignidad antigua" (no de la humildad cristiana) o como a Pirkheimer habiendo aprendido de los antiguos "la alegría en la vida y en la acción y el sano sentimiento de su persona" y animado de un espíritu nada cristiano, que él mismo expresa así: "por eso nos dice la filosofía estoica que si el vivir se lo debemos a la naturaleza, el vivir con decoro y justicia se lo debemos a la filosofía". Y Dilthey, después de reproducir diversas manifestaciones del espíritu de la época en aquel sentido, concluye: "Así que, antes de hacer su aparición Lutero, el humanismo ha propagado un teísmo religioso universal. Todo el que por entonces, libre de la teología metafísica del medioevo, leía a Cicerón y a Séneca, se hallaba anclado en ese teísmo. A este punto de vista correspondía un ideal de vida consistente en el desarrollo de todas las disposiciones naturales y de una acción alegre volcada sobre el mundo". (1)

4. La Reforma (siglo XVI) no significa por sí la libertad de conciencia. Los protestantes no la reclaman, con Lutero o con Calvino, sino para si y sólo a fin de poder interpretar por si mismos la Biblia; y no la reconocen a los espíritus libres para no creer en ésta; son en ese sentido tan intolerantes como la Iglesia de Roma. Pero ese movimiento religioso, al romper la unidad de la Iglesia de Occidente (la de Oriente está ya separada), al dividir así las fuerzas de dominación religiosa, aporta un elemento nuevo de triunfo para la independencia del poder civil y la posibilidad de la secularización de éste, es decir, para la victoria de la laicidad y el triunfo final de las libertades del espíritu (libertad de pensamiento y de conciencia) contra los deseos coincidentes de los Papas, de Lutero y de Calvino.

5. Contribuyen al desprestigio de Roma, a la vez, su corrupción y su oposición a las ciencias, mientras los estudiosos ven a los árabes conquistar prestigios de sabiduría. Estos no alcanzan el alto nivel del espíritu científico de los griegos, pero

(1) Obra citada, págs. 58 y siguientes.

mantienen el interés por la ciencia; y son los sabios de Córdoba, de Bagdad, de Damasco, de El Cairo, quienes trasmiten al Occidente la mayor parte de los conocimientos de la ciencia antigua que la Edad Media Occidental llegaba a conocer, y aún la amplian con prácticas de los indos y ciertos detalles de sus observaciones astronómicas, geodésicas, meteorológicas y médicas, descubriendo hechos y perfeccionando instrumentos de observación. Alguno de sus sabios, como Averroes, hace escuela en los medios culturales de Occidente. "Durante la Edad Tenebrosa, en Occidente, los Arabes mantuvieron vivo el espíritu científico y por medio de sus inventos matemáticos allanaron el camino a inmensas mejoras de la técnica de la investigación científica" (Julien Huxley. "El hombre está solo") (1).

---

(1) El erudito profesor Philip K. Hitti, de la Universidad de Princeton, en su gran "Historia de los Arabes" estudia los aportes de los musulmanes al desarrollo de la civilización occidental por el descubrimiento de las obras griegas, especialmente de Aristóteles, y por el comentario y desarrollo de las mismas, demostrando la enorme importancia para nuestra civilización de ese aporte y del cultivo de diversas ciencias (completado internamente por le esfuerzo de la difusión popular de la cultura). Impresiona, en contraste con la obra negativa del cristianismo en ambos sentidos, el valor enorme de esa contribución y del espíritu científico que anima al heterogéneo conjunto de pueblos que el Islam coordinó en un inmenso imperio, mayor que el Romano en su máximo desarrollo, espíritu que se manifestaba por el honor y la preeminencia conferidos a los hombres de cultura y que se expresaba en esta inscripción puesta frecuentemente en los portales de las escuelas de la España musulmana: El mundo está sostenido por cuatro cosas solamente: la enseñanza del sabio, la justicia del grande, las oraciones del creyente y la fuerza de los valientes. La opinión contraria a este elogio que se encuentra en el ambiente de occidente es fruto de la propaganda cristiana (hoy especialmente la católica) modelo de propaganda totalitaria que ha engañado hasta a los hombres ilustrados. Ejemplo, Keyserling, quien en su obra "La Revolution Mondiale et la Responsabilité de l'Esprit", dice: "Esos conquistadores eran unos bárbaros, más bolcheviques en muchos puntos que aquellos cuyos nombres empleé aquí como símbolo: yo no conozco, por ejemplo, en toda la historia humana suceso paralelo al auto de fe de la Biblioteca de Alejandría, incendiada bajo pretexto de que la sabiduría antigua era inútil" (p. 35). Doble error de apreciación general y de hecho particular. Ese espíritu más bolchevique que el bolcheviquismo, es decir despótico, totalitario, no habría permitido al Islam constituir un imperio tan grande geográficamente como culturalmente, desde el Atlántico hasta el Indico, dentro del cual podían brillar la gloria de la Bagdad de Harum al Rachid y el esplendor industrial e intelectual de Córdoba, "la

Los árabes, además, dan al poder de la Iglesia el primer golpe político haciendo retroceder al cristianismo en Siria, en Asia Menor, en Africa del Norte y en España.

6. A los cambios sociales que provocan un descenso del poder de la Iglesia contribuyen los descubrimientos geográficos. Los sabios eclesiásticos refutan a Colón; y el Papa, con arreglo a la Biblia, no cree en los antípodas ni en la redondez de la Tierra; y se persigue por hereje a Martín Behaim (1490) porque hizo la primera esfera terrestre; y no sólo se quema a Savonarola, quien, aunque antirrenacentista, pide la reforma moral en la Iglesia, sino también a Giordano Bruno, por pensamientos filosóficos heréticos; y se aprisiona a Galileo obligándole a prometer, de rodillas ante el legado del Papa y los Cardenales, que no sostendrá más la herética idea de los movimientos de la Tierra. Las sencillas verdades así negadas por la Iglesia se ponen sin embargo en evidencia.

Por otra parte, una lenta elaboración social se produce, aun

---

joya del mundo", que representan una gloriosa civilización que contrasta con la miseria y el atraso intelectual de la Europa cristiana de la época. Y en efecto: el Prof. Philip K. Hitti nos enseña que los árabes sólo imponían a los pueblos conquistados, su lengua y el culto monoteísta de Alá, sin coartar la vida espiritual de los pueblos, cuyas enseñanzas recogían y agregaban a sus descubrimientos de la antigua Grecia — para hacer de ellos mismos una admirable civilización en la que se apoyaría la razón de occidente para liberarse del cristianismo y crear la civilización moderna humanista. Esta fecunda característica del islamismo tiene feliz expresión en una sentencia de Mahoma que el mismo Keyserling —contradiciéndose— recuerda en la obra citada (pág. 24): "La divergencia de opiniones entre los fieles es una prueba de la gracia de Dios". ¡Qué horrores se hubiera ahorrado el mundo occidental si el cristianismo no hubiera impuesto por la violencia la tiránica norma contraria, buscando por sus dogmas la imposible unidad de la fe!

En cuanto al hecho particular erróneo del incendio de la Biblioteca de Alejandría por los mahometanos, Hitti nos enseña que los caudillos árabes (Amr y Unar) no pudieron quemar esa biblioteca de los Ptolomeos, porque no existía desde que la había quemado Julio César el año 48 antes de J. C., lo que podría ser muestra de la incultura científica romana; con el agregado de que otra biblioteca posterior, llamada "biblioteca hija" había sido destruída el año 389 de nuestra era como resultado de un edicto del emperador Teodosio, con el espíritu cristiano de odio a la ciencia y la cultura paganas. Keyserling traslada este bárbaro sentimiento cristiano a los árabes, salvadores de la cultura antigua.

antes de la Reforma. Los siglos XIII, XIV y XV ven las arbitrariedades y abusos de los reyes; pero éstos organizan estados, crean leyes protectoras del orden público a las que someten a todas las clases, anulando el desorden caótico del feudalismo; y convocan Parlamentos y Estados Generales. Se desarrollan algunas ciudades con manifestaciones de vida industrial, comercial y cultural. En la mayor parte de los países, la burguesía y el pueblo obrero de las ciudades, empiezan a constituirse como clases; y, en general, contra la resistencia de la Iglesia, procuran defender sus intereses, y sienten responsabilidad y espíritu de cuerpo; y además, empiezan a invadir las universidades, que reyes y ricos protegen. La Iglesia impotente para contener ese movimiento de vida humana, cuida que no sean atacados sus dogmas, mediante la acción de la Inquisición y el contralor de la enseñanza; y mantiene dominadas e ignorantes a las grandes masas populares.

Pero, la razón opera ya subterráneamente su acción disolvente; la incredulidad gana a las gentes cultas y las clases selectas; y el escepticismo disimulado no sólo invade a la burguesía y a la nobleza sino a la Iglesia misma, aun en sus más altas autoridades; de modo que, cuando se produce la Reforma, ésta, que combate los absurdos de la ortodoxia católica y la inmoralidad del Papa y el clero, refirma una fe más defendible y sincera, mientras en la Iglesia Romana se mantiene formalmente una fe más absurda y menos sentida; las mismas características que se afirmarán más tarde en el protestantismo y el catolicismo.

Ese gran movimiento de la Reforma, que será superado después por el Humanismo, tiene en los siglos XIV y XV, antecedentes de dos órdenes: uno, lucha interna de la Iglesia; otro, acción de fuerzas sociales exteriores.

7. La fuerza formidable de la Iglesia bajo los papas dominantes de que hemos hablado, no es tan absolutamente dominante como aparenta. Ella está minada por poderosas causas disolventes: la falsedad de sus dogmas irracionales, (que será puesta de manifiesto más y más por los progresos de la ciencia); la falsedad moral de sus normas contra la naturaleza (que se manifestará por la corrupción de su clero y de sus papas, provocando la indignación en las conciencias, la que se hace

más enérgica cuando éstas son ilustradas por las primeras luces del renacimiento cultural); y aun el antagonismo de las fuerzas que la integran. Sufre además por las herejías y por su lucha contra la comuna de Roma; y el Pontificado se ha debilitado en la pugna con el Imperio.

8. Pero, el mayor golpe que el poder desorbitado del Papado recibe, se produce inmediatamente después de su máxima jactancia de poder universal y se lo asesta el Estado laico. cuyo total sometimiento acababa de proclamar Bonifacio VIII. Este, intentando por segunda vez dominar al monarca francés, pretende imponer su autoridad papal contra actos financieros que gravan los bienes y rentas de la Iglesia de Francia. Se entabla un diálogo dramático con todo el valor de una gran crisis histórica. El Papa fulmina a Felipe IV —Felipe el Hermoso,— con excomuniones y bulas en serie. Ignora que los prestigios del Papado, por los absurdos de la religión y las inmoralidades de la Iglesia, están minados ante la inteligencia y la conciencia de los pueblos. Ignora, además, que Francia no es ya un conjunto de feudos sino una nación unida, cuyo pueblo ha adquirido el setimiento de su independencia.

Quien, después de Carlomagno, había sentido y afirmado el sentimiento de la soberanía del Estado frente a la Iglesia, era Luis IX ,el rey que había de ser elogiado por Voltaire, y a quien la Iglesia había canonizado poco antes de esa lucha. San Luis preparó la independencia cultural y jurídica del Estado frente a la Iglesia (que ya había iniciado Carlomagno) fomentando el estudio del derecho romano y eliminando el del derecho canónico, e instituyendo en reemplazo de los religiosos, jueces laicos a quienes tomaba como consejeros, aquellos legistas que tan enérgicamente iban a apoyar a Felipe el Hermoso en su conflicto con Bonifacio VIII y su "Corpus", derecho papal a base de documentos falsificados. El mismo San Luis afirmaba la soberanía del Estado sobre la Iglesia nombrando las autoridades eclesiásticas y decretando impuestos sobre los bienes de la Iglesia. Felipe el Hermoso encontraba ya para su lucha una conciencia política fortalecida. Lejos de someterse, se resistió; y el Papa, que había llegado al poder arrancando por la violencia la abdicación a su antecesor Celestino V, y que desde la cumbre de su soberbia se había forjado el sueño insensato de construir

un imperio teocrático sobre Europa y el mundo, acaba cayendo bajo la autoridad del rey de Francia, que impone poco después el traslado de la sede Papal a Aviñón.

El soberano ha encontrado en su lucha el apoyo de sus consejeros, los legistas (chevaliers-ès-lois) que se apoyan en un sentido muy vivo de la tradición política del Estado Romano, (que establecía el derecho del príncipe al poder absoluto), y de la tradición nacional francesa en la que encontraba el antecedente de San Luis y el de la Francia unificada de Carlomagno con el poder absoluto de éste; y más allá todavía el de la Galia de César. En realidad, aunque hablaran de la autoridad del soberano, los legistas defendían la soberanía nacional, y el interés superior de la nación a gozar de la independencia y no estar sometida a la esclavitud y la explotación de Roma.

Ese triunfo del estado secular, laico, está preparado y será robustecido por los progresos del pensamiento que se libera de la tiranía del dogma. (Ver Capítulo III).

9. La lucha se ha trabado también en el interior de la Iglesia contra el poder absoluto de los Papas, quienes procuran anular la autoridad de los concilios. Lo habían ido realizando, y casi lo habían consumado, Gregorio VII, Inocencio III y Bonifacio VIII. Algunos de estos papas habían intentado moralizar a la Iglesia, combatiendo sus dos enfermedades eternas, la simonía y el "nicolaismo", los vicios del dinero y de la carne, pero habían tenido que transar con ambos: del primero, hasta Gregorio VII, el terrible Hildebrando, confiesa someterse a la costumbre de la Iglesia; con el segundo, se transa por una concesión aparente del clero: no casándose más, pero tomando concubinas; lo que no conforma naturalmente a los laicos más severos, pero satisface el interés político y pecuniario de Roma (Guignebert, Id. 148 y 149).

La corrupción se mantiene en Aviñón como en Roma. Gregorio XI resuelve volver a ésta y muere. Su sucesor Urbano VI muestra tan enérgicos propósitos de moralizar la cabeza de la Iglesia, que los Cardenales, alegando haberlo elegido bajo la presión del populacho romano, lo deponen y nombran a Clemente VII. Urbano se sostiene en su puesto; el pueblo lo apoya; y Clemente tiene que irse a Aviñón. Hay así dos Papas; después habrá tres.

Empieza el Gran Cisma de Occidente (el de Oriente estaba ya consumado). Al mismo tiempo: guerra de cien años, y anarquía en Alemania y en Italia y completo desorden en la Iglesia. Además, la herejía de Juan Huss y Jerónimo de Praga. El Concilio de Constanza, que hace quemar a éstos cristianamente, quiere una autoridad fuerte en vista del desorden, y pretende afirmar su propio poder sobre todos los fieles, incluso el papa; para concluir el cisma se elige un papa único, Martín V, quien aprovecha el temor de la herejía para afirmar una autoridad fuerte, la suya propia, sometiendo a los cardenales, y a la vez, olvidando toda reforma y enriqueciendo a su familia. Se traba entonces una lucha de doce años entre los papas sucesivos y los concilios (de Basilea, 5º de Letrán).

La Iglesia soporta una serie de papas escandalosos (Pablo II, Sixto IV, Inocencio VIII, entre los que se destaca Alejandro VI con la historia de sus hijos César y Lucrecia Borgia, más famosos que los otros seis, con los incestos de la bella Lucrecia con el padre y el hermano). La Iglesia empieza a firmar concordatos con los soberanos que quieren defenderse de sus abusos. Asoma ya, en ese Concilio de Letrán, la doctrina de la infalibilidad (bula Pastor OEternus) que Adriano VI rechaza, y que recién se sancionará en el Concilio Vaticano, tres siglos y medio más tarde.

El Papa acaba dominando los concilios y la Iglesia.

Los concilios reformistas no ponían a la Iglesia en consonancia con la época; sólo atacaban las inmoralidades y la tiranía papal. Las herejías de ese tiempo (Wyclef, Juan Huss) se mantienen en muchas gentes de Alemania, los Países Bajos, Suiza; no se rechaza sólo la inmoralidad del clero, sino también las indulgencias, los votos monásticos, la misa, los ayunos, las peregrinaciones; y niegan la transubstanciación, la intercesión de la virgen, los santos...

Los papas han ahogado la Reforma Católica. El terreno está preparado para la Reforma Protestante.

10. Entre tanto el progreso social continúa. Los descubrimientos geográficos ensanchan el mundo. El Papa negaba los antípodas, pero Colón y los navegantes españoles y portugueses los ven caminar como ellos mismos, sobre el suelo sin

caer de cabeza en el vacío. Se da la vuelta al mundo; la tierra es redonda.

Se perfecciona la imprenta, con tipos sueltos de aleaciones resistentes; el libro va a difundir más ampliamente las ideas, aunque la Iglesia, enemiga de todas las ciencias nacientes, declare también la guerra a la libertad de imprimir, —que la atemoriza,— y que todavía Pío IX y León XIII y sus sucesores anatematizan.

Al tomar los turcos la ciudad de Constantinopla, pusieron la mano sobre preciosos manuscritos griegos; al parecer, tuvieron el buen gusto de no dedicarlos a copiar el Coran, mientras los cristianos en su desprecio fanático de todo lo pagano, tenían la desgraciada ocurrencia de rasparlos para escribir sus misales.

Pasando a Italia, las obras griegas desarrollaron el sentido de racionalismo y de conocimiento por la experiencia, que ya resurgía despreciando las especulaciones verbalistas de la escolástica.

En el ambiente así preparado por los nuevos descubrimientos geográficos y por el despertar de la experiencia racional, en perjuicio de la autoridad, y contando con el instrumento divulgador de la imprenta, surge el humanismo apoyado por el descrédito de la Iglesia, tanto desde el punto de vista científico como desde el punto de vista moral. Primero aparece el humanismo como un juego artístico, —culto de las buenas letras— que gana fácilmente todas las inteligencias y se introduce hasta en la Iglesia misma, incluso entre sus papas y altos dignatarios. Esto, tanto más fácilmente cuanto que, aun las nuevas obras más peligrosas para la Iglesia, se encubren bajo manifestaciones de respeto religioso; lo que, sin embargo, no impide que los monjes, especialmente los dominicos y franciscanos, combatan las nuevas tendencias y las censuren, sobre todo por dar a la juventud una educación más pagana que cristiana.

Pero lo más grave para la Religión es que el movimiento tiene más hondo alcance, pues va robusteciendo el espíritu científico. La influencia del humanismo sobre el espíritu religioso, favorece la Reforma. La mejor contribución de ésta al progreso humano, no está ni en la reacción moral contra los vicios de la Iglesia ni en el repudio de determinados absurdos teoló-

gicos, sino en haber reivindicado el derecho de los creyentes de interpretar por sí los libros sagrados. No es aún el libre pensamiento, sino sólo un antecedente para propiciar esa libertad; es además la iniciación del examen crítico de los libros fundamentales de la Religión, la exégesis, que se incorporará más tarde, como una rama, a las ciencias históricas, aportando con penoso esfuerzo, fecundos resultados a la cultura, por el conocimiento de las religiones.

Para defenderse de la acción de este gran movimiento religioso, el Papa, contra quien era dirigido, reacciona eficazmente con el auxilio de nuevas órdenes religiosas, una de las cuales había de tomar importancia preponderante en el catolicismo, la sociedad de Jesús. Los jesuítas predican en todas las esferas, contestan de palabra y por escrito a los Reformados; luchan ,y lo hacen por todos los medios —buenos o malos— se apoderan de la dirección de la conciencia de muchos personajes católicos y llenan universidades y colegios; sometida su propia orden a reglamentos severísimos que imponen a sus adeptos la obediencia pasiva —"como cadáveres"— obligándose ellos a reconocer negro lo que sus ojos ven blanco si la Iglesia lo define negro, (negación de la moral intelectual recomendada todavía en las encíclicas como agradable a Dios) y obedeciendo a instrucciones ajenas a todo principio moral (mónita secreta), acaparan una fortuna colosal y acaban por dominar toda la Iglesia, poniendo al lado del papa blanco —el papa aparente— un papa negro, oculto, que lo domina.

Son los jesuitas quienes animaron el concilio (o los concilios) de Trento (reunido con interrupciones entre 1545 y 1563) e inspiraron las diversas decisiones de éste, por las que quedó fijada la dogmática católica, definitivamente rígida e invariable (catecismo, cánones y decretos).

Dieron así al catolicismo una unidad por lo menos aparente y formal, que impide su división en confesiones o sectas diversas, y contribuye formalmente a su fuerza política; ellos aportan además a la lucha sus enormes recursos financieros. Tales ventajas tienen sin duda su contrapartida. Han dado a la Iglesia la firmeza de una dirección despótica y una disciplina férrea; pero le han quitado la aptitud para acompañar los progresos de la ciencia y la conciencia moral modernas (lucha del

modernismo, perseguido y sofocado por los papas); impiden la división, pero han llevado a la Iglesia al estado de un fósil, haciéndole adoptar el tomismo, el pensamiento de un monje del siglo XIII, para mantener la competencia con la ciencia y la filosofía modernas; la han aliado a las tendencias políticas más regresivas, obteniendo el apoyo de las potencias civiles reaccionarias, pero enajenándole totalmente las simpatías de las masas liberales, y, en lo político, han perdido, aparentemente, la dirección de las mismas conciencias católicas que en los medios republicanos modernos se hacen democráticas pugnando por adherir a los principios repudiados por el Syllabus.

Siguiendo la marcha de la civilización desde antes del nacimiento del cristianismo hasta la aurora del Renacimiento, vemos, pues, el oscurecimiento del espíritu racional en el paganismo, atacado ya antes por causas de decadencia social y política e invadido por el espíritu supersticioso de ciertas sectas de oriente; después, con la invasión del cristianismo y su desarrollo, un regreso más marcado a la mentalidad supersticiosa del hombre primitivo, y la muerte del libre pensamiento y de la libertad de conciencia; y entonces, siglos de oscuridad y esterilidad; más tarde, el pensamiento luchando por resurgir, y aquí y allá manifestaciones de altos espíritus intentando razonar en el propio seno de la Iglesia, pagando sus audacias con terribles condenas; y siempre ahogados por la Revelación, de modo que esos intentos de la razón —racionalismo religioso— resultan infecundos. Todavía en el último año del siglo XVI la hoguera silencia el pensamiento de Giordano Bruno, al mismo tiempo que se condena y encarcela a Galileo. Se aplastan los intentos de reforma católica —dentro de la Iglesia—; y se produce la Reforma protestante, que va contra el Papado, pero mantiene y hasta refuerza momentáneamente el cristianismo; ni paz, ni cultura ni bienestar; después, ese principio de libre examen contribuirá a facilitar la obra disolvente que el racionalismo ejercerá sobre los absurdos del dogma cristiano.

Al mismo tiempo, se han ido formando centros de vida política laica, ciudades con iniciativas del comercio, de la industria y de las artes, centros de vida laica que sienten impulsos de independencia, frente a la tiranía de Roma; de libertad, fren-

te al dogma y a la Iglesia; y de justicia, frente a los abusos de los señores y los obispos.

La civilización medieval ha sido, en general, rural, basada en el dominio de la tierra, y, por su espíritu, conservadora, autoritaria, fanáticamente religiosa y por lo mismo, desde el punto de vista cultural, profundamente ignorante. Son las características del clero y la nobleza feudal; porque el espíritu de cada época está determinado por las clases que en ella dominan cultural, política y económicamente. En las ciudades de que hablamos (ejemplo típico: Florencia) se incuba, con la formación de una clase dirigente burguesa, el espíritu propio de esta clase, que ha de expandirse más tarde en el Rnacimiento, para dar el espíritu racional y liberal de la civilización moderna. Puede así decirse que ésta tiene sus raíces humanas en la Edad Media (ese origen puede remontarse a la Antigua y hasta a las eras prehistóricas); pero esto no nos impide hablar de la noche de la Edad Media, de la Edad Tenebrosa, fundamentalmente cristiana, dominada por el espíritu de fanatismo y violencia.

11. El mundo está entonces maduro para el movimiento de rebelión de la razón y la conciencia contra la Iglesia, doble rebelión contra el dogma cristiano y contra la Jerarquía eclesiástica.

Entre quienes inician ese movimiento se destacan tres laicos, laicos pero no librepensadores; ellos se proclaman cristianos, no se rebelan contra la Iglesia, dicen acatar la Revelación; pero preparan con su pensamiento la rebelión espiritual de la que va a surgir el mundo moderno, un movimiento filosófico —el racionalismo metafísico del siglo XVIII— que postula la democracia— libertades humanas y soberanía del pueblo con la Gran Revolución— que ataca los dogmas cristianos y echa las bases de las ciencias que el siglo XIX verá ya desenvolverse admirablemente, y que se perfecciona, en nuestro siglo, por una evolución maravillosa transformándose en el racionalismo científico, dentro del cual se depura y eleva la razón misma.

Esos tres laicos son, por orden cronológico, Fco. Bacon, (1561 - 1626), Descartes (1596 - 1650) y Pascal (1626 - 1662). Bacon con su "Novum Scientiarum Organum", Descartes con el

"Discurso del Método" y Pascal con el prólogo de un "Tratado sobre el vacío" (tratado perdido o no escrito), dan las normas del pensamiento científico para la búsqueda de la verdad, libre de toda autoridad, y especialmente de la tiranía de la escolástica y la Revelación.

Naturalmente, la teología no se da por vencida. Los teólogos intentan conciliarla con la ciencia; pero cuanto más las ciencias avanzan y construyen, más el conflicto se agudiza y se hace inconciliable; más claramete chocan las comprobaciones de la ciencia experimental con las consecuencias que la escolástica ha deducido de las premisas de sus falsas verdades reveladas.

El caso de Pascal —la lucha entre su fe cristiana y su inteligencia racional— es un espectáculo asombroso y aleccionador. Científico cuyo genio se ha evidenciado en descubrimientos admirables, y que ha defendido los derechos de la razón frente a Roma, acaba por repudiar la ciencia, prefiriendo entontecerse. Su caso nos enseña que no se puede a la vez creer cristianamente e investigar racionalmente; y él resuelve el conflicto (con cristiana lógica) contra la ciencia, porque las verdades fundamentales, útiles para la salvación, están en la Revelación y no en la vanidad de las ciencias (1).

La obra de Bacon —acaso más profunda— ha tenido menos trascendencia directa que la de Descartes, aunque éste haya aprovechado sus lecciones. En cuanto a Descartes, su gran mérito es haber formulado la regla de la evidencia como guía del conocimiento de la verdad, aunque, —sea por temor, sea por deformación— proclama la Revelación como superior a la verdad racional. Por temor, al conocer el fin de Giordano Bruno, oculta su Tratado del Mundo; y refugiado durante 20 años en Holanda, muere en Suecia.

Pero, a pesar de su inconsecuencia, aunque es todavía víctima de su formación escolástica, su regla va a guiar el trabajo de las inteligencias que vendrán.

---

(1) En otro sentido, nos enseña también que es imprudencia gravísima entregar el espíritu de los niños a las deformantes imposiciones dogmáticas del fanatismo religioso anticientífico; hasta un genio como Pascal cede a los errores grabados en la subconsciencia por los terrores de la enseñanza religiosa.

La Razón, aun no depurada totalmente de los vicios de la escolástica, pero liberada de la Revelación —racionalismo metafísico— revoluciona la filosofía y la moral; crea las ciencias; postula la Democracia, los derechos del Hombre y la soberanía del pueblo; transforma el Derecho; crea la técnica y engrandece la industria; y cambia la organización social, política y económica de los pueblos. Obra de progreso —apresurada e imperfecta— pero que basta para que muera en ella la civilización medioeval cristiana y nazca la civilización moderna laica. La laicidad crea la civilización moderna, resistida por el cristianismo, por todas las Iglesas cristianas poderosas, y anatematizada —hoy como siempre— por la católica.

Es la obra civilizadora de Pierre Bayle en Francia —aunque refugiado en Holanda—; de Locke en Inglaterra; y después, en general, de los filósofos del siglo XVIII. En nombre de la regla de Descartes, someten las verdades que se pretenden "reveladas", a la razón y a la regla de la evidencia; rechazan la Revelación misma como una afirmación gratuita y no probada; y señalan como errores evidentes, racionalmente inaceptables, los dogmas amparados por la Revelación. Voltaire, Diderot, Holbach, Helvetius, realizan esa obra demoledora de los dogmas religiosos.

Los filósofos se empeñan en sustituir la religión revelada por las religiones llamadas naturales, y abren el camino a la conciencia laica.

En lo moral, ya Rabelais, desde el siglo XVI aplica la crítica de la razón a la moral religiosa, oponiendo al ascetismo y las esperanzas de ultratumba, la búsqueda inteligente del conocimiento, de la belleza, la salud, la riqueza y el bienestar; y rechaza el pecado original y la creencia pesimista de la maldad del hombre, afirmando como normal del hombre sano y culto la tendencia al bien.

Pierre Bayle mostrará la independencia de la moral y la religión, la frecuencia de la inmoralidad unida a la fe cristiana y, a la vez, recordará a los paganos virtuosos, incluso los ateos, mencionando, caso típico, al calumniado Epicuro, el bondadoso Epicuro, modelo de virtud.

El derecho público, la política evolucionan a la vez. (El

derecho privado queda, en algunos aspectos, a la espera de nuevos tiempos).

Había para el gobierno de los pueblos una ley imponente, el derecho divino. Bossuet la extrae de las palabras de la Escritura: es la monarquía absoluta, el derecho de los reyes emanado de la voluntad de Dios, ejerciendo su autoridad sobre los súbditos, irrevocable e irresponsable ante ellos, responsable sólo ante Dios (Los representantes de éste, los sacerdotes católicos, podrán, en la confesión, influir en la política a favor de la Iglesia y contra los odiados hugonotes y contra la prosperidad de la Francia).

Independiente de esta doctrina teológica aparecen todavía, para apoyar sus conclusiones despóticas, el recuerdo de las enseñanzas de Maquiavelo y la teoría de Hobbes, que parte, como la teología, del supuesto de la maldad del hombre y llega lógicamente, como ella, a una doctrina de despotismo.

Frente a ellas aparecen tímidas, refutadas, ideas nuevas que van cobrando precisión y coraje, y que abandonando las bases sobrenaturales de la teología y la voluntad de Dios buscan su apoyo en el orden inmanente de la naturaleza. La rebelión contra el odioso despotismo, las aspiraciones de libertad para buscar un porvenir mejor, la nueva filosofía irreligiosa las concreta en la doctrina de los derechos naturales, que corresponden a cada ser humano por su propia condición. Los pueblos, a su vez, son dueños de sus destinos y regularán sus relaciones en la justicia (el derecho de gentes).

Por entonces una serie de pensadores eminentes producen obras admirables que coinciden con sucesos políticos que favorecen la acción de las nuevas ideas. Son, principalmente, Hugo Grocio (1583-1645) con su "Derecho de la guerra y la paz"; Spinoza (1632 - 1677) con su "Tratado teológico político" y su "Etica"; John Locke (1632-1704) con sus obras relativas al gobierno civil; y Samuel Pufendorf (1632-1694) con las suyas relativas al derecho natural. Al mismo tiempo, Luis XIV decreta la torpe, atentatoria revocación del Edicto de Nantes (1685) y se producen las Revoluciones Inglesas (1648 y 1688) con su Declaración de Derechos (Bill of Wrights).

Los filósofos del siglo XVIII desarrollan esas ideas y luchan contra la miseria, la ignorancia, la injusticia y la feal-

dad; y oponen al viejo concepto de cristiandad una idea más amplia y generosa de humanidad.

A la política de sometimiento servil, deducida de la Escritura, oponen el derecho de la razón a someter a crítica los regímenes políticos y a formular reformas. Es el trabajo de Montesquieu, de Rousseau, de Voltaire, de Diderot, de d'Holbach, del abate Saint Pierre, de Turgot, de Helvetius, etc., en defensa de la libertad. Se proclama la doctrina de los derechos naturales. Y las libertades que el progreso ha hecho comprender y querer al hombre de la cultura humanista, la Revolución triunfante las proclama derecho de todo hombre, por su condición universal de ser razonable (1).

12. No son únicamente estos principios lo que cambia. En el siglo XVIII, cambia la vida misma en el sentir del hombre, con un nuevo ideal que ya no es cristiano, sino de "honnête homme".

Bernhard Groethuysen ("La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII") estudia los caracteres psicológicos del hombre nuevo, que viene del Renacimiento y aparece como el tipo de los tiempos modernos. Ese tipo es el burgués, especialmente "el burgués emancipado". Las observaciones de este autor se fundan preferentemente en las opiniones de religiosos que comprueban que la religión ha perdido el gobierno de la vida moral, aunque ellos, al parecer, no comprendan por qué, no viendo que la religión no tiene ya ni el imperio sobre la inteligencia ni el prestigio sobre la conciencia.

Se ve así surgir la vida moderna, de la que la religión ha perdido el gobierno, según la confesión de los más sinceros pensadores cristianos.

Groethuysen (ob. ct., p. 424, ed. Fondo de Cultura Económica) menciona las largas polémicas a que dió motivo la cuestión de si la religión cristiana era verdadera o falsa, expresando que en el desarrollo de aquéllas fueron triunfando más y más los sostenedores de la tesis de la falsedad.

Esto significa que la religión pierde progresivamente el

(1) **Para la consagración política de las libertades humanas y la laicidad, ver mi libro "Jacobinismo", próximo a aparecer.**

prestigio de que antes pudo gozar en la conciencia del hombre común, como un refuerzo de la terrible coacción que sobre él ejercían unidos el Estado y la Iglesia, que ese prestigio va pasando a la filosofía naciente, y que se forma así un clima propicio a la incredulidad.

Groethuysen continúa expresando que el burgués, aun si no llega a firmes convicciones antirreligiosas, no necesita ya la religión; considera ésta como cosa del pasado; no la toma en cuenta para su vida, la que se dirige por principios "temporales", obedeciendo a valores profanos. Quiere aparecer como un hombre honrado, ser considerado un burgués honorable; pero los ministros de la Iglesia le reprochan que no le interese pasar por un varón piadoso. Groethuysen documenta ampliamente sus observaciones (id. 425 a 427); y de tales testimonios consideramos útil escoger algunas citas: "Sobre los escombros del Evangelio de Cristo, dice el predicador Charles Frey de Neuville ("Sermones") se alza un evangelio de la honradez humana, en el que se hacen entrar todos los deberes de la razón y de la religión. Se quiere hacer del pueblo cristiano un pueblo de filósofos. El bien general, las buenas costumbres sociales, el orden, la paz dentro de la colectividad: a eso se limitan todas las virtudes. No se conocen, no se quieren conocer otras reglas de la conducta moral. Se pone el honor en renunciar al título de cristiano; pero se siente complacencia en merecer y llevar con dignidad el titulo honorífico de hombre honrado".

"Otros predicadores —agrega Groethuysen— confirman las manifestaciones de Frey de Neuville. Así, se dice en uno de los sermones del cura de Gasp: "Cuando se quiere hacer el elogio de una persona se suele decir: es un hombre honrado; en cambio, no se dice, no se osa decir: es un buen cristiano; exactamente como si la condición de ser un buen cristiano tuviera en sí algo de deshonroso".

"Naturalmente, nos haréis presente que sois hombres honrados, pero no piadosos —dice el cura de Boulogne—; pues, hermanos míos, esto es siempre lo que los llamados sabios de este mundo piensan poder oponer victoriosamente a todas las objeciones. No sois devotos, decís; no: sin duda, no lo sois, pues no sois cristianos, pues Dios no significa ya nada para

vosotros"... "Esto resulta también claramente, dice Groethuysen, en la educación que los burgueses dan a sus hijos. Me gustaría —dice el cura de Gasp— que en vuestras amonestaciones dejaseis correr algunas palabras que estuviesen en relación con la religión y la piedad...; y dais a vuestros hijos instrucciones de todo punto admirables acerca de cómo deben comportarse en el mundo. Hijo mío guarda tu honor, sé honrado..., cuida tu buena fama..., sé amable, probo, cortés, solícito, servicial... Hija mía, sé modesta y púdica..." Todos éstos son muy sabios consejos, continúa, y dignos de un hombre de honor. En esto no hay duda. Pero un padre pagano diría a sus hijos exactamente lo mismo. ¿Por qué no desempeña la religión ningún papel en tales consejos, que por lo demás son muy bellos y buenos?"

Groethuysen concluye que "la moral burguesa se basta a sí misma".

Se ve, por las propias interesantes confesiones de los hombres de Iglesia, que la vida humana se ha laicizado; que la moral laica se basta a sí misma; y que la conciencia de los hombres honrados ni reclama ni acepta como honroso el apoyo de la religión para su conducta.

El mundo, la masa social más culta, se descristianiza.

13. Todas las iglesias cristianas poderosas fueron enemigas de la laicidad y especialmente de su norma fundamental de libertad del espíritu.

De la Iglesia de Roma, veremos cómo sigue aún maldiciendo esas libertades y manteniendo la lucha política y social contra la laicidad en todos sus aspectos.

En cuanto al protestantismo, conviene rectificar el error, bastante general, de que la Reforma trajo las libertades de conciencia y de pensamiento, normas fundamentales de la paz religiosa y la vida civilizada; la verdad es que sólo las favoreció indirectamente y contra su voluntad.

Lutero era opuesto a la libertad de conciencia y de cultos, que rechazó fundado lógicamente en las Escrituras. Lo que hizo fué censurar la persecución y la quema de hejeres; pero esto mismo, sólo mientras fué minoría y temió que él y sus adeptos fueran perseguidos. Cuando estuvo en el poder, afirmó la auténtica doctrina cristiana del deber de exterminar

la abominación de la herejía; sostuvo, con cristiana lógica, que los anabaptistas debían ser pasados a cuchillo, y lanzó gritos de gozo cuando supo que Thomas Munzer y diez mil aldeanos partidarios suyos, habían sido ferozmente exterminados. Sostuvo que el deber de los súbditos era obedecer al soberano también en materia religiosa; la Iglesia sometida al Estado; ni libertad de conciencia contra la Biblia, ni libertad de conciencia contra el Estado.

Calvino, que hacía lo contrario en lo político, sometiendo el Estado a la Iglesia, y que impuso en Ginebra una verdadera teocracia, sin libertad de conciencia, era todavía más feroz que Lutero. La persecución de los herejes disidentes fuí allí terrible; y consagró su celebridad quemando a fuego lento (con leña verde, según sus órdenes) a Miguel Servet, sabio médico y teólogo español que cayó en sus garras con ayuda de la Inquisición Católica. El pecado de Servet era negar la Trinidad, no creyendo que Jesús fuera Dios, sino sólo "hijo de Dios".

Melanchton, célebre teólogo amigo de Lutero, aprobó aquel asesinato como un ejemplo memorable para la posteridad; a pesar de su natural dulzura, primó su fanatismo cristiano.

En 1903 los calvinistas de Ginebra resolvieron levantar un monumento expiatorio —humanismo contra cristianismo—; y en él pretenden excusar a su "Gran Reformador" diciendo que su "error", "fué el de su siglo". Esto no es verdad. El crimen de Calvino no es más que el cumplimiento de los preceptos que los Evangelios ponen en boca de Jesús. La época no es excusa. La Roma pagana, siguiendo el ejemplo de las ciudades paganas de Grecia, no sólo no quemaba al que no adoraba al dios o los dioses locales, sino que permitía el culto de los dioses extranjeros al lado de los propios y en los propios templos.

El judaísmo —que tuvo en sus comienzos la misma ferocidad fanática— estaba, al final del mundo antiguo, depurado de ella, especialmente bajo la influencia de la filosofía griega.

El principio elemental de humanidad fué proclamado por Castalión, que condenó el crimen de Calvino, siguiendo las enseñanzas de Sozzini (Socino).

Los mahometanos, conquistando a España, no asesinaban

a cristianos y judíos ni les imponían la conversión por la fuerza. Se veía en Córdoba celebrar en una misma mezquita los tres cultos: mahometano, cristiano y judío.

Estaba reservada al cristianismo la triste gloria de renovar la barbarie de la intolerancia homicida, y mantenerla durante su milenaria dominación; impedir la marcha de la civilización, lo mismo en el orden moral —conspirando contra la paz social y la libertad política y el respeto del hombre—, que en el orden intelectual —ahogando la razón y matando el espíritu científico, animador de la cultura. Es principalmente la obra del catolicismo. Pero los Reformadores no instituyeron la libertad del espíritu; solamente sustituyeron la autoridad de la Iglesia por la de la Biblia.

La historia de Inglaterra encierra la crónica de las persecuciones del protestantismo, no sólo contra los católicos sino de las sectas protestantes entre sí. Allí la lucha por la secularización fué una interminable y no muy humana tarea; de tal modo que en la "libre Inglaterra" no se goza aún de la plena libertad religiosa, y todavía en el siglo XX, se condena a prisión por el delito de blasfemia.

Bradlaugh, eminente librepensador, que había estado preso por causa de sus ideas anticristianas, propuso en los Comunes, en el año 1889, la abolición de las penalidades por blasfemias, proposición que fué rechazada. (Bury, "La libertad de pensamiento", p. 168). "Se suponía en general que las leyes de la blasfemia, aunque no derogadas, eran letra muerta. Pero, desde Diciembre de 1911, media docena de personas han sido encarceladas por tal delito", (Bury, p. 166, obra citada; la 1ª edición es de 1913). Felizmente en los planos superiores de la ciencia el fanatismo carece ya de furza. Darwin reposa en la Abadía de Westminster al lado de los reyes.

Tampoco es absoluto el imperio de la libertad de conciencia y de pensamiento en todos los Estados de la Unión Americana; algunos de ellos imponen todavía incapacidades políticas a los ateos. Por otra parte, el fanatismo cristiano obsta en algunos estados a la enseñanza de teoría científica tan bien fundada como el evolucionismo.

14. Sólo pequeñas sectas cristianas minoritarias reclamaron (como Lutero en su primer tiempo) la libertad; y algu-

nas de ellas conservaron esa posición no evangélica (Zuinglio, Sozzini). La secta fundada por este último contribuyó notablemente a mantener y difundir el ideal de la libertad religiosa. El mérito del Protestantismo no fué crear la libertad de conciencia, pues sólo involuntaria e indirectamente contribuyó la Reforma a favorecerla; su mérito ha sido ir aceptándola o adaptándose a ella, desgraciadamente en forma lenta e incompleta, pero que hace que algunas de sus confesiones o iglesias hayan adherido a las instituciones democráticas, y acepten la libertad de conciencia y la laicidad del Estado, y aun, aunque en grado menor, favorezcan o toleren el progreso intelectual, aun contra la Biblia y los dogmas cristianos.

Es el fenómeno que Lord Morley expresaba así, a fines del siglo último: "Las iglesias cristianas están asimilándose, con la rapidez que su formulismo les permite, la nueva luz, las ideas morales más generosas y la espiritualidad más alta, de maestros que han abandonado todas las iglesias y que son denunciados sistemáticamente como enemigos de las almas de los hombres".

15. Esta observación del libre pensador ha sido reiteradamente confirmada por los propios protestantes.

Alberto Reville ("Hist. del dogma de la divinidad de Jesucristo") dice: "Lo que nosotros retenemos (de las creencias cristianas) por nuestra cuenta personal, es aquello que nos parece verdadero fuera de toda autoridad sobrenatural".

Y Augusto Sabatier ("Esbozo de una filosofía de la religión según la psicología y la historia") dice a su vez: "El cristianismo, tomando siempre prestadas las formas al medio en el cual se realiza, después de soportarlas algún tiempo, se desprende de ellas más tarde, triunfa de los elementos inferiores y temporarios que le encadenaban, y manifiesta de edad en edad una independencia más grande y una más pura y más alta espiritualidad".

Aunque este escritor pretende deducir de ahí que la civilización o el alma de la humanidad no ha sido nunca tan fundamentalmente cristiana, la verdad es que, al comprobar el acercamiento de su religión con la civilización moderna, invierte el movimiento que lo produjo, pues es evidente que si nunca el cristianismo ("el pseudo cristianismo", que dice

Haeckel) ha sido tan civilizado, tan humano como ahora, es porque se ha adaptado al ambiente y las enseñanzas del humanismo, abandonando los errores científicos, los absurdos de su mística (infierno, cielo, diablo, ángeles, milagros, brujas, etc.) y los horrores morales del Evangelio (hoguera y degüello para el no creyente).

Para alcanzar esa civilizada adaptación al humanismo, el cristianismo liberal ha realizado una evolución previa fundamental. Primero tuvo que abandonar el respeto literal de la Biblia; pero eso no bastaba: tuvo que librarse totalmente de la autoridad sobrenatural de la "Sagrada Escritura", es decir, negarle su origen divino, no creer ya en la Revelación, base de autoridad de la teología y de toda la doctrina cristiana.

16. Un teólogo protestante opuesto a esa profunda revolución en el seno del cristianismo, Charles Byse, en un trabajo titulado "Llave simbólica de las Santas Escrituras", reconoce esa transformación de la teología protestante: "El resultado más neto de la evolución teológica del siglo XIX, en las Iglesias Protestantes, me parece ser el rechazo de la inspiración de las Santas Escrituras. El señor H. Willemier se ha explicado al respecto con noble franqueza hace una decena de años, y las confesiones del profesor de la Universidad nos han sido confirmadas recientemente, en una de nuestras sesiones (de la sociedad de teología de Vaux) por el Secretario de la comisión de estudios de la Iglesia libre de Vaux. "Es necesario, ha dicho en sustancia el señor Enrique Chavannes, negar toda inspiración especial, aun restringida, a nuestros libros sagrados. Es necesario combatir el dogma de la inspiración y renunciar a esa palabra, que es sinónimo de infalibilidad". Después de haber oído ese trabajo, el señor Pablo Chapuis se felicitó "de haber asistido al entierro del dogma de la inspiración".

Vemos así a los cristianos más evolucionados desprenderse difícilmente de la idea que atribuye origen divino y valor infalible a los viejos libros de la Biblia, superstición a la que la Iglesia de Roma se apega todavía dogmáticamente. No era éste el espíritu de quienes los escribieron. "Uno de los resultodos más sorprendentes de las investigaciones sobre el Viejo Testamento, ha sido saber que los mismos judíos manejaban

sus tradiciones libremente. Cada uno de los sucesivos documentos que luego se entretejerían, fué escrito por hombres que adoptaron una actitud perfectamente libre con respecto a las tradiciones más antiguas; y no sospechando que fueran de origen divino, no se inclinaron ante su autoridad. Estaba reservado a los cristianos el investir con autoridad infalible toda la masa indiscernible de estos documentos judíos, contradictorios no sólo en sus tendencias (ya que reflejan el espíritu de épocas diferentes) sino también, en algunos aspectos, en su sustancia" (Bury, "La libertad de pensamiento", p. 133).

17. El humanismo, que descristianiza así al mundo, civilizándolo, hace llegar su obra persuasiva de civilización hasta el seno mismo de las iglesias cristianas.

Charles Guignebert ("El cristianismo medieval y moderno", p. 212) concreta esa evolución de las iglesias protestantes, expresando en el mismo sentido: "No es, pues, al cristianismo apostólico a lo que nos retrotrae la evolución de las iglesias reformadas sobre el terreno de la doctrina y del espíritu; es a una religión personal, que se inspira en las necesidades intelectuales y morales de hoy, y que organiza las interpretaciones de los viejos textos, y de todos los hechos del pasado cristiano, en función de esas tendencias, en adelante liberadas de la coacción de la autoridad".

18. Esa evolución es un triunfo del racionalismo, aunque éste no estuviera aún liberado de la escolástica. El racionalismo metafísico, que toma por verdades evidentes, conceptos que le son familiares, —y que, acaso, no son más que prejuicios —dándoles valor absoluto, prescindía de la experiencia.

Hasta el mismo Descartes, tan original, está influído por la escolástica. Fontenelle, su discípulo, secretario perpetuo de la Academia de las Ciencias, haciendo el elogio de Newton, muestra a Descartes pretendiendo, en un vuelo atrevido, alcanzar la fuente de todo y hacerse dueño de los principios, para no tener más que descender a los fenómenos de la Naturaleza, como consecuencias necesarias, mientras que Newton, más tímido y más modesto, se apoya en los fenómenos para remontarse a los principios desconocidos, dispuesto a reconocerlos, tales como pudiera darlos el encadenamiento de las

consecuencias. Y en frases tan breves como expresivas, dice: "El uno parte de lo que él entiende netamente para encontrar la causa de lo que ve. El otro parte de lo que ve para encontrar las causas. Así el viejo monje Roger Bacon, preconizando el método inductivo —como Thales de Mileto en el siglo VI A.C.— está más cerca que Descartes de la ciencia moderna; Bacon quería la regla sabia de la experiencia racional como base segura del conocimiento. Con razón la Iglesia, cristianamente, lo tuvo en prisión, por hereje, casi hasta su muerte.

Pero, a pesar de sus deficiencias, resabios de la escolástica, ese racionalismo metafísico, por ser ejercicio de la razón liberada del cristianismo, es decir de la fe en la Revelación, realiza en moral, en ciencia y en política, una obra grande y gloriosa. Los filósofos que reconocen los errores de que adolece su apresurada construcción, no escatiman su admiración y su gratitud, comprobando que ha desempeñado un papel decisivo en la evolución intelectual de occidente.

19. En síntesis, la lucha de la razón contra el cristianismo da un nuevo espíritu a la época que entonces comienza: el Renacimiento.

Algunos historiadores sagaces han señalado que el sentido cultural del Renacimiento fué descubrir la grandeza del hombre pleno, reconociendo, así, que esa época tiene, como auténtica característica, más profunda que el resurgimiento de las letras y las artes paganas, la de la exaltación del hombre, por las posibilidades del genio y del heroísmo. Resurgían, así, en la historia las personalidades egregias que se habían desarrollado en el clima de cultura racional y libre de la era luminosa del paganismo. Y en contraste con esta exaltación de la vida y del hombre, aparecía la esterilidad producida por la tiranía religiosa de la Edad Media y por su concepto pesimista de la maldad del hombre y de la miseria irredimible de la vida terrena.

El espíritu renacentista alienta esa fe en el hombre y en sus posibilidades, posibilidades que él desarrolla y que a la vez defiende contra las imposiciones del espíritu religioso, dogmático y tiránico. Es así que, en lucha con la doble tiranía medieval, el Renacimiento crea el hombre nuevo —culto

y escéptico, libre y rebelde— y afirma la grandeza del hombre y su aptitud de elevación espiritual y su capacidad de progreso; y reivindica el valor de la personalidad humana y, a la vez, la belleza de la vida real, en la que aquélla eleva su espíritu por la ciencia y en la libertad.

El espíritu renacentista da a la civilización naciente esa fe en la bondad del hombre, base de un orden social y político de libertad. Frente a él, el espíritu medieval cristiano, con su dogma pesimista de la maldad del hombre, afirma la necesidad del sometimiento total de éste a la doble autoridad tiránica de la Iglesia y del poder político.

Las fuerzas renovadoras de la vida que el Renacimiento trae —la fe en la razón libre y el sentimiento de la dignidad humana—, son gérmenes fecundos de la democracia (a la vez que de la ciencia) y concluyen postulando los Derechos del Hombre y el nuevo evangelio fraternal del 89.

"Deduciéndolo de la Escritura" (Bossuet), la fe cristiana mantiene el espíritu totalitario, de negación del valor autónomo de la personalidad humana, de anulación de su espíritu por la negación de las libertades de pensamiento y de conciencia.

La Iglesia Católica —petrificada desde el Concilio de Trento— maldice la civilización moderna, sigue manteniendo en su auténtica barbarie el espíritu evangélico y medieval. Otras confesiones cristianas, en cambio, replegándose, en la época moderna, ante los progresos de la cultura científica y moral del humanismo, se adaptan progresivamente a la civilización y a la democracia.

Una gran falsedad muy repetida atribuye, sin embargo, al cristianismo el mérito de la afirmación del valor de la persona humana, aunque ese valor sólo adquiriría vigencia en el Cielo, no en la tierra; después de la muerte, no en la vida real; no alcanzaría al hombre sino solamente a su alma; y esto a condición de ser cristiano.

¡Realmente extraño el respeto que el cristianismo ha dispensado al hombre mandando su cuerpo a la hoguera y su alma al infierno por el delito de no creer en todos los absurdos de la teología!

CAPITULO III

La laicidad, matriz de la civilización moderna

1. Hemos visto (Cap I) cómo la razón fué vencida por las supersticiones asiáticas, y cómo, dominada por la Revelación, vive ahogada durante la Edad Media. Encadenada por el prejuicio cristiano, la razón se manifiesta impotente e infecunda.

Y hemos visto después (Cap. II), cómo un conjunto de factores económicos, sociales, politicos e intelectuales favorece el debilitamiento de la fe dogmática y del poder de la Iglesia y su clero, y el fortalecimiento de la sociedad civil, de los laicos, transformándose lenta y laboriosamente el régimen medieval, religioso, de dominio clerical, en un régimen secular, civil y, más tarde, de libertad de la ciencia y la conciencia; libertad contra autoridad; laicismo humanista contra clericalismo cristiano.

Indicamos allí que León XIII, atacando el moderno derecho democrático (el derecho político de la civilización moderna), señala su origen en "el deplorable gusto de las novedades que el siglo XVI vió nacer" (el movimiento filosófico racionalista de que allí hablamos), cuya acción puntualiza ese pontífice expresando que primero "trastornó la religión cristiana" (triunfo de la razón sobre la fe en los dogmas del cristianismo), añadiendo que "bien pronto por una pendiente natural pasó a la filosofía, y de la filosofía a todos los órdenes de la sociedad civil" (el conjunto de la civilización). (Encíclica "Inmortale Dei").

El nuevo modo de pensamiento que así surge de la razón y su filosofía y pasa a dominar la vida de la sociedad civil,

cambia el sistema medieval, caracterizado por el dominio del sentimiento religioso y de poder del clero, régimen clerical, religioso, cristiano, y lo reemplaza por el sistema moderno, de inspiración racional científica, de libertad del espíritu, régimen liberal, humanista, de laicidad.

2. Para puntualizar qué es la laicidad y cuál es su origen, su labor y sus efectos, conviene, en primer término, someter ese concepto a la critica del pensamiento religioso y clerical, para verlo después a la luz del criterio científico y liberal.

El primer modo de examen servirá ya para destacar las características de la laicidad como ambiente necesario para la gestación de la civilización moderna.

Tomaremos por base, para ese breve examen, los documentos papales, una resolución de los cardenales y obispos franceses (de 10 de marzo de 1925) frente a las leyes laicas, y un estudio filosófico del "Dictionnaire apologétique de la foi catholique" sobre la "Laicidad" obra de un ilustrado sacerdote jesuíta, el Padre Emmonet. (París, Bauchesne 1915 - ps. 1770 a 1816).

La crítica de la laicidad es uno de los temas más frecuentes de las encíclicas papales.

Desde la declaración de los Derechos del Hombre, el Papa, que busca la simpatía y la alianza de todos los tiranos de Europa, empieza por formular la condenación de ese derecho nuevo (aunque demorándola hasta que dió por perdidos Aviñón y el Condado, incorporados a Francia), condenación que ampliarán y confirmarán sus sucesores. La pronuncia primero el papa contemporáneo Pío VI en el breve de 10 de marzo de 1791. Atribuyendo a la Revolución el propósito de aniquilar la religión católica, dice: "Es con ese designio que han establecido, como un derecho del hombre en sociedad, la libertad absoluta, que no solamente asegura el derecho de no ser inquietado por sus opiniones religiosas, sino que le acuerda además el derecho de pensar, de decir, de escribir y aun de hacer imprimir impunemente en materia de religión todo lo que guste; derecho monstruoso, que, sin embargo, a la Asamblea le parece resultar de la igualdad y de la libertad naturales en todos los hombres. Pero, ¿qué puede haber más insensato que

establecer entre los hombres esa igualdad y esa libertad desenfrenada que aplasta completamente la razón, el don más precioso que la naturaleza haya hecho al hombre y el único que lo distingue de los animales? Dios, después de haber creado al hombre y de haberlo establecido en un lugar de delicias, ¿no lo amenazó con la muerte si comía el fruto del árbol del bien y del mal? Y por esta primera prohibición, ¿no puso límites a su libertad?".

Sobre este sólido fundamento el Papa considera refutada la tesis de las pretensiones de libertad del hombre agregando además que el uso que éste debe hacer de su razón consiste esencialmente en reconocer a su soberano Autor y en honrarlo, admirarlo, etc.

3. Esta sesuda refutación del liberalismo fué sucesivamente desarrollada por León XII, Gregorio XVI, notablemente por Pío IX, (el "Syllabus" y "Quanta Cura") y León XIII; éste último en sus encíclicas "Quod apostolici", "Diuturnum", "Humanum genus", "Inmortale Dei" y "Libertas praestantissimum". Lo hicieron igualmente sus sucesores. Y así como León XIII atacó la laicidad en "Nobilissima Gallorum Gens", después de las leyes francesas de enseñanza laica y de exclusión de los sacerdotes de las escuelas, y de libertad de la prensa, y con ocasión de discutirse la ley de divorcio y formularse proposiciones de separación de la Iglesia y el Estado, del mismo modo Pío X, en ocasión de sancionarse esa separación, en "Vehementer nos", reiteró el alegato contra la laicidad, desarrollándolo después, contra los modernistas en "Pascendi", y contra "Le Sillon" en carta al episcopado francés de 25 de agosto de 1910.

4. En "Vehementer Nos", Pío X expresa los agravios anteriores a la separación: "Habéis visto, dice, violar la santidad y la inviolabilidad del matrimonio cristiano por disposiciones legislativas en contradicción formal con ellas" (Ley que autoriza el divorcio); "laicizar las escuelas y los hospitales; arrancar a los clérigos de sus estudios y de la disciplina eclesiástica para obligarlos al servicio militar; dispersar y despojar las congregaciones religiosas y reducir la mayor parte de las veces a sus miembros a la última desnudez. Otras medidas legales han seguido, que todos vosotros conocéis: se ha abro-

gado la ley que ordenaba oraciones públicas al principio de cada sesión parlamentaria y en la apertura de los tribunales; se ha suprimido las señales tradicionales de duelo a bordo de los navíos, el Viernes Santo; se ha borrado del juramento judicial lo que le daba carácter religioso; se ha desterrado de los tribunales, de las escuelas, del ejército, de la marina, de todos los establecimientos públicos, en fin, todo acto o todo emblema que pudiera de cualquier manera recordar la religión".

Después expresa que la Iglesia procuró evitar la separación, aunque no dice que la República se vió obligada a realizarla, no sólo por razones de justicia y de democracia, sino porque el clero francés, bajo la dirección del Vaticano, conspiraba con los enemigos de la República para derrocarla.

Y el Papa hace así, a continuación, la refutación de la tesis laicista:

"Que se deba separar el Estado de la Iglesia, es una tesis absolutamente falsa, un muy pernicioso error. Basada en efecto sobre el principio de que el Estado no debe reconocer ningún culto religioso, ella es ante todo muy gravemente injuriosa para con Dios; porque el Creador del hombre es también el Fundador de las Sociedades humanas, y las conserva en la existencia como nos sostiene en ella. Le debemos no solamente un culto privado, sino un culto público y social para honrarlo".

"Además esta tesis es la negación muy clara del orden sobrenatural. Ella limita, en efecto, la acción del Estado a la prosecución de la prosperidad pública durante esta vida, lo que no es más que la razón próxima de las sociedades políticas; no se ocupa de ninguna manera, como si les fuera ajena, de su razón última, que es la beatitud eterna, propuesta al hombre cuando esta vida, tan corta, haya llegado a su fin. Y sin embargo, encontrándose el orden presente de las cosas, que se desarrolla en el tiempo, subordinado a la conquista de ese bien supremo y absoluto, no solamente el poder civil no debe poner obstáculo a su conquista, sino que debe también ayudarnos".

"Esa tesis trastorna igualmente el orden muy sabiamente establecido por Dios en el mundo, orden que exige una ar-

moniosa concordia entre las dos sociedades. Esas dos sociedades, la religiosa y la civil, tienen en efecto los mismos súbditos, aunque cada una de ellas ejerce, en su esfera propia, la autoridad sobre ellos. De ahí resulta forzosamente que habrá muchas materias de las que deberán conocer la una y la otra, por ser del resorte de ambas. Ahora bien: que el acuerdo entre el Estado y la Iglesia desaparezca, y en esas materias comunes pulularán fácilmente los gérmenes de los diferendos, que se volverán muy agudos de ambos lados; la noción de lo verdadero será por ello turbada y las almas llenas de una grande ansiedad".

"En fin, esa tesis inflige graves daños a la sociedad civil misma, pues ella no puede prosperar ni durar largamente cuando no se hace su sitio a **la religión, regla suprema y soberana maestra cuando se trata de los derechos del hombre y de sus deberes".** (El subrayado es nuestro).

En apoyo de la doctrina católica, Pío X invoca la autoridad, tan indiscutible como la suya, de León XIII y especialmente esta sentencia: "Las sociedades humanas no pueden, sin convertirse en criminales, conducirse como si Dios no existiera o rehusarse a preocuparse de la religión como si fuese cosa ajena o que no les pudiese servir para nada".

Prescindiendo de la furia de las calificaciones clericales —como ésta de llamar criminales a las democracias (forzosamente laicas por respeto a la libertad y la igualdad humanas)— se ve en la impugnación papal los rasgos característicos del régimen de laicidad: el Estado limitando su autoridad al orden natural, a la vida real sin tomar posición en el problema religioso.

La crítica papal se funda en que el Estado laico no se ocupa más que de esta vida, y no de preparar a las gentes para la otra, tarea que la Iglesia no quiere realizar sola, pues reclama para ella la ayuda del Estado, es decir, la coacción de la autoridad política sobre las conciencias.

5. Es la misma doctrina puntualizada y articulada por Pío IX en la encíclica "Quanta Cura" y en el "Syllabus" del que reproducimos algunos de los principales anatemas. Ellos alcanzan, según el parágrafo I (art. 1 a 7) al Panteísmo, al naturalismo y el racionalismo absoluto. Se condena igualmen-

te, en el parágrafo II, el racionalismo moderado y, entre otras proposiciones, la que somete a la razón la investigación de los principios religiosos como las ciencias filosóficas, la que deja a la filosofía la tarea de rectificar sus propios errores, la que considera un impedimento para el progreso de las ciencias los decretos del Papado y las congregaciones romanas, etc. En el parágrafo III se condena la libertad de conciencia (art. XV), la idea de que el hombre puede encontrar la salvación en diversas religiones (XVI y XVII), y la que considera que el protestantismo es una fe agradable a Dios. El parágrafo IV está destinado a renovar los anatemas al socialismo, al comunismo, a las sociedades secretas, a las sociedades bíblicas y a las sociedades anticlericales y liberales. El parágrafo V (de los errores relativos a la Iglesia y sus derechos) proclama a la Iglesia una verdadera y perfecta sociedad plenamente libre en virtud de los derechos propios y constantes que le ha conferido su divino Fundador y, en consecuencia, el Syllabus niega al poder civil la autoridad para definir esos derechos y los límites en que puede ejercerlos (XIX); afirma el derecho de la potencia eclesiástica para ejercerlos sin el contralor del poder civil (XX); se atribuye el poder de definir dogmáticamente que la religión de la Iglesia Católica es la única religión verdadera (XXI); extiende la obligación de obediencia de los maestros y escritores católicos aun fuera de las cosas que han sido definidas como dogmas de fe (XXII); anticipa la pretensión de infalibilidad de los Papas y Concilios, estableciendo que nunca han abusado ni errado en las definiciones relativas a la fe y las costumbres (XXIII); proclama el derecho de usar de la fuerza (XXIV); y como consecuencias de todo esto, afirma las inmunidades clericales, el fuero eclesiástico, el derecho natural de la Iglesia de adquirir y poseer, la irrevocabilidad de los poderes temporales del clero, los derechos del Papa como príncipe libre ejerciendo su autoridad sobre la Iglesia universal, etc. El parágrafo VI pronuncia una serie de declaraciones relativas a la sociedad civil y sus relaciones con la Iglesia, negando todo sometimiento de ésta al poder civil y hasta hablando de obediencia debida por éste a aquélla; estableciendo la obligación de la enseñanza religiosa en todas las escuelas y el derecho de la Iglesia de intervenir en ellas; la li-

bertad de las comunidades religiosas para su desarrollo; la prohibición a la autoridad civil de proteger a los que quieren abandonar el estado religioso y faltar a sus votos; la prohibición de separar la Iglesia del Estado, etc. Entre los anatemas del parágrafo VII destacamos solamente el que condena la pretensión de que "las ciencias de las cosas filosóficas y morales y aun las leyes civiles puedan y deban ser sustraídas a la autoridad divina y eclesiástica" afirmando así la autoridad del papa sobre la ciencia y sobre la legislación (LVII); y el anatema a la doctrina de la soberanía de las mayorías populares (LX), al derecho de rebeldía de los pueblos contra los príncipes (LXIII), y a la doctrina de la "no intervención" (que las democracias nacientes reclamaban para no ser ahogadas por la confabulación de las monarquías despóticas). El parágrafo VIII se refiere a los errores concernientes al matrimonio para afirmar la autoridad de la Iglesia en la materia, (con potestad para reglamentar los impedimentos dirimentes), la necesidad del sacramento, la indisolubilidad del matrimonio, etc., incluso la afirmación de la superioridad del estado de virginidad sobre el estado de matrimonio, y el mantenimiento del celibato sacerdotal, conservando así una de las causas más fecundas de la corrupción tradicional de la Iglesia católica por la vida antinatural que impone a su clero. Un breve parágrafo IX se dedica a afirmar la conveniencia de la realeza temporal del Papa junto con su poder espiritual. Finalmente el parágrafo X destina sus anatemas a condenar las cuatro proposiciones que sostienen: que en nuestra época no es útil considerar como única religión del Estado a la católica con exclusión de todos los otros cultos; que con razón en algunos países católicos la ley ha permitido a los extranjeros el ejercicio público de sus cultos particulares; que es falso que la libertad civil de todos los cultos y la plena libertad dejada a todos de manifestar abierta y públicamente todos sus pensamientos y todas sus opiniones arrojen más fácilmente a los pueblos en la corrupción de las costumbres y del espíritu y propaguen la peste del indiferentismo; y finalmente, la que dice que el Pontífice Romano puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna.

6. En resumen, el Syllabus, coincidiendo con las doctrinas que las encíclicas anteriores y posteriores desarrollan más extensamente, anatematiza las libertades humanas de pensamiento y de conciencia frente a cada hombre (y del mismo modo todo culto y toda religión que no sean los católicos), y la libre investigación y difusión de la ciencia y la filosofía y el régimen democrático con la soberanía del pueblo; y somete a la autoridad de la Iglesia la enseñanza pública y las leyes del Estado, el que queda subordinado así al poder teocrático, negando naturalmente la autoridad que el Estado debe tener sobre las Iglesias, autoridad que el Estado laico ejerce con las limitaciones que le impone su propia doctrina democrática liberal.

Como coronamiento de todo el sistema medieval que el Syllabus proclamó (escandalizando en su época aun a prelados católicos) el Papa proclama el derecho de la Iglesia a usar de la fuerza contra los incrédulos; lo que significa la Inquisición y la guerra religiosa en el interior y las guerras de religión en lo internacional.

Muchos hombres de nuestra época, especialmente si han oído los falsos elogios del "espíritu cristiano" por sus virtudes de mansedumbre, de paz, de humanidad y de dulzura, sentirán extrañeza al leer que el Jefe de la Iglesia proclama la condenación de las formas políticas civilizadas y pretende subordinar la ciencia a la autoridad de la Iglesia y niega la libertad de conciencia y reclama el uso de la fuerza para imponer la fe contra la razón, lo que significa restablecer la inquisición y destruir la paz social. Creerán así que el Papa es la negación del dulce Jesús y del manso cristianismo primitivo.

Y tendrán la misma ingenua sorpresa si leen que el Cardenal inglés Newman declara que "sería una ventaja para este país (el suyo) el ser mucho más supersticioso, más fanático, más tenebroso, más cruel en su religión de lo que en la actualidad parece ser" (cita de J. M. Bury "La libertad de Pensamiento" p. 164).

Esos sentimientos de extrañeza y de sorpresa provienen del error de las gentes sobre las doctrinas cristianas, adulteradas en los sermones clericales y en las declamaciones "clerica-

loides", y repetidas por muchos, aun por algunos de alta posición intelectual o política.

En "Sobre cristianismo antiguo" (1) (Parte II "Las Morales del Evangelio") demostramos que la fe cristiana, lejos de significar una ley nueva de amor, no ahogaba sólo la razón bajo el peso de la superstición, sino que además mataba el amor humano, bajo las presiones del odio religioso y la violencia, destruyendo así el sentimiento solidario de humanidad y la paz social, a la vez que la cultura y el progreso humano.

El Syllabus está lógicamente fundado en el Evangelio. Las confesiones protestantes que rechazan las monstruosas doctrinas papales, son más humanas, más civilizadas y más morales, pero menos evangélicas.

7. La antes mencionada declaración del alto clero francés contra las leyes laicas concuerda, naturalmente, con la enseñanza papal. Dice así:

"Las leyes de laicidad son injustas, primero, porque son contrarias a las leyes de Dios".

"Ellas proceden del ateísmo y conducen a él en el orden individual, familiar, social, político, nacional e internacional".

"Ellas tienden a sustituir el verdadero Dios por ídolos (la libertad, la solidaridad, la humanidad, la ciencia, etc.); a descristianizar todas las vidas y todas las instituciones".

"Los que han inaugurado su reinado, los que lo han afirmado, extendido, impuesto, no han tenido otro fin".

"Ellas son injustas, además, porque son contrarias a nuestros intereses temporales y espirituales".

No nos detendremos a analizar en detalle esa declaración. Lo más sustancial de ella reaparecerá al tratar el ya mencionado estudio del "Dictionnaire Apologétique" del Padre Emmonet.

Nos limitamos: 1º a señalar que, para los monseñores católicos, habituados a sus abusivos privilegios, las leyes son injustas si no se acomodan a las leyes de su Iglesia —que ellos llaman las leyes de Dios— (sometimiento de los pueblos y sus legisladores al poder teocrático); y que son igualmente injustas si no concuerdan con los intereses de ellos mismos,

(1) Libro próximo a aparecer.

incluso sus intereses materiales; y 2º, a destacar la explícita confesión de que el Dios de ellos es antagónico e inconciliable con los principios e ideales nuestros, los de la civilización, a los que ellos llaman "ídolos": "la libertad, la solidaridad, la humanidad, la ciencia, etc." En este "etc." estarán comprendidos otros perversos ídolos laicos, como la igualdad, la soberanía del pueblo y el progreso humano. Concisa como es, la declaración de los cardenales y obispos franceses —que se comenta sola— basta para evidenciar el radical antagonismo del catolicismo auténtico con la democracia, la ciencia y la moral humanista, características de la civilización moderna.

8. Más instructivo aún resulta el artículo "Laicidad" del citado "Diccionario Apologético de la Fe Católica", del que es autor el sacerdote Emmonet. De él tomamos estos párrafos:

"El dogma capital, confesado por el laicismo, no es, pues, como se ve, la irreligión o el ateísmo; es que la religión debe ser asunto estrictamente privado. Es la negación de toda autoridad religiosa exterior a la conciencia individual; la negación de la Iglesia en tanto que ella es un gobierno de las almas. El Estado laicizado no conoce sino conciencias individuales, desprendidas de todo lazo religioso exterior a ellas mismas. El ignora a Dios. El ateísmo social deviene una ley del sistema. Hay más. A ese ateísmo social, velado bajo los nombres diversos de neutralidad, de laicidad, y aun de respeto de las conciencias, los partidarios del laicismo tienden a darle un carácter sagrado y obligatorio, a hacer de él una especie de religión y de Iglesia al revés. Toma así diferentes actitudes, y reviste, según las circunstancias, como un cuádruple caracter: es anticlerical, anticatólico o antieclesiástico, antirreligioso, para volverse a su vez, por una necesidad inmanente, todo lo que él condena, una especie de clero, de Iglesia, de religión, pero en caricatura, es decir, una secta usurpadora, violenta, acaparadora y despótica. Su triunfo sería arribar al ateísmo individual obligatorio. El sueño laico es el hombre hecho Dios.

"Es a esta doctrina, parece, que es necesario reservar el nombre específico de laicismo".

9. Esta exposición del sacerdote jesuíta se inicia con una verdad aunque mal expresada, acusando una deformación

mental. Esa verdad es que la laicidad no es antirreligiosa o antideísta, y tampoco religiosa o deísta. No pretende dar solución a problemas metafísicos. Su posición no implica una solución de fondo, sino una regla de competencia, o, más exactamente, de incompetencia: la incompetencia del propio estado laico para imponer a nadie ninguna fe, ni afirmativa ni negativa. Y resulta erróneo llamar dogma a una regla formal de libertad, que, por otra parte, es la conclusión deducida de la experiencia histórica, de la experiencia de catorce siglos del dominio político de una religión, el más largo y sangriento experimento a que hayan sido sometidos los pueblos de Occidente. La laicidad se limita a establecer "que la religión es asunto estrictamente privado", es decir, a declarar que el Estado no tiene competencia en asunto de fe, y que la conciencia queda así fuera de la jurisdicción de toda autoridad externa, o como dice el sacerdote Emmonet: "es la negación de toda autoridad exterior a la conciencia individual". Pero aquí el ilustrado jesuíta incurre en otra impropiedad o confusión de términos. Esta consiste en decir que la laicidad es "la negación de la Iglesia en tanto que ella es un gobierno de las almas", y que "el Estado laicizado no conoce sino conciencias individuales desprendidas de todo lazo religioso exterior a ellas mismas". La laicidad, que niega al Estado jurisdicción sobre las conciencias, no se la reconoce tampoco a la Iglesia; esto significa que el Estado laico, que no se atribuye el derecho de coaccionar el espíritu, no se lo reconoce tampoco a las Iglesias, o concretamente a la Iglesia Católica, que es la única que lo pretende; y que él no pone su autoridad al servicio de la Iglesia para tiranizar las conciencias. Más aún: emplea esa autoridad —o la debe emplear, porque entre nosotros no cumple siempre efectivamente su deber— para impedir que la Iglesia Católica las tiranice. Por ejemplo: incurriendo en el anatema del artículo LIII del Syllabus, las autoridades no obligan a los sacerdotes a conservar el estado religioso que han abrazado, ni a las monjas y frailes a quedar encerrados en los conventos cumpliendo por la fuerza los votos monásticos, que la Iglesia declara irrevocables.

Contra lo que dice el sacerdote jesuíta, el Estado laico conoce las Iglesias organizadas y las reconoce, aun "como go-

bierno de las almas", mientras ese gobierno se ejerza por sometimiento voluntario de sus fieles o adeptos y no para rebelarse contra la Ley. Las Iglesias, dentro del Estado laico, son personas jurídicas, que deben organizarse bajo la autoridad protectora del Estado (1).

El citado sacerdote agrega que "el laicismo ignora a Dios". Esto es verdad, en el sentido de que el laicismo postula la prescindencia del Estado en materia religiosa, y sólo el fanatismo puede desconocer el alto valor de este principio jurídico humanista.

De aquí en adelante, el distinguido jesuíta cegado por su fe, se despeña por la pendiente de las confusiones, las contradicciones, las injurias y las falsedades.

Lo que él llama "ateísmo social" (que debería ser "ateísmo político", es decir, "Estado sin Dios") se vela, según él con los nombres de "neutralidad", "laicidad", y aun "respeto a las conciencias". No hay velo ni disfraz; el Estado civilizado se jacta con razón de no tener Dios y no fundarse en ese discutido cimiento, en ese cocepto que él no afirma ni niega, lo que le permite proteger igualmente la libertad de todas las conciencias creyentes y no creyentes; esto con plena aceptación y satisfacción de aquellas iglesias o confesiones religiosas que son bastante civilizadas para conformarse con una ley que respeta la libre conciencia de sus adherentes sin violar la conciencia de los disidentes. Las confesiones protestantes — no siempre exentas de culpa— han entrado por ese civilizado camino de la laicidad, muy poco a poco, en verdad, y sin llegar a la perfección (como se ve en el caso de Inglaterra). En cambio, la Iglesia católica se mantiene en su incivilizada e inhumana doctrina, que no disimula sino allí donde se siente muy vencida. La laicidad considera sagrada la conciencia hu-

---

(1) La ignorancia o la incuria de nuestros constituyentes y legisladores de los últimos tiempos ha permitido a la Iglesia Católica y a sus corporaciones, eludir el derecho democrático y vivir sin organización jurídica como si la República reconociera la subversiva y absurda pretensión de la Iglesia de sustraerse a la soberanía del Estado y de declararse "sociedad perfecta y plenamente libre" a título de los "derechos conferidos por su divino Fundador" (art. XIX del Syllabus), título falso, racional, jurídica e históricamente.

mana, creyente o no creyente; y lo que hace obligatorio, lo único que impone, es el respeto de esa libertad de todo espíritu, sea religioso o irreligioso. Esto es lo que irrita al fanatismo católico, que no confía en hacer aceptar los absurdos de su teología sino imponiéndolos por la coacción y ahogando, por la violencia o por el engaño, el progreso y la difusión de las ciencias y la filosofía, cuyo libre desarrollo el Estado moderno favorece en cumplimiento de sus fines culturales y cuyas enseñanzas resultan mortales para la Iglesia y para sus dogmas y privilegios. De ahí las absurdas y contradictorias injurias del eminente jesuíta: "secta usurpadora, violenta, acaparadora y despótica". Todo esto ¿por qué? Porque la laicidad, que no prohibe a los católicos creer en su Dios "tripersonal" y en todas las vírgenes y santos que deseen, no consiente en obligar a creer en ellos a los espíritus que racionalmente los rechazan. La prueba complementaria, —e innecesaria,— de que esas injurias son calumniosas y nacen del espíritu opresor y fanático de la Iglesia Papal, es que entre los defensores más entusiastas de la laicidad y de sus instituciones (incluso la escuela sin dios) figuran los creyentes de las confesiones protestantes más liberales; lo mismo aquí, como se ve en un manifiesto de juventud, en conferencias, folletos y hojas de propagandas de pastores protestantes en defensa de la escuela laica, como en Francia, donde eminentes protestantes, como Pecaut, Steg y Buisson figuraron entre los más activos defensores y ejecutores de las leyes laicas.

Para concluir este breve extracto del extenso artículo del "Diccionario Apologético", anotamos sucintamente lo que en él se señala como ideal laico, régimen laico y obra laica.

Ideal laico. Libertad absoluta del individuo. Libertad de pensar, primero. Moral independiente de todo dogma, en seguida. (no lo dice pero podría agregar: ciencia independiente de todo dogma). Además: "ateísmo social" (o político), es decir, la sociedad organizada con prescindencia de la idea de Dios o de cualquiera fe religiosa.

Régimen laico: La Democracia. El poder parte de abajo, contra la teocracia que lo hace descender de lo alto. Además, (interesante declaración, textual): "El espíritu laico requiere

la república democrática; y la república democrática no tiene otra razón de ser que realizar el espíritu laico".

Obra laica: Liberación del poder civil independizado de las influencias eclesiásticas. El hombre sustituido a Dios. Laicización de los servicios públicos: el ejército, los tribunales, los hospitales, la enseñanza. Podía haber agregado: los cementerios, y —muy importante capítulo— el estado civil de las personas (registro de estado civil, público, nacional, y no registros parroquiales — exclusivos para los católicos).

Si, al examinar los documentos elegidos como muestras del pensamiento clerical sobre la laicidad, se prescinde de las injurias y los furores, se ve que los caracterizados representantes del catolicismo hacen a aquélla pleno honor. Son ellos mismos quienes, para condenarla, señalan estos caracteres distintivos:

Búsqueda de la verdad por la experiencia y la razón libre de dogmas. La filosofía y la ciencia emancipadas de la teología.

Búsqueda de la moral natural sin la imposición de la Revelación divina y concretada a la realización del bien en la vida real.

La religión considerada hecho o problema íntimo, librado a la conciencia individual.

La conciencia humana —creyente o no creyente— reconocida sagrada en su libertad, sustraída a la autoridad del Estado o de cualquier otra potestad coactiva externa. (Libertad de conciencia y de cultos; de pensamiento, de palabra y de imprenta).

Religión e Iglesias apartadas de la organización del Estado.

La Escritura llamada "sagrada" desprovista de toda pretensión de autoridad y estudiada y discutida libremente en su origen y contenido (con sus adulteraciones) como toda vieja obra literaria, como todo viejo documento: libre exégesis filológica, histórica y racional de la Biblia.

El Estado constituyéndose ajeno a todo fin sobrenatural o extraterreno, concretando su acción a los fines de la libertad, la cultura, la justicia y la prosperidad natural de los hombres.

Estos postulados generosos son propios y esenciales de la laicidad. El catolicismo lo sabe, lo reconoce y lo condena.

10. Toda la civilización moderna es fruto de la rebeldía de la razón contra la opresión dogmática del cristianismo en el orden intelectual y moral, y contra la tiranía de la Iglesia y del Estado cristiano, su aliado en el orden político.

Refiriéndose a este proceso, dice el filósofo cristiano Nicolás Berdiaeff:

"La conciencia medieval adolecía de no pocos defectos y estos defectos debían necesariamente descubrirse al final de la Edad Media y al comenzar un tiempo nuevo". "¿Qué tenía, pues de perjudicial esa idea medieval para determinar la caída de la Edad Media y de su cultura teocrática, que se tambaleó y terminó derrumbándose? En efecto, la cultura teocrática (léase cristiana) se descompuso fundamentalmente, llegó el ocaso de la Edad Media y comenzó la historia de una nueva Humanidad, cuyo espíritu empezó a luchar contra todos los principios medievales. Yo creo que el defecto de la conciencia medieval estriba, principalmente, en que en ella no se había manifestado con suficiente vigor la potencia creadora del espíritu humano. Al hombre medieval no le habían dado la libertad suficiente para crear libremente, para iniciar un libre movimiento cultural. En este sentido las fuerzas espirituales del hombre, formadas por el cristianismo, no habían sido libertadas. El ascetismo medieval había cimentado las fuerzas espirituales del hombre, pero no las dejó libres, no quiso experimentarlas en un proceso creador". "El ensayo de la Historia moderna no es más que un ensayo de una libre manifestación del espíritu humano. Por esto en la historia del Humanismo era inevitable la aparición del nuevo tipo humano europeo. La Edad Media mientras procedía a la concentración y a la disciplina de las fuerzas espirituales del hombre también las encadenaba. Las tenía subyugadas al centro religioso. Centralizaba toda la cultura humana. Esa dominación espiritual se advierte en toda la formación cultural de la Edad Media. Al despuntar los tiempos modernos, se verificó una descentralización de las fuerzas creadoras del hombre que recobraron su libertad. El bullicioso despertar de esas fuerzas creadoras creó, precisamente, lo

que nosotros llamamos el Renacimiento, cuya influencia se extiende hasta el siglo XIX. Puede decirse que toda la Historia Moderna pertenece al período histórico del Renacimiento. Este período histórico se halla bajo el signo de la liberación de las potencias creadoras del hombre y de la descentralización espiritual. La vida cultural y social se aparta de los centros religiosos en un proceso diferencial y todas las esferas de la cultura humana van recobrando su autonomía. La Ciencia, el Arte, la vida estatal y económica, las actividades sociales, todas las manifestaciones culturales adquieren una marcada autonomía".

Continúa exponiendo Berdiaeff: "Este proceso diferencial y autonomizador es lo que se denomina la secularización de la cultura humana. Se secularizó incluso la religión. El Arte y la Ciencia, el Estado y la Sociedad, todos siguieron el camino de la secularización. La vida social y cultural, en todas sus esferas, recobra su independencia. Este es el rasgo característico de toda la Edad Moderna. Este proceso, que marca el fin de la Edad Media y el comienzo de la Historia moderna, representa en cierto modo un traslado desde lo divino a lo humano, desde la concentración espiritual religiosa a la exteriorización cultural humana. Este alejamiento del núcleo espiritual y religioso, alrededor del cual gravitaban hasta entonces todas las fuerzas espirituales del hombre, representa, no solamente la liberación de estas fuerzas, sino también, su irrupción en la vida exterior, es decir, que la cultura medieval eminentemente religiosa se transforma en otra, esencialmente seglar, en la que el centro de gravedad se transporta desde las profundidades divinas a las esferas creadoras puramente humanas. La vida va perdiendo cada vez más sus lazos espirituales. Toda la Historia moderna representa un alejamiento del hombre de los centros espirituales. El hombre ensaya y exterioriza sus fuerzas creadoras". ("El sentido de la Historia", págs. 148 y sigs., Ed. Araluce).

A pesar de que, imbuído de todos los prejuicios de la teología cristiana, Berdiaeff atribuye al cristianismo la formación de las fuerzas espirituales del hombre, no puede dejar de reconocer que aquel proceso de secularización significó para

éste, la liberación de sus fuerzas creadoras, oprimidas bajo el régimen teocrático medieval.

En todos sus órdenes la vida pasa, en Occidente, de ese régimen teocrático a un régimen de laicidad, creándose así el ambiente necesario para la gestación de la civilización moderna.

11. El hecho verdadero de que los ideales humanistas no alcancen en nuestra civilización una realización perfecta, no disminuye el valor del hecho, también verdadero y evidente, de que la parte realizada, que es valiosísima, se ha alcanzado por la laicidad contra las iglesias y los dogmas del cristianismo. Las libertades conquistadas han hecho más segura la vida y más respetada la persona humana, impidiendo que el no creyente —o el simple sospechoso de serlo a los ojos del fanatismo religioso— sea perseguido y quemado; y han hecho menos dolorosa y desgraciada la vida humana, liberándola no sólo de esa opresión material sino también de los terrores supersticiosos del infierno y los demonios; y han mejorado la vida de todas las clases, especialmente de los pobres, elevando el standard de la misma en todos los órdenes morales y materiales.

La laicidad ha creado la filosofía y la ciencia y elevado el derecho y la moral. Ella es la conclusión de la más enorme experiencia histórica; es la enseñanza deducida de aquel horrendo ensayo milenario que fué el intento de una civilización cristiana, sangriento y oscuro predominio del dogmatismo religioso.

La laicidad ha quedado así afirmada como la más grande de las invenciones de la moral social y la más definitiva y eterna de las lecciones de la historia.

Ella es en el pasado, el régimen de donde nació la civilización moderna, el único del que pudo nacer; es, en el presente, el ambiente vital necesario de su existencia; y es, para el futuro, el impulso irresistible de su renovación superadora.

Esencia del humanismo racional, la laicidad, en su fecunda brevedad verbal, contiene todo esto a la vez: el carácter sagrado de la personalidad humana; y el impulso creador de la ciencia; y el sentido más profundo de la democracia. Con esa consagración de la personalidad humana crea la auténtica civilización moral; con ese impulso creador de la ciencia, hace

nuestra civilización intelectual; con ese sentido profundo de la democracia, echa los fundamentos de nuestra civilización política.

Decimos "fecunda brevedad verbal". En efecto: en la sencillez de su fórmula esencial, la laicidad se limita a decir que "la religión es asunto privado de cada ser humano". Simple pero enorme, dulce pero formidable, la laicidad proclama así los fueros del Espíritu, sustraído a la jurisdicción de cualquier autoridad y colocado más alto que ella; e instituye la conciencia como un sagrado inviolable, sustrayéndola a la intromisión de todo poder externo y liberándola de toda coacción de fuerza. Significó sustancialmente la rebelión de la Razón contra el Dogma; y fué la proclamación de la Independencia del Espíritu humano.

La laicidad naciente cambió la estrecha fe cristiana en amplia conciencia humanista. Liberó a la ciencia y cambió el mundo intelectual. Se asoció a la Ciencia y reconstruyó el mundo social. Conquistó el gobierno —hasta bajo el cetro de los reyes— y cambió el mundo político.

El Estado deísta había sido homicida, —aun durante la Gran Revolución, traicionada por Robespierre para instituir el culto, también homicida, del Ser Supremo. La laicidad pone a Dios fuera del Estado y estructura el Estado moderno, que, por ser laico, es Estado de derecho y de libertad del espíritu. Lo aparta de los problemas de ultratumba, ajenos a su función temporal. Lo humaniza y lo pone al servicio de un nuevo ideal de valor religioso: el progreso de la humanidad, el bienestar y la prosperidad de los pueblos, su elevación moral e intelectual.

La laicidad es así, en la Gran Revolución, lo que hay de más profundo y más fecundo, la causa de los mas radicales cambios en la vida humana, lo que hace la auténtica grandeza de la gloriosa historia de la Francia de la libertad, lo que le da el sentido universal y eterno a esa grandiosa epopeya humana, de la cual la forma republicana de gobierno es sólo un corolario político secundario y formal.

Y el anticlericalismo es la forma combativa de la laicidad, frente a la resistencia terca de la Iglesia Católica; combate necesario para imponer y hacer efectivas las conquistas

de la civilización: la cultura, la libertad y la justicia. El prudente Waldeck Rousseau concluía con razón que el anticlericalismo es una modalidad necesaria de toda democracia. (1)

12. Esa lucha defensiva de la civilización se impone por obra exclusiva del espíritu abusivo de la Iglesia. Razonablemente, el resultado de la laicidad debería ser la paz social, puesto que ella asegura a toda persona, junto con todas las otras libertades legítimas, el pleno goce de los derechos del espíritu: las libertades de pensamiento y de conciencia. Así todas las asociaciones, partidos o confesiones, no sólo intelectuales sino también religiosas, incluso las cristianas, aceptan con plena satisfacción el régimen laico; todos, con una sola excepción: la Iglesia Católica. Ella mantiene hasta nuestros días la aspiración de hacer del mundo una teocracia, esclavizando a todos los pueblos y sometiendo a su autoridad todos los Estados, pretensión que ella realizó progresivamente en la Edad Media, sin alcanzar a consumarla (Cap. II § 1). Esa aspiración abusiva y realmente desorbitada se concreta en los anatemas de los capítulos V y VI del Syllabus, en que se niega todo sometimiento de la Iglesia al poder civil, y se afirma el deber de éste de someter su legislación a las enseñanzas de ella, ratificando naturalmente que las leyes civiles que legislen sobre los derechos de la Iglesia, no la obligan. Esto que pone al clero y a los fieles en abierta rebeldía contra el Estado explica la resistencia y la desobediencia de la Iglesia a las leyes que reglamentan sus abusos y derogan los privilegios injustos de que antes gozó. Corolarios de tales pretensiones son las resistencias y rebeldías opuestas al matrimonio civil, al Registro del Estado Civil, a la secularización de los cementerios, a la laicidad de la enseñanza, de la asistencia

---

(1) "La gran mentirosa Iglesia, la Iglesia edificada sobre el fraude y la falsificación, la Iglesia de las Cruzadas y la Inquisición, la Iglesia de los Jesuítas y de los fascistas, siente al fin que está acorralada, y sin delicadezas en cuanto a aliados y métodos —democráticamente si es necesario, pero dictatorialmente cuando puede— lucha como una bestia acosada. Antes de que el hombre domine las cosas, necesita dominar *eso*". (Archibald Robertson, "Man his own master", p. 121).

pública, y en general de todas las instituciones y leyes laicas (1).

Por otra parte, el Estado, no sólo tiene que defenderse a sí mismo haciendo respetar su soberanía y sus instituciones reguladoras de la vida social civilizada, sino también defender las libertades humanas que la Iglesia maldice (ver § 6). Además, la Iglesia Católica no es sólo el órgano de la conciencia religiosa de sus adeptos, sino una organización política enemiga de la democracia y aliada natural de las dictaduras, que ella acepta y hace aceptar por sus fieles con la sola condición de que contemplen sus intereses, y que mantiene en el orden social instituciones contrarias al orden público, como el monaquismo y el parasitismo, que la lleva a acumular enormes riquezas con perjuicio del orden económico nacional, riquezas que son armas contra la democracia y la cultura.

Los principios confesados por la Iglesia —confirmados por los hechos de la experiencia— proclaman su hostilidad contra los fines del Estado democrático (al que por ser laico el

(1) La desobediencia de las leyes contrarias a la doctrina y los intereses de la Iglesia es la norma católica. Ella exige del creyente obediencia y sumisión absoluta a la Iglesia y al Romano Pontífice "como a Dios mismo" (Encíclica "Sapientiae Christianae"); y puntualizando en qué es debida esa obediencia y sumisión, expresa que nadie crea que es solamente en lo que toca a los dogmas, ni tampoco basta con obedecer a las enseñanzas no dogmáticas, sino además uno de los deberes cristianos es dejarse regir y gobernar por la autoridad de los Obispos y ante todo, por la Santa Sede. Como consecuencia de este sometimiento, el Papado exige la rebelión contra las leyes laicas: "si las leyes de los Estados están en abierta oposición con el derecho divino, si se ofende con ellas a la Iglesia o contradicen a los deberes religiosos o violan la autoridad de Jesucristo en el Pontífice Supremo, entonces la resistencia es un deber, la obediencia un crimen". El Papa agrega que "la acusación de rebelión es injusta porque no se niega obediencia a los príncipes y a los legisladores, sino que se apartan de su voluntad únicamente en aquellos preceptos para los cuales no tienen autoridad alguna, porque las leyes hechas con ofensa de Dios son injustas, y cualquier otra cosa podrán ser menos leyes". Obsérvese la gravedad de semejante doctrina: sólo es ley aquello que no contradiga lo que la Iglesia llama su libertad y sus derechos; en cambio, todo lo que se oponga a éstos, debe ser desobedecido. El catolicismo se pone, así, fuera y por encima de la comunidad democrática, oponiendo a la igualdad de los derechos humanos, los privilegios de su Iglesia; y los católicos —sean simples ciudadanos, maestros, profesores o magistrados— deben

Papa califica de criminal) hostilidad elocuentemente expresada en el artículo LXXX, final y resumen del Syllabus, al lanzar el Papado su anatema contra el que dijera que el Pontífice Romano debe reconciliarse con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna.

13 Atacado en sus fundamentos democráticos, el Estado laico tiene indudablemente derecho a defender su existencia y su decoro, haciendo, dentro del régimen liberal de su vida política, la propaganda de sus propios principios frente a los ataques del catolicismo. Pero, además, la lucha se traba en la enseñanza, es decir, en las relaciones con los menores, —incapaces como tales— y cuya protección es fundamentalmente función del Estado, que debe realizarla con los padres, sin los padres, o contra los padres, a quienes aquél reconoce esa función tutelar bajo el nombre de "patria potestad", pero con las limitaciones de la ley y el contralor del Ministerio Público, para impedir que esa potestad se ejerza contra el interés de los hijos, que es el fundamental y prevalente. En el primer caso (orden de libertad entre mayores) el Estado democrático y laico tolera la propaganda agresiva de la Iglesia, como la de los otros totalitarismos, siempre que no ponga en peligro las instituciones; pero debe en todo caso combatir esa propaganda, manteniendo la firmeza de la opinión pública democrática.

En la Escuela, el Estado debe proteger a los menores asegurando a éstos instrucción y educación que los preparen, por una parte, para ser hombres de razón y conocedores del orden natural del mundo de modo que las enseñanzas científicas no sean ocultadas o negadas para amoldarlas a supersticiones contrarias a ellas, y, por otra parte, para que sean hombres libres, dueños de su propio destino de hombres y de ciudadanos por la autonomía de su conciencia.

De ahí la necesidad no sólo de dar en la escuela pública una enseñanza con vivo sentido de libertad democrática y de

---

obediencia y lealtad a su Iglesia y al Papa, antes que a las leyes de su propio país.

Situación semejante —dependencia de una autoridad extranjera— ha servido de fundamento a las democracias liberales para excluir a los comunistas de los cargos públicos.

moral humanista, sino también de contralorear la enseñanza de la escuela privada para que se cumplan aquellos fines, que obedecen a un imperativo de orden público. Preparar discípulos para que tengan mentalidad de hombre primitivo o moral de esclavo son atentados a la personalidad humana que la moral humanista del Estado democrático no puede consentir. No cabe invocar contra este principio la libertad de enseñanza; ninguna libertad es ilimitada; ninguna puede llegar al atentado, doblemente ilícito cuando se comete contra el niño. El precepto constitucional que consagra esa libertad es erróneo; pero su fórmula deja felizmente a salvo el orden público, lo que, para nuestro asunto, es suficiente.

Obedeciendo a su Sumo Pontífice, el maestro católico, si no puede eludir ciertas enseñanzas de la Ciencia, debe engañar a sus discípulos deformándolas para adaptarlas a los dogmas de la Iglesia (Encíclica "Divinis illius magistri") y debe educarlos en la enseñanza inmoral de obrar contra conciencia "renunciando a sus propias ideas para obedecer los mandatos del Jefe de la Iglesia "como las órdenes de Dios mismo".

Desde el punto de vista individual, del derecho del niño, esta educación invierte los fines esenciales de la Escuela y significa una subversión del orden público moral, porque es contraria al respeto de la personalidad humana. Desde el punto de vista político, del derecho del Estado, significa igualmente la lesión del orden público, poniendo las masas católicas en estado de subversión contra la democracia y la soberanía del Estado, en los innumerables y fundamentales conflictos que la Iglesia plantea contra las instituciones que la democracia laica organiza al servicio de la paz social, del progreso, el liberalismo y la civilización moderna, fines contra los cuales la Iglesia declara y mantiene constantemente la guerra; sangrientamente cuando le es posible: España...

14. Con la laicidad, nace la cultura moderna, que empezó dando la libertad a la filosofía y la ciencia y formulando un nuevo derecho público que declaraba soberano al pueblo y libre al hombre. Pero ni la cultura llegaba al pueblo ni éste estaba capacitado para la libertad, porque la Iglesia durante su milenario dominio, lo mantenía analfabeto; no le interesaba darle más instrucción que la que servía a sus intereses.

La Iglesia no deseaba que la masa popular supiera y pensara sino sólo que creyera y rezara.

Las naciones, animadas por el espíritu de independencia frente a la teocracia católica, necesitaban la cultura popular; aun sin querer la libertad espiritual, deseaban a lo menos la instrucción elemental exigida por la organización del ejército y el mejoramiento del trabajo. Los Estados encontraron, para esa mínima aspiración civilizadora, la resistencia del fanatismo religioso y del ciego egoísmo de los padres. Aquellos impusieron, frente a la resistencia clerical y conservadora, el estatuto legal de la enseñanza en el siglo XIX: la ley de enseñanza obligatoria. Esta nace, sin embargo, todavía viciada, en general, del espíritu religioso dogmático. Frente a ella, los padres de espíritu libre, laicista, reclamaban "la libertad de enseñanza"; no se tenía aún clara conciencia de los derechos del niño.

Más tarde el espíritu laico llega a dominar la política de los Estados más civilizados; y su enseñanza aspira a la formación de hombres libres, mediante una pedagogía que respete y desenvuelva las facultades intelectuales del niño y del adolescente y la independencia de su carácter.

La generalización de la enseñanza laica, que busca el desarrollo y la superación de la personalidad del niño y del adolescente por virtud de la verdad científica, de la libertad democrática y de la moral humanista, es fundada esperanza de la liberación del pueblo, emancipándolo del dominio clerical.

La Iglesia siente, entonces, el peligro. Lucha por gobernar la enseñanza oficial cuando puede; pero en todo caso se dedica ella misma a la enseñanza; funda diversas órdenes enseñantes nuevas, y los jesuitas, educadores tradicionales de príncipes, extienden su acción, al mismo tiempo que restablecen y fortalecen su influencia, pasando, de compañía ilícita condenada y disuelta por los gobiernos católicos y por el Papa mismo, a gobernante efectiva y todopoderosa de la Iglesia. No pudiendo ya impedir ni el avance de la ciencia y su difusión por la escuela, ni el triunfo de la democracia (aunque imperfecta), la Iglesia procura por la escuela católica, de acuerdo con las instrucciones papales, matar el espíritu científico racional y preparar la fe en los milagros; ocultar o adulterar

la verdad científica para imponer sus dogmas (encíclica "Divini illius magistri"); y atrofiar el carácter de sus discípulos, preparándolos para la servidumbre. La subordinación y el sacrificio de la verdad científica a los falsos dogmas cristianos siguen mantenidos por la Iglesia Católica como norma de su falsa enseñnaza, en la que engaña a la niñez y a la juventud. Es así que, en esa Encíclica "Divini Illius Magistri" (31 dic. 1929), el Papa, refiriéndose a la escuela católica, dice que "en la escuela, en armonía con la Iglesia y la familia, no sucederá que en las varias enseñanza se contradiga, con evidente daño de la educación, lo que los alumnos aprenden en la instrucción religiosa"; y agrega: "**si hay necesidad de hacerles conocer algo, por escrupulosa responsabilidad de magisterio, esto se hará con tal preparación y tal antídoto de sana doctrina, que la formación cristiana de la juventud no reciba de ello daño, antes provecho**". (El subrayado es nuestro). Paladina confesión del propósito de ocultar o adulterar la verdad científica tratada como veneno que hay que neutralizar con el "antídoto" religioso. Ella pretende realizar, así, la esclavitud moral del individuo, y además la subordinación del Estado; la escuela y el liceo católicos imponen ahora el culto de Cristo-Rey, que significa el sometimiento de los Estados a las doctrinas católicas, es decir, el dominio teocrático del mundo por su vicario infalible; y organiza la Acción Católica como cruzada universal para reconquistar el perdido dominio del mundo, es decir, para aplastar el progreso, el liberalismo y la civilización moderna de acuerdo con la declaración de odio irreconciliable pronunciada por el Art. LXXX del Syllabus.

Para eso reclama ahora la Iglesia la libertad de enseñanza frente al Estado laico. Lo hace simuladamente bajo el nombre de la familia, a la que jamás reconoció ella tal derecho.

La enseñanza de la escuela católica viola los principios humanistas proclamados por la ciencia e incorporados a la "Declaración Universal de los Derechos Humanos". Esta consagra la verdadera solución del conflicto llamado de libertad de enseñanza planteado por el catolicismo frente a la laicidad de la escuela, problema que debe plantearse y resolverse sobre la base fundamental del derecho del niño y del adolescente.

La solución que respeta y protege ese derecho es justa y buena; la que lo niega es injusta y mala.

Cuando el Estado autoritario imponía (todavía hay casos) la enseñanza dogmática, no tenía razón. Los padres que pedían la libertad de enseñanza para educar a sus hijos en la ciencia y la libertad, tenían razón.

Cuando el Estado liberal organiza la enseñanza laica —científica, democrática y solidarista— tiene razón, tanto más cuanto que nada impide a los padres predicar o hacer predicar su fe a los hijos fuera de la escuela. Los padres que quieren someter a sus hijos, también en la escuela, a la enseñanza dogmática católica, no tienen razón.

15. Rehuyendo el verdadero planteamiento del problema, el catolicismo plantea un conflicto de poderes: el derecho del padre contra la autoridad del Estado.

La Iglesia, conviviendo mansamente con el Estado despótico, ha tolerado y aprobado en todas las épocas, las imposiciones de éste contra las libertades humanas. Sólo ha pensado en rebelarse contra el Estado cuando éste, devenido Estado de derecho, liberal y democrático, usa de su poder para imponer e imponerse a sí mismo el respeto a la libertad.

Las fuerzas clericales que aprobaban la coacción del Estado despótico, opresora del niño, ejercida a favor de la Iglesia, discuten ahora al Estado liberal el derecho de proteger al niño y al adolescente mediante la enseñanza laica que procura desarrollar la inteligencia y robustecer el carácter del educando.

La Iglesia silencia su propia doctrina, que niega, a la vez, al padre y al Estado el derecho de enseñar, derecho que ella se atribuye con carácter exclusivo como misión recibida de Jesús - Dios; y mueve a los padres a reclamar, como derecho propio, la libertad de enseñanza como un derecho individual superior a la autoridad del Estado.

La auténtica tesis católica —su pretendido derecho "supereminente" en la educación— se funda en los versículos de los tres Evangelios sinópticos, es decir, Mateo XXVIII, 19 y 20, Marcos XVI, 15, y Lucas XXIV, 47, que son una interpolación tardía y representan un anacronismo, pues esa misión de propaganda universal es, no sólo ajena al pensamiento

del cristianismo primitivo, sino abiertamente contraria a él (Seignobos, "Le christianisme antique", p. 39). La supuesta misión se referiría sólo a la religión y la moral, como resulta del texto de Mateo ("enseñándoles que guarden todas las cosas que yo os he mandado"). Pero, aun así limitada, le basta a la Iglesia para pretender la absoluta independencia de su acción frente al Estado y el monopolio de la dirección de la enseñanza; para afirmar la obligación de la enseñanza religiosa, católica, en todas las escuelas públicas y privadas, y su derecho para intervenir en ellas (Syllabus, cap. VI); y además, para fundar la pretensión de someter "las ciencias de las cosas filosóficas y morales" a "la autoridad divina y eclesiástica", afirmando así la autoridad del Papa sobre la enseñanza y la legislación (Syllabus, art. LVII). Esas pretensiones clericales han sido reiteradas por Pío XI, ,quien extiende la pretendida influencia a todas las ciencias, para ordenar —como hemos visto— que se adulteren las enseñanzas de éstas, consideradas como venenos, combatiéndolas con el "antídoto" de los dogmas católicos.

Frente a los estados laicos, como ante las naciones protestantes, la Iglesia se ve obligada a disimular su desorbitada pretensión dogmática, doblemente falsa ante la razón y la historia. Para hacer más presentable la defensa de sus intereses en esta materia de la enseñanza, acude al disimulo invocando los derechos de la familia, o de los padres. Y es el propio Papado, que formuló aquella desmedida pretensión —y sin derogarla —quien adopta la nueva táctica. Dice la Carta Encíclica sobre la cristiana educación de la juventud (Pío XI): "La familia tiene inmediatamente del Creador la misión y, por lo tanto, el derecho de educar a la prole, derecho inalienable inseparablemente unido con la estricta obligación, derecho anterior a cualquier derecho de la sociedad civil y del Estado, y por lo mismo inviolable por parte de toda autoridad terrena". Esa falsa posición ignora el derecho del niño y niega la autoridad del Estado, que son uno y otra doctrina indiscutida en la vida de las naciones civilizadas.

Para no afrontar el ridículo y no recibir una rotunda repulsa, los defensores de la Iglesia tratan de prolongar el disimulo, rindiendo acatamiento nominal a la autoridad del Estado

e invocando el amor de los padres y su fe religiosa; pero no para que se dé a éstos cierta ingerencia en la educación de sus hijos y se reconozca y se acepte su acción benéfica. Esa acción, necesaria e inevitable en la edad pre-escolar (sin perjuicio de la intervención del Estado defensiva de la vida y la salud del niño) es deseada después por el Estado laico, que la ampara y ayuda dentro de lo justo, conociendo la enorme influencia del hogar en la formación de los hijos.

Pero esa maniobra anti-laica es falsa. No se busca con ella reclamar la colaboración de la familia, puesto que en la democracia nadie la obstaculiza ni la discute, sino que, por el contrario, todos reclaman; tampoco se busca cierta libertad de elección de tal o cual escuela por razones de organización o de métodos o de prestigio docente o, tratándose de escuelas privadas, por ciertas especialidades, como la enseñanza de idiomas, o aun por razones menos defendibles como el sentimiento patriótico de padres extranjeros o el espíritu clasista.

Lo que se busca es eludir la acción jurídica por la que el Estado moderno, auténticamente democrático, civilizado y humanista, procura asegurar el derecho de niños y adolescentes a una buena educación de sus facultades intelectuales, a una información científica leal y a una formación moral que respete y fortalezca en ellos el sentido de plena dignidad como persona humana, de autonomía de su conciencia y, además, de solidaridad social en el respeto del hombre y de sus libertades —incluso las esenciales del pensamiento y la conciencia— y de fe en la democracia, no meramente como aceptación del aparato mecánico de la organización electoral del Estado, sino también en lo más fundamental, en el espíritu humanista, de cultura científica, de libertad democrática y de justicia social.

Contra esa finalidad del Estado democrático, de preparar hombres para la cultura y la humanidad, y ciudadanos para la democracia, los enemigos de la laicidad invocan la fe religiosa de los padres y el derecho de éstos de preparar a sus hijos para la vida del cielo y velar por la salvación de sus almas.

Falsa alegación. La laicidad no es negación de la fe reli-

giosa; la escuela laica no enseña teología y no discute ni aun los más supersticiosos dogmas de la Iglesia. Los padres pueden predicar su fe a los hijos y agregar a la moral un fundamento religioso que la educación laica no afirma ni niega; ellos pueden agregar, a los preceptos de la moral humanista, deberes religiosos que la escuela laica no predica ni refuta. Más aún: ellos no sólo tienen el derecho de enseñar en el hogar o en la Iglesia, su propia fe religiosa, sino que también predican, de hecho, normas de intolerancia, de hostilidad inhumana y aun conceptos difamatorios y calumniosos contra otras doctrinas, sistemas o religiones y aun contra sus adeptos, cosa que hacen no sólo en privado sino también en público, como cuando tachan de corruptora a la laicidad o cuando en los textos escolares califican de "miserable" al incrédulo por más honrado que sea, y de "canallas" a los creyentes protestantes (1), o de "monstruos" peores que los ladrones y los asesinos a los hombres que viven sin religión (2).

La escuela laica procura preparar ciudadanos libres y hombres celosos de su propia dignidad y respetuosos de la ajena, dignidad consubstanciada con la libertad del pensamiento y la autonomía de la conciencia; busca preparar hombres de razón, animados del sentimiento civilizado de amplia solidaridad humana.

La Iglesia rechaza la dignidad, la solidaridad y la fraternidad humanas, el progreso y las libertades democráticas (rechazo confirmado en la carta papal de 25 de agosto de 1910 contra "Le Sillon"). Y ésa es la razón por la que ella es la única religión que rechaza la enseñanza laica.

La enseñanza católica, de acuerdo con las directivas papales, se dirige conscientemente a socavar en sus discípulos la confianza en la razón y en las posibilidades de la ciencia, para retrotraerlos a un tipo de mentalidad mítica apta para la aceptación del milagro y de los irracionales dogmas de la teología; y procura anular la autonomia de su conciencia y la independencia de su carácter, sometiéndolos a una verdadera escla-

---

(1) "Curso de Religión", de Eduardo Claret, libro 3º.

(2) "La Religión demostrada", del Padre Hillaire, traducción de Monseñor Piaggio, pág. 90.

vitud que los entrega indefensos a la autoridad de su confesor y de la Iglesia, para explotarlos como factor económico y como fuerza social y política contra la fraternidad y el progreso humanos, contra la soberanía del pueblo y las libertades democráticas —especialmente los derechos del espíritu— y contra la auténtica cultura de las ciencias y la filosofía libres; en una palabra, contra la civilización moderna humanista, de la que la Iglesia se declara irreconciliable enemiga (Syllabus LXXX).

16. En el problema de la enseñanza, el laicismo pone en primer término los derechos del niño y el respeto de su personalidad, procurando el pleno desarrollo de sus facultades intelectuales y la independencia de su carácter.

Los derechos del niño fueron proclamados por la Unión Internacional de Socorro a los Niños en la Declaración de Ginebra, irradiada desde la Torre Eiffel el 21 de noviembre de 1923, como un notable progreso humano, al ampliar la "Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano". Y ahora la Asamblea General de las Naciones Unidas, en la sesión del 10 de diciembre de 1948, ha aprobado el art. 26 de la "Declaración Universal de los Derechos Humanos", cuyos dos primeros incisos consagran lo que será la civilizada ley de la educación, una vez sancionada por los Estados miembros de las Naciones Unidas.

Esos incisos están concebidos en los siguientes términos:

"1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos.

"2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos del hombre y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos, y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz".

De las actas de las Naciones Unidas resulta que, estando

limitado el artículo relativo a la enseñanza (artículo 23 en el proyecto de Declaración), a los dos incisos antes transcriptos, que consagran el derecho humano a la educación —y según fórmulas perfectamente concordes con el espíritu del laicismo— un delegado belga, el Sr. Beaufort, consiguió introducir un tercer inciso que dice: "Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos".

¿Qué significa este tercer inciso? Evidentemente, sólo puede significar que los padres tendrán derecho preferente a escoger la escuela de sus hijos entre aquellas que llenen las condiciones exigidas por los incisos precedentes; es decir: escuelas cuya educación busque asegurar el pleno desarrollo de la personalidad del niño, orientándolo hacia la libertad y la fraternidad.

Ese tercer inciso sólo puede significar el reconocimiento —garantidos los derechos del niño— de la indispensable e indiscutida colaboración de los padres en la educación del niño. Esto y sólo esto puede significar ese tercer inciso. Sin embargo, en la práctica puede servir para burlar la aplicación de los dos incisos precedentes.

En efecto, el catolicismo pretende que el principio formulado en el inciso tercero implica la aprobación del derecho de los padres a escoger para sus hijos la escuela dogmática, sancionando así el triunfo de la tesis católica y la derrota del laicismo.

Pero, para sostener semejante pretensión, el catolicismo olvida o simula olvidar que ese mismo artículo 26 consagra principios que importan la más terminante condenación de la educación dogmática tal como se imparte en las escuelas católicas.

En efecto: en primer lugar, el segundo inciso de dicho artículo 26 determina que "la educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana"; y la escuela católica es la negación de tal principio, puesto que limita, entorpece o anula las posibilidades del niño, educándolo para una predeterminada religión, para una predeterminada filosofía, para una predeterminada moral; y destinándolo desde la infancia a siervo absolutamente obediente de toda autoridad eclesiástica consagrada por su Iglesia, y a súbdito estricta-

mente sumiso de toda autoridad civil aprobada por su Iglesia.

En segundo lugar, el mismo inciso prescribe que "la educación tendrá por objeto... el fortalecimiento del respeto a los derechos del hombre y a las libertades fundamentales"; y la escuela católica es también la negación de este principio, pues, lejos de fortalecer el respeto de los derechos del hombre y de las libertades fundamentales, inculca su desprecio. Baste un ejemplo decisivo: "La Religión demostrada", del P. Hillaire, —libro difundidísimo en Francia, y especialmente traducido por Mons. Agustín Piaggio para uso de los colegios católicos— luego de condenar la libertad de conciencia, la libertad de cultos y la libertad de palabra y de prensa, concluye: "Las libertades modernas son, por consiguiente, malas en sí mismas y funestas en su resultado. Son un atentado contra el derecho de la verdad y del bien, un veneno para la inteligencia y la voluntad, un peligro para la existencia misma de la sociedad". (5ª edición argentina, pág. 370). Así fortalece la escuela católica el respeto a los derechos del hombre y a las libertades fundamentales.

En tercer lugar, el mismo segundo inciso exige: "la educación... favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos..."; y la escuela católica es, otra vez, la negación del estatuto, pues sus textos de enseñanza están plagados de desprecio y de injurias para los no católicos, sean ateos, judíos o cristianos protestantes.

El art. 26 de la "Declaración Universal de Derechos Humanos" es ajustada formulación de ideales laicistas: educación para la libertad personal y para la fraternidad humana, por encima de todas las sectas.

Los alardes de la propaganda católica —en cuanto se jacta de que el reconocimiento del derecho de los padres implica la consagración democrática de la enseñanza católica— son de una inconsistencia absoluta, pues están fundados en este supuesto groseramente absurdo: que en el art. 26 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, el segundo inciso es derogado por el tercero!

Finalmente debe observarse que la idea de incluir entre los derechos individuales o humanos, la facultad del padre de

elegir la enseñanza que ha de darse a su hijo, es un claro error jurídico. Derecho humano o individual es el que cada persona tiene para disponer de sí mismo, de su propia persona física, de sus actividades, de su pensamiento, de su conciencia. Pero la función que corresponde a una persona para el gobierno o la protección de otra persona o de sus intereses, como, por ejemplo, en el caso de incapaces, la patria potestad, o la tutela o la curatela, es, como lo dice la primera, una potestad, una autoridad, y no un derecho individual.

Sólo por ignorancia puede discutirse si el menor pertenece al Estado o al padre. El menor es incapaz de administrar sus derechos, pero es él el titular legítimo de esos derechos, que sólo por una burda confusión se trasladan y atribuyen a su representante.

17. En nuestro país, al aprobarse, bajo la dictadura de Gabriel Terra, una nueva Constitución, el catolicismo obtuvo, como premio de su pacífico espíritu, de neutralidad benévola, frente a la Dictadura, la sanción del Art. 59, que dice:

"Art. 59. — Queda garantida la libertad de enseñanza. La ley reglamentará la intervención del Estado al solo objeto de mantener la higiene, la moralidad, la seguridad y el orden público. Todo padre o tutor tiene derecho a elegir, para la enseñanza de sus hijos o pupilos, los maestros o instituciones que desee."

Esta disposición, que no ha sido modificada, se inspiró en la ponencia o voto de dos diputados católicos —José Ma. Gil Robles y Jesús Ma. de Leizaola— en la Constituyente de la República Española, voto cuyo texto establecía la siguiente norma muy semejante al citado artículo:

"Art. 47. — Se reconoce a los padres o a quienes legalmente los sustituyen, el derecho a elegir maestros y centros de enseñanza para sus hijos. La Constitución reconoce y garantiza la plena libertad de enseñanza. En consecuencia, todo español podrá crear, sostener y dirigir establecimientos de enseñanza. El Estado ejercerá sobre estos establecimientos la alta inspección al solo fin de garantizar la higiene, la moralidad y la seguridad públicas". (En el Art. 46 se hacía obligatoria la enseñanza religiosa "en el cuadro de las enseñanzas oficiales", es decir, en sus diversos grados).

Se nota en nuestro artículo constitucional el agregado final referente al "orden público", que no figura en la proposición de Gil Robles y que permite una razonable interpretación que salve los buenos principios impidiendo el abuso atentatorio representado por una "educación" invertida que ahoga la razón por la fe, que falsea la verdad científica por el dogma y anula el carácter por la "obediencia completa" exigida por el Papa, sacrificando para ello el creyente sus propias ideas para obedecer los mandatos del jefe de la Iglesia "como las órdenes de Dios mismo"; esa subversión de los fines racionales de la enseñanza procurando la servidumbre del educando, es notoriamente un atentado contra el orden público, que el Estado tiene la obligación de impedir en cumplimiento de su función superior de protección jurídica de los incapaces.

CAPITULO IV

La civilización moderna no es cristiana: es humanista

1. A pesar de las claras enseñanzas de la historia, que muestra cómo la moderna civilización —régimen de libertades humanas— surge revolucionariamente en lucha con el dogma y con la Iglesia, es corriente que, en todo el mundo occidental, se hable de la "civilización cristiana" y de los "valores cristianos" y los "principios cristianos" de nuestra civilización. Tan corriente es ese hecho, que la frase "civilización cristiana" como equivalente a civilización moderna, tiene rango de lugar común que repiten escritores y estadistas; y hasta los Papas, mientras mantienen los anatemas dogmáticos del Syllabus contra la civilización moderna y contra el progreso y las libertades democráticas del mundo moderno, hablan a la vez de "los principios cristianos de la civilización", no refiriéndose al régimen social y político de la Edad Media, sino hablando de los tiempos actuales, de la vida del mundo moderno.

Conviene puntualizar que esa expresión "civilización cristiana" es así, en el mundo occidental, moneda corriente, pero, en verdad, moneda falsa.

2. Antes de comprobarlo, conviene hacer una doble aclaración.

En primer lugar, conviene subrayar que, al tratar de las características de la civilización, hablamos de sus ideales, de los de la cultura humanista, que es su espíritu vivificador, en contraposición con los de la "civilización cristiana"; y que no debemos confundirlos con las realidades, así las que configu-

ran la civilización moderna, como las que estructuraron la civilización medieval.

Ni la civilización contemporánea —en plena revolución— es la perfecta realización del humanismo liberal, ni la medieval, en lenta, dolorosa evolución milenaria, fué nunca exclusivamente dominada por el cristianismo. La civilización moderna sufre las influencias del capitalismo y su forma internacional, el imperialismo, y la del clericalismo y los nuevos totalitarismos políticos; y la Razón y sus filosofías y su ciencia no penetran sino muy parcialmente en las masas humanas que integran el mundo moderno, y no gobiernan completamente el pensamiento de sus clases dirigentes. Y del mismo modo, ni el "evangelismo" (a la espera de la Parusia y el fin del mundo), ineficaz como moral social, ni el "paulinismo", que lo modifica desde la primera época como posición ante la vida, ni el Papismo, ni la Reforma, han gobernado nunca totalmente con sus preceptos, la humanidad oscura del medioevo; ni anulado los instintos humanos dirigidos hacia la vida terrena y el placer, con el trabajo y el arte y la familia y la libertad; ni aniquilado los impulsos de la razón hacia el conocimiento, y la crítica y la duda generadoras de las herejías y la incredulidad, frente a los absurdos del dogma cristiano; ni extinguido totalmente las rebeldías —condenadas por éste— del sentimiento humano de justicia frente a las iniquidades y explotaciones del doble despotismo religioso y político.

Debemos considerar aquellos ideales, separados del conjunto vital de ambas civilizaciones, como características esenciales suyas, para apreciar sus respectivos efectos, en su condición de influencias animadoras y orientadoras de las mismas.

Cotejadas así la civilización medieval y la civilización moderna, resalta la diferencia de sus respectivas características primordiales: civilización medieval, religiosa; civilización moderna, laica. Esto sin olvidar que esos ideales divergentes sólo marcan netamente características diversas a ciertos estratos sociales más influídos por la religión, la filosofía, la política, la ciencia y el arte. Bajo la capa más o menos superficial de una organización social y política cualquiera, la vida se desarrolla obedeciendo a poderosos impulsos no afectados por aquellos factores; singularmente en las capas profundas de

menes. Todo lo contrario, ésos son los que el Evangelio no cesa de proclamar felices porque escapan a la ilusión de serlo. La verdadera desgracia, la desgracia absoluta contra la cual el cristianismo ha puesto siempre en guardia al hombre, es la de encontrar la felicidad en el mundo y ni siquiera sentir que la vida sería tolerable sin sus placeres. Algunos parecen creer que el cristianismo se haría entender mejor por nuestro tiempo si se empeñase a fondo en una lucha contra las injusticias sociales y la miseria del pueblo. Tengamos el coraje de decir que eso es engañarse sobre la esencia del cristianismo y de su mensaje. Seguramente, él ha testimoniado y testimoniará siempre por la justicia, pero la miseria humananamente irremediable contra la cual él tiene misión propia y como personal de luchar, no es la de los desgraciados de este mundo. es la del mundo, la que está en la felicidad humana misma, como el gusano en el fruto".

Y con el mismo sentido general de verdad doctrinal y de inexactitud histórica concreta, continúa el profesor Gilson:

"Se tendría escrúpulo en recordar un hecho tan simple, si no fueran sus innumerables repercusiones sobre el planteo mismo del problema. Es siempre lo mismo; y la forma en que se establece hoy, no tiene de nuevo más que la decoración histórica y social. Eso al menos es ciertamente nuevo, y conviene que se lo sepa. El hombre occidental parece al fin resuelto a hacer reinar la justicia en este mundo, es decir, a liberar al hombre de todas las miserias que le abruman por obra de la naturaleza y de la sociedad. Esta voluntad de justicia temporal tiene demasiados obstáculos que vencer, pero es absoluta. Que ella deba finalmente alcanzar o no su objeto, no le toca al cristianismo el decirlo y menos aún el conducirlo a él. Todo lo que puede hacer es asistir ese esfuerzo supremo del hombre hacia el bien humano como ha asistido todos los otros, pero sin cesar de advertirle que la justicia de este mundo, aun cuando reinara perfecta, no sería todavía más que miseria. El cristianismo espera al hombre al término de su más grande felicidad, para consolarlo de ella".

12. La primera parte de esa auténtica expresión del espiritu cristiano es la confesión categórica del desinterés del cristianismo por la miseria y los dolores del mundo; "así lo

ha hecho Dios"; Cristo no trae un mensaje de consolación a los pobres y a los oprimidos; al contrario, el Evangelio proclama sin cesar que los míseros son los felices; la verdadera desgracia del hombre es encontrar la felicidad en este mundo; cristianamente, se pierde mucho más no entrando en el cielo. Y resulta, por tanto, cristianamente absurdo luchar contra la tiranía, la miseria y el dolor; lo acertado es aceptarlo todo con resignación, y al término de la breve vida terrena, tener la salvación y la felicidad eterna. ¿Para qué, pues, trabajar y luchar por el bien terreno de la humanidad?; ¿qué significa la civilización en el mundo? Aún en todo su esplendor y "realizando la justicia perfecta, no sería más que miseria". El espíritu cristiano no puede, pues, trabajar por la civilización; sería contradecirse y negarse a sí mismo procurando el falso bien, la felicidad terrena (desgracia absoluta) y renunciando a la felicidad del cielo, bienaventuranza absoluta y eterna. Es "el hombre de Occidente", pero no el "hombre cristiano" auténtico, sino el "hombre de la civilización"; el del "humanismo", quien aparece "resuelto a hacer reinar la justicia en este mundo" y acabar con la miseria del pueblo.

El católico profesor, hablando francamente, lo dice sin ambages: el cristianismo no tiene que "empeñarse en la lucha contra las injusticias sociales y la miseria del pueblo"; pedir tal cosa "es engañarse sobre la esencia del cristianismo y de su mensaje". Esa lucha es la obra del humanismo, en la que éste encontrará grandes obstáculos pero en la que pone "una voluntad absoluta".

En lo que la palabra del eminente profesor no concuerda con la verdad histórica es en la doble afirmación de que "el cristianismo ha testimoniado y testimoniará siempre por la justicia", y que en esa lucha del hombre humanista por la justicia y contra la miseria "todo lo que puede hacer es asistir ese esfuerzo supremo del hombre hacia el bien humano como ha asistido todos los otros". La historia desmiente esa afirmación. Nótese que el cristianismo, que no tiene por misión consolar y redimir a los pobres y a los oprimidos porque ellos son los felices, no puede ayudar tampoco a quitarles su felicidad, colaborando en el esfuerzo del humanismo. Este, "con voluntad absoluta", que el cristiano profesor le reconoce

lealmente, trabaja por la justicia y la felicidad del hombre en la efímera vida terrena, porque "ignora" que con ello hace la desgracia absoluta de sus defendidos en la vida eterna sobrenatural; pero el cristianismo, que lo "sabe", no puede cometer esa crueldad; ni siquiera guía los esfuerzos del hombre humanista; ¿por qué había de ayudarlo de cualquier otro modo?

Y en efecto: no lo ha hecho históricamente ni lo hace en el presente. Desde los tiempos de su entronizamiento bajo Constantino, se ha enriquecido dejando a los pobres, pobres y míseros, y a los esclavos, esclavos y oprimidos; es la enseñanza del Evangelio que no pidió libertad para ellos; y de los Santos Padres, que les ordenaron el sometimiento "con temblor" frente a los amos, aunque fueran malos; y de la Iglesia que los esclavizó ella misma en su provecho; y de los sabios cristianos que, como Bossuet, enseñaron que negar la esclavitud es negar el Espíritu Santo.

13. El hombre ha buscado su felicidad por la libertad, por el conocimiento y por el amor humano; en las tres vías —política, intelectual y moral— el humanismo ha encontrado siempre al cristianismo cerrándole el paso. No consiguió el humanismo realizar el relativo bien que nuestra civilización representa, sino cuando, en lucha cruenta y secular, consiguió vencer el espíritu cristiano y el poder político de sus iglesias y excluir a ambos del gobierno de la historia, cambiando radicalmente los ideales dominantes de la vida social: la democracia, con la libertad y la soberanía del pueblo, contra el orden divino de despotismo y obediencia servil; la moral solidarista incondicional entre hombres y pueblos, en vez del odio religioso; el conocimiento científico racional y sus corolarios técnicos, con la salud, el bienestar y la riqueza elevando el nivel de la vida humana, en vez de la superstición y la ignorancia con las pestes, el dolor y la miseria aceptados con resignación y con la esperanza puesta en el cielo.

La verdad histórica es que el cristianismo (iglesia primitiva o iglesia católica moderna) no sólo no ha ayudado los esfuerzos por el bien terrenal del hombre, ni siquiera ha asistido a ellos como testigo simpatizante, sino que los ha contrariado. En el orden del amor humano y la piedad, ha cumplido los más implacables preceptos del evangelio (cruzadas, inquisi-

ción, etc., etc.) En el orden intelectual, ha encadenado la razón, impedido el vuelo de la filosofía y perseguido la investigación científica desde los albores de la astrología y la alquimia hasta el esplendor actual de la biología y de las ciencias sociales. En el orden de la libertad, apuntaló siempre el régimen político autoritario y condenó en la época moderna los derechos del hombre y la soberanía del pueblo, y ofreció alianza a todos los tiranos de Europa, contra la emancipación democrática (Revolución Francesa y sus repercusiones); y aun en el mundo contemporáneo, la Iglesia Católica no sólo pactó con Mussolini a quien elogió como "hombre de la Providencia", (haciendo de Judas contra el pueblo Italiano con el lucrativo tratado de Letrán) sino que aprobó la horrible conquista de Etiopía, y volcó toda su influencia en apoyo de la infame traición al pueblo español.

14. Aun en la cuestión del trabajo, la Iglesia, que sancionó la esclavitud, sigue siendo cómplice consciente de los abusos contra el proletariado, cuyas rebeldías más legítimas anestesia con el fanatismo religioso, como se ve cuando el "Papa de los obreros", después de tratar de conquistarlos políticamente con las buenas palabras de "Rerum Novarum" hablando de derechos y protecciones legales, se encarga, en la encíclica "Graves de Communi", de dejar satisfechos a su vez a los patronos.

Frente a alguna inhumana explotación agotadora de las energías del obrero, ¿qué recurso procura a las víctimas? En "Rerum Novarum", había indicado la acción de la ley contra los patronos "que aplastan a los obreros y abusan de su salud por el exceso de trabajo". En "Graves de communi", sabiendo que los ricos están disgustados, los aplaca dando a los obreros consejos muy católicos para que se esfuercen en mostrarse dignos de su "noble título de obreros cristianos" "por el espíritu de humildad, de disciplina y de amor al trabajo" y les manda que amen a sus patronos; pero se llega al caso grave de que esos patronos recarguen abusivamente a sus obreros; y entonces... ¿acción contra el patrono?; ¿un relevo o un descanso? No: "en las horas en que el peso de vuestras rudas labores cargue más pesadamente sobre vuestros brazos fatigados, fortificad vuestro coraje mirando hacia el cielo". La so-

lución resulta chocante para la más elemental concepción de la justicia humana; pero se comprenderá que el Papa, fiel a la esencia del mensaje evangélico, salva de ese modo el interés de los obreros duramente explotados, felices precisamente por eso: el Papa cuida de asegurarles el cielo.

Cuando se comprende el auténtico sentido del mensaje evangélico —tan precisamente explicado por Gilson— se ve la radical contradicción entre ese mensaje y una actitud de beneficencia activa y desinteresada, en el sentido racional y humano del esfuerzo por la cultura, la justicia, la libertad y el bienestar del pueblo, por el alivio de sus miserias y dolores; y se comprende cómo esta obra, que traduce nuestro sentido de solidaridad y amor al prójimo, es contraria al auténtico espíritu evangélico.

15. — Véase ahora la interesante y categórica opinión del sacerdote Bruckberger (1): "No se puede negar, —dice— que, temporalmente, el cristianismo ha sufrido un prodigioso fracaso en lo que se llama el Mundo Moderno, digamos más precisamente, la Civilización Occidental. El cristianismo no engrana ya en el movimiento de la historia. La historia de Europa se hace fuera de él, y los principios que rigen el destino del mundo moderno, no son cristianos".

"Que ese divorcio sea definitivo, personalmente yo lo creo. Ese divorcio es definitivo porque justamente el mundo moderno ha nacido, se ha engrandecido pulgada a pulgada y se ha desarrollado, contra el cristianismo. Ese divorcio era total desde el origen; y el movimiento de la historia no ha hecho más que revelarlo".

El sacerdote católico ve la solución de la crisis, o, mejor dicho, del conflicto mortal de las fuerzas enemigas —cristianismo y civilización occidental— en la muerte de uno de los contendores Como Maritain, el señor Bruckberger funda su única esperanza en la ruina del Mundo Moderno y la vuelta de una nueva cristiandad. Lo que es en ellos muy natural estando inhabilitados, por la ceguera de su fe religiosa, para comprender nuestra civilización y ver la imposibilidad de ese movimiento regresivo de la historia que exigiría previamente

(1) Respuesta a la citada encuesta realizada por la revista "Esprit".

una triple catástrofe: la regresión de la conciencia moral de la humanidad, la muerte de su pensamiento científico racional y la degradación de su espíritu de libertad, es decir el aniquilamiento de los principios anticristianos que, como el sacerdote nombrado lo reconoce, han formado la civilización occidental y rigen su desenvolvimiento histórico.

Consignamos así, junto a las declaraciones de los Papas, la de eminentes representantes de la intelectualidad católica: la historia de Europa se hace fuera del cristianismo; los principios de éste no rigen los destinos del mundo moderno. Nuestra civilización no es cristiana.

16. Nuestro mundo occidental está lleno de prejuicios favorables al cristianismo, como residuos de su milenaria dominación, en la que tanto abundaron la violencia y el terror, o como concesiones a los intereses o a los fanatismos, todavía subsistentes; y se repiten de continuo opiniones inmerecidamente elogiosas para los "principios cristianos" y los "sentimientos cristianos" de la civilización.

El cristianismo se forma, en una elaboración secular, mediante un proceso de sincretismo que complementa los conceptos y sentimientos iniciales (misticismo oriental, mesianismo, Encarnación, Resurrección, parusia) —que ya no son éstos mismos, característicos y privativos— agregando a ellos los aportes de ideales, sentimientos, conceptos, cultos y mitos de los más diversos orígenes; y esa religión impera, más nominal que realmente, más formal que sustancialmente, sobre los diversos pueblos de Europa, que desarrollan su vida desenvolviendo conductas, ideas y sentimientos que, sólo en parte cristianos, serán fundamentalmente humanos. El hombre, aun siendo cristiano —a menudo sólo de nombre— seguirá siendo hombre, con sus instintos, su sentimiento y su inteligencia de hombre más o menos evolucionado; se apegará a la vida terrena y gozará sus halagos y sensualidades olvidando el desprecio cristiano por el mundo real y atenuando sus esperanzas, demasiado exclusivas, en la vida celestial; trabajará, razonará, amará, formará familia y patrimonio, gozará la belleza y cultivará el arte... Pues bien: todo lo que de bueno haya en las sociedades llamadas cristianas, —para los panegiristas del cristianismo— será necesariamente cristiano; las virtudes que allí

florezcan serán las mismas que vieron la China, el Egipto, la Persia, la India, Judea y el paganismo greco romano, especialmente en sus períodos civilizados y pacíficos; los Papas podrán vivir como han vivido, a veces, en la depravación; el clero será venal y corrompido como lo ha sido tan frecuentemente; y la prédica de moral será nula, limitándose la religión a prácticas vacías, tanto más incomprensibles y carentes de sentido, cuanto que el culto se celebra en una lengua que el vulgo nunca supo bien y que llega a serle totalmente desconocida. En medio de la corrupción de la Iglesia, habrá para ciertos espíritus un refugio de ascetismo y de penitencia (o de paz y seguridad) en los conventos, huyendo del mundo y con poca influencia sobre él. Nada importa: para los panegiristas del cristianismo la moral será cristiana; el espíritu de amor y de trabajo será cristiano; la vida de familia, el orden social, serán cristianos, aunque el evangelio ordene en preceptos claros el desprecio del mundo, de la familia, y la Iglesia cristiana participe de la barbarie y de la corrupción del mundo.

Del mismo modo: el cristianismo avanza, sus supersticiones asiáticas invaden el pensamiento de Europa; el fanatismo domina y gobierna; entonces la cultura se apaga y la civilización agoniza. Después, el cristianismo, vencido por la razón, retrocede; la cultura resurge y la civilización renace. La civilización se ha salvado del dominio religioso; el Estado laico, fuerte por la tradición del Imperio Romano, se resiste al dominio teocrático; su lucha por la independencia de los pueblos frente a Roma, favorece la lucha por la libertad del espíritu contra el totalitarismo cristiano, y se funda la civilización moderna. Y a pesar de todo, la civilización será llamada cristiana.

La civilización necesita conocimiento científico, libertad del espíritu, sacrificio por el progreso, amplia solidaridad humana sin la restricción de los odios religiosos. El cristianismo, es decir, los Evangelios, niegan todos esos principios fundamentales de nuestra cultura, y el Papa, sigue negándolos en detalle y maldiciendo el progreso, el liberalismo y la civilización moderna: el cristianismo, sin embargo, seguirá siendo considerado el espíritu animador de esa misma civilización. La civilización moderna seguirá llamándose cristiana.

17. La abolición de la esclavitud, —uno de los hechos más grandiosos ocurridos en el orden moral—, nos proporciona otro ejemplo: Pedro, Pablo, Agustín, los más grandes santos cristianos, aprueban la esclavitud; Bossuet, fundándose en ellos, la defiende y agrega que negarla es negar el Espíritu Santo. No importa; para sus panegiristas el cristianismo tiene que haber sido el salvador de los esclavos, su libertador. Y no sólo los que ignoran la historia religiosa incurren en ese error. Es nada menos que Henri Bergson, a quien el eminente sociólogo racionalista Albert Bayet tiene que refutar.

Véase: "Consideremos uno de los grandes acontecimientos, el más grande, quizás, de la Historia Moral del Occidente: la abolición de la esclavitud. ¿Cuál es la causa de él? El señor Bergson no vacila, la descubre en el cristianismo y, lógicamente, lo demuestra: el cristianismo predica la fraternidad universal; la fraternidad universal implica la igualdad de los derechos, la inviolabilidad de la persona humana; luego el cristianismo da un golpe de muerte a la institución de la esclavitud (Bergson, "Las dos fuentes de la moral"); la deducción es correcta; quedan los hechos. Los Evangelios no reclaman en ninguna parte la supresión de la esclavitud. Lucas (XVII, 7) habla de la obediencia de los esclavos como de la cosa más natural del mundo. La primera epístola a Timoteo dice (VI, 1): "Que todos los que están bajo el yugo como esclavos tengan a sus amos por dignos de todo honor". La Epístola a Tito dice (II, 9): "Que los esclavos sean en todo sometidos a sus amos". La Epístola a los Colosenses dice (III, 22): "Esclavos, obedeced en todo a los que, según la carne, son vuestros amos". La Epístola a los Efesos dice (V, 6): "Esclavos, obedeced a vuestros amos según la carne, con temor y temblor". La primera "Epístola de Pedro" dice (II, 18): "Esclavos, sed sumisos con todo temor ante los amos, no sólo los buenos y afables, sino también los malos". Estos textos son claros. Asimismo, Bergson, llevado por la idea de que el cristianismo lógicamente debe condenar la esclavitud, lo califica de "Mensaje impregnado de amor" (p. 77) y ve en la "Declaración de los Derechos del Hombre" la respuesta a dicho Mensaje. A la inversa, afirma que ninguno de los grandes estoicos consideró posible "suprimir la barrera entre el hombre libre y el esclavo" (p. 77).

Sin embargo, Ulpiano declara: Con respecto al derecho natural, todos los hombres son iguales. Por su parte, Venuleius Saturninus declara que en los hombres libres y esclavos natura communis es (dig. 48, 3, 12, 4). Bajo el imperio de esta idea, el Derecho romano de la época multiplica las medidas que mejoran la condición del esclavo" (sigue una enumeración de esas medidas). "Pero la metafísica no toma en cuenta estos hechos conocidos por todos. Lógicamente, la idea cristiana implica la abolición de la esclavitud, y, por consiguiente, ella lo ha hecho todo; en vano el estoicismo ha suscitado veinte medidas capitales; lógicamente, no es digno de aspirar al papel de "causa"."

18. Otro ejemplo de atribución de falsos méritos al cristianismo, nos lo brinda Charles Werner, ejemplo especialmente interesante por la jerarquía y la independencia de su pensamiento. Después de haber reconocido los méritos superiores de Grecia, creando el espíritu de libertad, y los de su filosofía, postulando la fraternidad humana en toda la extensión universal de su fundamento racional, el profesor Charles Werner ("La Philosophie Grecque") pretende atribuir un máximo mérito al Cristianismo: "Pero es el Cristianismo quien dió el paso definitivo, colocando, encima de la ciencia, la caridad. El simple impulso del corazón deviene la única cosa necesaria, capaz de transformar la tierra en una mansión divina". El Cristianismo no elevó la caridad sobre la ciencia; lo que hizo fué despreciar y matar la ciencia; y si bien hizo de la caridad una virtud dominante, redujo el concepto de la fraternidad humana (fundamento verdadero de la filantropía) subordinando la caridad a la condición de la unidad de la fe y transformándola en amor a Dios; amor que sólo alcanza al hombre a condición de adorar al mismo Dios, sin lo cual se convierte en el "odium theologicum" característico del Evangelio y del catolicismo.

Es vana ilusión de creyente la de que la sola caridad pueda "hacer de la tierra una mansión divina". A ese ideal sólo podemos acercarnos por el complejo humanista de amor, de ciencia y de libertad. El sentimiento de "Cristiandad" empobrece y limita el de "humanidad".

19. Otro ejemplo más próximo a nosotros: los errores

de Rodó sobre Jesús y sus enseñanzas. De ellos, en general nada diremos aquí. Hay, sin embargo, en esa falsa prédica filocristiana un punto que se refiere concretamente a la relación del cristianismo con el espíritu animador de la civilización moderna, que no se puede pasar en silencio, porque se trata de un falso concepto vulgar que presenta la superioridad del Mundo Occidental sobre el Oriente como resultado de la diferencia de credo religioso.

El escritor compatriota presenta entre casos similares concretos, "la China de Confucio momificada en el culto inerte de sus tradiciones" en contraste con "la Europa y la América de la civilización cristiana, manteniendo en alto la enseña capitana del mundo sobre quinientos millones de hombres, fortalecidos por la filosofía de la acción, de la esperanza y de la libertad". ("Ariel", Ed. Prometeo, p. 134).

¿El Cristianismo "filosofía de la acción"? ¿De qué acción? ¿Será la acción que consiste en esperar el fin del mundo y el Reino de Dios, la Parusia, que todavía el "Credo" anuncia? ¿Será esa "acción", que lleva al desprecio de los bienes del mundo y al abandono de la familia y del trabajo, la que construye la civilización moderna?

¿El Cristianismo "filosofía de la esperanza"?

La "esperanza" que predica el Evangelio cristiano es la de la bienaventuranza eterna en el cielo. ¿Será esa esperanza de salvación y felicidad ultraterrenas, la que alienta al hombre moderno en el cultivo de la ciencia y en el trabajo con que construye su civilización?

¡Y todavía, el Cristianismo "filosofía de la libertad"! El Evangelio, con sus terribles amenazas y sus promesas de persecución religiosa, que el Cristianismo ha cumplido religiosamente durante su milenaria dominación, ¿podría representar el espíritu de libertad, esencia de nuestra cultura moderna?

20. En cuanto al paralelo entre "la China de Confucio" y "la Europa y la América de la civilización cristiana", Rodó pretende "juzgar el árbol por sus frutos, según enseña el Evangelio; el valor de la doctrina por los resultados de su aplicación".

Desde luego, elegir en el complicado conjunto de los múltiples factores de la evolución humana obrando sobre la di-

versidad de los pueblos del mundo, un elemento aislado y atribuirle la diversidad de civilizaciones de cualesquiera de las naciones, es un procedimiento simplista, que podría presentarse como ejemplo típico de mal uso del método lógico. No escaparían a esa crítica un militar que atribuyera la civilización occidental, en contraste con la situación china, a la organización de los ejércitos permanentes, que contribuyeron a la formación política de las naciones de Europa; o un geógrafo que asignara a esa civilización, como causa generadora, la existencia del Canal de la Mancha, el más feliz detalle de la estructura del Globo, que ha permitido al pueblo inglés, internacionalmente, resistir a la dominación mundial de la serie de los tiranos continentales (Felipe II, Napoleón I, el Kaiser Guillermo II, Hitler), e internamente, organizar la democracia parlamentaria al amparo de su flota y libre de grandes ejércitos.

Pero, el razonamiento de aquellos que, como Rodó, atribuyen la génesis de la civilización occidental al cristianismo, es de una falsedad mucho más evidente Una aplicación todavía simple del método, pero adaptada a la realidad histórica, lleva, en efecto, a la conclusión diametralmente contraria. Grecia goza de la libertad de pensamiento; el profesor Bury dirá: "los griegos, por fortuna, no tuvieron Biblia"; y se produce allí una admirable eclosión de ciencia y civilización, que aun después de explicada históricamente por una larga elaboración, se puede seguir llamando con razón "el milagro griego", por el altísimo vuelo del pensamiento. Cae sobre Europa el cristianismo, y se eclipsan la ciencia y la civilización. Se rebela el racionalismo contra la Revelación cristiana, y resurgen en lucha con ella, la ciencia y la civilización modernas. Será necesario completar el cuadro de las causas concomitantes favorables o adversas de esa lucha de la cultura contra el fanatismo, y contemplar otros aspectos del cuadro general de la civilización y desentrañar el nexo causal que liga esos fenómenos; pero, desde luego, resulta claramente absurdo atribuir la civilización a un factor cuya influencia mantuvo, durante un milenio y medio, encadenadas la razón y la conciencia, y sustituído el espíritu racional por el pensamiento supersticioso impuesto por una doble tiranía política y religiosa.

Del lado opuesto, el mismo simplismo. China no ha desenvuelto una brillante civilización, "momificada en el culto inerte de sus tradiciones"; ¿la causa?; sería, según Rodó, que China no es cristiana. Tampoco lo era la Grecia de Thales de Mileto, Heráclito y Demócrito; de Esquilo, Sófocles y Eurípides; de Sócrates, Platón y Aristóteles; y de tantos y tantos otros. ¿No habrá hecho más falta en China la influencia de estos genios que la leyenda de Jesús y la Encarnación, la Resurrección, la Parusia y la Revelación, con el cielo y el infierno, y los milagros y los ángeles y los demonios y las brujas? Lin Yutang, que conoce a su pueblo, consigna en un libro reciente: "Si algo había de que los chinos no fuesen capaces, era el raciocinio científico, totalmente ausente de su literatura" (Cap. "Los ingleses y los chinos", en el libro "Amor e Ironía"). China, en efecto, no ha tenido Ciencia. "Durante millares de años, dice Whitehead ("La science et le monde moderne") ha habido en China hombres de espíritu penetrante e instruído que han consagrado toda su vida a los estudios. Tomando en consideración el período de tiempo y la población implicados, la China forma la más grande civilización, en volumen, que el mundo haya visto. No hay ninguna razón para dudar de la capacidad intrínseca del chino, tomado individualmente, para los trabajos científicos; y, sin embargo, la ciencia china es prácticamente desdeñable" (p. 17).

No son, pues, supersticiones lo que habría necesitado China, sino la ciencia del método racional con su corolario técnico; y una lengua bien diferenciada con un "verbo calificado, exacto y preciso" (1); y un alfabeto que facilitara su difusión, haciendo que la escritura y la lectura no fueran el difícil patrimonio de una pequeña minoría letrada; y un sistema numeral que facilitara el cálculo matemático; y corrientes de emigración o grandes contactos con pueblos de diversas civilizaciones que rompieran su enclaustramiento histórico, en que se estancaba su civilización en una quietud tradicional y conservadora. La falta de ciencia experimental, es decir, de racionalismo científico, es lo que determina primordialmente ese estancamiento, así como la razón libre es la

(1) Paul Gille, "La grande métamorphose", p. 78.

causa principal del llamado "milagro griego", fuente de la civilización occidental, que elevó al hombre, ya entonces, a la categoría de "homo sapiens" en el sentido que le da Brunschvicg en la introducción (p. XIV) de "Le progrés de la concience dans la philosophie occidentale": "Al pitagorismo, sobre todo, debe el helenismo la creación de la metodología matemática, es decir, la aparición del "homo sapiens", entendido, no en el sentido ordinario de la antropolgía, por oposición al animal, sino en la plena acepción que lo opone al "homo faber" de las sociedades orientales". Y Brunschvicg completa su idea con dos citas que son perfectamente aplicables a nuestro tema: "En los dominios del conocimiento, dice Gaston Milhaud, los pueblos de Oriente y de Egipto habían trasmitido a los griegos un número considerable de datos, reglas y procedimientos útiles a la vida de todos los días. Los griegos... quisieron comprender la razón de aquello que les era dado como un conjunto de procedimientos empíricos. Las proposiciones matemáticas que supo formular la ciencia griega vinieron a probar maravillosamente que el espíritu, replegándose sobre sí mismo, y ejercitándose sobre los datos que le son aportados de afuera, es capaz de crear un orden nuevo de conocimientos que se distingue por su precisión y su inteligibilidad, por su rigor y por su evidencia". Y Luis Weber, "El ritmo del progreso", comentando las observaciones de Gaston Milhaud, agrega: "Esta etapa de la civilización es un momento decisivo en la historia del progreso. Sin hablar de los pueblos salvajes, últimos vestigios de la infancia de la humanidad, que vegetan todavía bajo nuestros ojos, no se conocen sociedades, fuera del mundo heleno, que la hayan franqueado espontáneamente por medio de los solos recursos de su genio propio... Pero la curiosidad científica y la disciplina correlativa no hicieron, durante la antigüedad, adeptos fuera del mundo griego, que quedó así separado de los bárbaros, por diferencias intelectuales mucho más profundas que los accidentes de religión, usos y costumbres".

Vemos así confirmado que la carencia de ciencia racional y no la carencia de las concepciones irracionales cristianas, es lo que determina el estancamiento de China en su proceso evolutivo.

21. Mencionamos en páginas anteriores (Cap. II) la influencia, salvadora de la civilización, que representó la tradición del Estado romano, impidiendo el dominio absoluto del cristianismo sobre los pueblos de Europa, dominio absoluto teocrático que hubiera impedido la emancipación de la razón y mantenido, en consecuencia, el imperio de los absurdos de la Revelación y del pensamiento mítico, mortales para la cultura científica.

Ferdinand Lot (obra citada, p. 60) explica la lucha de aquellas fuerzas —Estado e Iglesia— y presenta, comentando una conferencia de Renán en la Sorbona, un paralelo de la influencia respectiva del Evangelio y del Corán, que es ilustrativo para nuestro tema.

"A despecho de todos sus esfuerzos, la Iglesia no llegará a dominar el Estado. La razón profunda es, como hemos visto, que la Iglesia Cristiana no había sido constituída para la vida terrenal. Ella no aportaba a la sociedad ningún precepto social o jurídico nuevo. Aceptó, pues, sin resistencia, sin verdadera repugnancia, las instituciones del Estado romano. Este pudo conservar sus cuadros y continuar su vida. Con mayor razón pasó lo mismo con los Estados bárbaros, cuya cristianización fué superficial. El Estado medieval y moderno, heredero en parte del Estado romano, no pudo, así, ser absorbido por la Iglesia. Conservó conciencia, por muy bañado que estuviera de cristianismo, de ser una cosa aparte de la Iglesia. Si las raíces del Estado no hubieran estado profundamente hundidas en el pasado romano, el Estado medieval se habría disuelto en la Iglesia y la Iglesia en el Estado, y no se ve cómo el concepto moderno de la separación entre la conciencia religiosa y el Estado hubiera podido desarrollarse ni aun cómo hubiera podido nacer (1). Ahí está el secreto de la diferencia profunda, mucho más profunda todavía de lo que se

(1) Refiriéndose Bouché-Leclercq al ideal teocrático de la Iglesia, expresa la misma opinión de Ferdinand Lot: "La fuerte constitución del Imperio Romano y las tradiciones que él legó a las naciones nacidas de su desmembramiento impidieron que ese ideal fuera alcanzado. Aun la misma Revelación escrita no pudo tomar el sitio de la "razón escrita" que el Derecho representa". (Bouché-Leclercq, "L'Intolérance religieuse et politique", p. 346).

cree, entre Estados cristianos y Estados musulmanes. El Islam aporta, no solamente una religión, sino también un derecho y una politica, cuyo equivalente se buscaría en vano en el Evangelio. Todavía esta manera de hablar es inexacta: derechos, usos, costumbres, todo es indiscernible de la religión. Imposible tocar cosa alguna sin tropezar con el dogma y sin arriesgar ofenderlo. Y como derecho, política, usos, son rudimentarios, constituídos para una sociedad no evolucionada, es una tarea sobrehumana la de adaptar una sociedad musulmana a la vida moderna. Aquí la religión no se deja reducir a su congrua porción. Es en vano tratar de ponerla en su sitio, porque ese sitio está en todas partes o en ninguna." (2)

22. La conclusión de estas observaciones es clara: los pueblos de occidente han podido realizar su evolución civilizadora, no porque hayan sido inspirados por el cristianismo, sino porque no fueron dominados por él; porque éste no tuvo la aptitud necesaria para gobernar la vida real, tarea que debió abandonar al Estado, el que, no refundido con la Iglesia, organizaba la sociedad así secularizada, resistiendo a la dominación teocrática, es decir, a las pretensiones de las Iglesias cristianas, y realizando un triunfo progresivo de la laicidad. La filosofía que apoyaba al Estado en la lucha por su independencia contra la Iglesia, estaba inspirada por la Razón, que se independizaba a su vez de la Revelación y fundaba la ciencia, porque liberaba al Occidente de las supersticiones asiáticas, es decir, del pensamiento del hombre primitivo concretado en los dogmas del cristianismo. Citando una frase de Remy de Gourmont, podemos decir que la evolución civilizadora significaba "escapar al cristianismo y recobrar la salud intelectual".

23. Los ideales cristianos —que vivieron su auge en la Edad Media— presentan un triple antagonismo frente a los ideales humanistas de la civilización moderna: antagonismo político, intelectual y moral.

En lo político: por un lado, ideal de libertad, postulado por el racionalismo metafísico del siglo XVIII y concretado

(2) La revolución de los Jóvenes Turcos presidida por Kemal Ataturk tuvo que reformarlo todo, desde la religión, la política y la organización de la familia hasta el vestido y la escritura.

en los derechos del hombre y en la soberanía del pueblo; especialmente, librtad de conciencia y libertad de pensamiento, negadas por los Papas, por Lutero y por Calvino, de acuerdo con el Evangelio; soberanía basada en la razón y que viene del pueblo por delegación revocable; y por el otro lado, ideal de total sometimiento al absolutismo teocrático, cuya consagración irrevocable emana de Dios: liberalismo democrático frente a totalitarismo clerical.

En lo intelectual: por un lado, ideal de conquista progresiva de verdades relativas, por la experiencia y la razón, libres de toda autoridad civil o eclesiástica; y por el otro lado, ideal de conservación definitiva de verdades absolutas, fundadas en una pretendida revelación divina: ciencia frente a dogma.

En lo moral: ideal que afirma el supremo valor de la persona humana, fundamento de amplia solidaridad, de fraternidad abierta a todos los hombres, que asciende del instinto y se fortalece en la experiencia y por la razón; y por el otro lado, ideal —que desciende del cielo— de adoración incondicional a Dios, y de amor al prójimo sólo porque viene de Dios y sólo si profesa la misma fe; amor que se torna odio teológico ante el hereje y el disidente: Humanismo frente a Cristianismo.

Es este Humanismo liberal el que crea moral e intelectualmente —en lucha con el Cristianismo— la civilización moderna; y de este modo, el hombre asume la responsabilidad de su destino, para "hacer él solo y por sí solo su propia salvación".

León Brunschvicg confirma prudentemente: "Acaso la mejor y la única probabilidad de salvación para los hombres sea tomar conciencia de que ellos no podrán nunca ser salvados desde afuera, y que no deben, por tanto, ceder en su esfuerzo para existir cada uno por sí mismo, desarrollando lo que poseen de efectivamente universal y divino, el desinterés de una razón veraz sobre la que se funda la verdad de un amor que considera el alma y la libertad de otro. Es Malebranche, el más profundo y el más piadoso de los intérpretes del pensamiento católico, quien nos advierte de ello: La fe pasará; pero la inteligencia subsistirá eternamente". (León Brunschvicg, "Les ages de l'intelligence", p. 150).

CAPITULO V

El progreso, programa histórico de la civilización

1. Esta civilización nuestra no es cristiana. No son ideales evangélicos los que la mueven e inspiran. Lo hemos visto evidenciado en numerosos documentos papales y reconocido por destacados pensadores católicos (cap. IV). Ella no busca honrar a Cristo, sino elevar al hombre. No aspira a conseguir —cada uno para sí— la salvación y la bienaventuranza en una vida sobrenatural futura, sino el bienestar y la elevación de la humanidad en la vida real. No exige a nadie una fe religiosa. Educa para la moral humana solidaria, para la convivencia pacífica, para el respeto del hombre, para el derecho, para la libertad. para la cultura científica, para el arte, para el trabajo. Sus instituciones, las que mejor realizan la auténtica civilización moderna, prescinden —sin afirmarlos ni negarlos— de Dios y de la vida sobrenatural. La Iglesia Católica sigue proclamando cristianamente su derecho a imponer por la fuerza, como verdades absolutas, esos supuestos metafísicos que las instituciones más libres y más civilizadas rehusan imponer a las conciencias de los hombres. La Iglesia quiere imponer su fe como la verdad absoluta emanada de Dios; y por ese mismo fundamento, ella no puede admitir ni el liberalismo, que incluye la libertad de negar o de poner en duda aquella verdad, ni el progreso, cambio dirigido a un mejoramiento de la vida que corrige las bases fundamentales del orden que ella afirma instaurado por Dios.

La Iglesia Católica —que representa genuinamente el espíritu evangélico— así como no niega la razón si se somete servilmente a la fe, pero la considera satánica cuando se rebela contra la verdad divina, de la que ella misma se declara depositaria, tampoco niega siempre el hecho del progreso, en cuanto realización ascendente de la estructura material de una civilización que fuera cristiana; pero considera también satánicos, en ese progreso, sus características más esenciales y fecundas: el espíritu racional científico, el espíritu democrático de libertad y el espíritu solidario de igualdad, con sus ideales animadores de fraternidad y de dignidad humanas. En su última gran encíclica "Parvenu a la vingt-cinquieme année" (19 de marzo de 1902) decía León XIII: "Sin duda, el vuelo de la ciencia ha abierto nuevos horizontes a nuestro espíritu, ha agrandado el imperio del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza, y la vida de este mundo se ha encontrado dulcificada en muchos de sus aspectos..." Y más adelante: "No hay que desdeñar las ventajas que se derivan de la instrucción, de la ciencia, de la civilización y de una juiciosa y dulce libertad: es necesario conservarlas y acrecerlas... pero es necesario subordinar su uso a las intenciones del Creador y hacer de modo que no se las separe jamás del elemento religioso en el cual reside la virtud que les confiere su verdadera fecundidad. Tal es el secreto problema".

El Papa admite el progreso; contra la auténtica doctrina evangélica, asiente a que se procure que el poder del hombre sobre la naturaleza dulcifique la vida humana sobre la tierra; cinsiente en que la ciencia alivie los dolores y miserias del hombre (en perjuicio de su salvación y de la ventura celestial eterna); pero lo que no admite es que lo libere de la cadena moral del dogma y del yugo material de la Iglesia, puestos uno y otro bajo la autoridad y el prestigio de "las intenciones del Creador".

La inconsecuencia del famoso pontífice con aquella auténtica doctrina evangélica (concesión política ineludible al humanismo científico, que penetra aun en la mente de los creyentes, como se impone el pararrayos sobre la más alta cruz en cada iglesia) es una modificación sólo superficial (y no dogmática) del conflicto de los dos espíritus, el cristiano y el

científico. El primero, aunque consienta en admitir la atenuación del dolor y la miseria en el mundo —concesión a la debilidad del hombre— no dará sino un valor secundario a ese bienestar conquistado por el esfuerzo de la ciencia y el humanismo; el valor fundamental estará siempre en la vida futura; su universo será esencialmente la región sobrenatural reservada para la residencia eterna del alma humana, creada perfecta por Dios; alma invariable en un universo estático. El pensamiento científico, en cambio, elabora por la experiencia el conocimiento de los fenómenos de la naturaleza, comprueba los cambios de todas las cosas de todo orden, incluso las relativas al hombre, sea que las llamemos materiales o espirituales. Contempla así un universo en continuo devenir, dentro del cual el hombre, en evolución como los demás seres y cosas, ha alcanzado a concebir ideales morales, conformes con su experiencia racional. No pretende acaso solucionar problemas que reputa superiores al pensamiento humano, pero rechaza las soluciones que se dan en nombre de una falsa Revelación divina, y que él sabe fruto de una vieja ignorancia humana.

Dejando de lado la supuesta vida sobrenatural —misterio o invención supersticiosa— mira ese universo en evolución —su universo— como la morada cierta del hombre, y señala el deber de éste: colaborar en esa evolución y animarla con sus ideales morales; servir el progreso, trabajando por el bienestar de los humanos, por el mejoramiento material, intelectual y moral de su vida, por el aumento del conocimiento y del imperio del hombre sobre las fuerzas naturales —las del mundo y las de sí mismo— y por un orden social humanista de libertad, de justicia y solidaridad humana.

2. Creemos necesario, antes de establecer en qué consiste el progreso, decidir si realmente existe, porque, a pesar de su evidencia, hay quienes lo niegan.

No nos detendremos en la historia de las teorías relativas al progreso. Ni es lo más interesante para nuestro objeto ni las antiguas teorías sobre esta materia son en general las de nuestro tiempo. Platón pudo negarlo; y Aristóteles concebirlo a su modo. Lo que hay de más notable en la antigüedad es la concepción de Epicuro y de su poeta Lucrecio, en los cuales la idea del progreso está, como en el mundo moderno,

robustecida y animada por la idea de la evolución, pues concibieron un mundo en perpetuo cambio y la transformación de las especies; y, como consecuencia, el origen del hombre y el desarrollo ascendente de su pensamiento y de la organización de las sociedades humanas. Con el cristianismo, se oscurecen esas intuiciones geniales; el orden del universo creado por Dios es estático e invariable. Sin embargo el genial monje rebelde Roger Bacon (siglo XIII) y Paracelso (siglo XVI), entrevieron la hipótesis progresiva. La idea resurge vigorosa en Francis Bacon (el canciller Bacon). En el siglo XVII la teoría se limita a la comprensión de la superioridad del presente sobre el pasado (conclusión de la famosa disputa mantenida en Francia e Inglaterra sobre la superioridad de los antiguos o de los modernos). En el siglo XVIII, la teoría se impone, pero toma la forma dogmática de "Ley del Progreso", en el sentido de ley que lo hacía inevitable, necesario, y llevaba espontáneamente y con certeza al perfeccionamiento de la humanidad. En el siglo pasado, una reacción se produjo, y la crítica impugnó la idea de la fatalidad del progreso, alentando un pensamiento pesimista de decadencia. La teoría de la evolución vino a dar nueva vitalidad a la del progreso, refundiéndose con ella y explicándola. Pero entonces, por una nueva reacción, más absoluta, se puso en tela de juicio el hecho mismo del progreso, negándose su realidad.

Cuando se acepta la doctrina evolucionista, confirmada por las conclusiones concurrentes de varias ciencias, parece evidente y de simple buen sentido aceptar el progreso biológico, que lleva desde los primeros organismos monocelulares, seguramente microscópicos y sin órganos diferenciados, hasta el hombre; idea que se considerará confirmada con la moción hoy corriente del progreso social en todas sus manifestaciones.

3. La impugnación toma sin embargo aspecto científico, porque el ataque contra la noción del progreso biológico (que llevaría a negar todo progreso) parte de biólogos y plantea una norma de juicio valorativo.

Las impugnaciones, brevemente expresadas, se basan: sea en que la condición fundamental de los organismos es la de su adaptación al medio, y que los distintos seres están igualmente bien adaptados al ambiente en que actúan; sea en que, si

bien se reconoce que los seres que llamamos superiores son evidentemente más complejos que los inferiores, se niega que esa complejidad valga en sí como un valor y merezca el nombre de progreso; sea en que la Ley de Progreso es contradicha por la existencia de especies que se han mantenido invariables durante millones de años; sea, por fin, en el hecho de que se comprueban degeneraciones en otras especies, y aun su extinción, contrariando en ese caso abiertamente el cumplimiento de esa ley.

4. Ejemplo de esas posiciones que niegan el progreso biológico es el especialista J. Von Uexküll.

En "Meditaciones biológicas" (Ed. Rev. de Occidente, p. 147), dice Uexküll: "Nunca me encontré ni por casualidad en el animal más sencillo el más ligero rastro de imperfección. El material dispuesto para la construcción, en tanto que me era dado juzgar, estaba empleado siempre del mejor modo posible. Cada animal tiene su escenario vital con todas las cosas y actores que tienen significación para su vida".

Esta posición errónea y estrecha de Uexküll, que elude el verdadero problema, el de la perfección evolutiva ascendente de las formas orgánicas, responde a la idea de que siendo toda cosa dirigida por Dios y realizada con arreglo a un plan divino, cada una debe ser perfecta en sí, como obra de Dios. Y ese prejuicio es el que le hará sostener que es tan perfecta una lombriz como un hombre.

Trasladada o extendida la misma tesis de la biología a la historia, Uexküll cita y apoya a Leopoldo von Ranke ("Epochen der neueren Geschichte") cuando "no admite el progreso en la historia de la humanidad, porque todas las épocas se reducen de un modo inmediato a Dios, y de ahí que ninguna pueda ser más perfecta que la otra".

Evidente ceguera del prejuicio religioso. Dios ciega ... a quienes creen verlo.

5. El eminente biólogo Julien Huxley ("Progreso; el biólogo y el otro") explica cómo la ciencia refuta concluyentemente las indicadas objeciones, aplicando el método positivo como base de la conclusión que se busca.

Examen de las capas geológicas para establecer un orden o secuencia temporal en las especies cuyos restos fósiles se

conservan. Transición de unas formas orgánicas de los estratos más antiguos a los más nuevos con sus tipos de vida, pudiendo en muchos casos comprobar la descendencia correspondiente, lo que se realiza sobre todo en los vertebrados, cuyos fósiles están mejor conservados. Donde los datos de la paleontología fallan, recurso a los de la embriología y la anatomía comparadas. A pesar de los vacíos y posibles errores, cabe trazar un gran esbozo de todo el progreso biológico. Simplificando: primero, organismos minúsculos y de protaplasma no diferenciado; después, probablemente diferenciado el núcleo del citoplasma y apareciendo la función sexual de que aquéllos carecían, lo que se observa aun en las bacterias. De esas especies, que debieron ser numerosísimas, unas han adoptado formas de vida animal, otras el tipo vegetal. Después la agrupación en colonias ha dado con el aumento de volumen, la ventaja de mayor rapidez de movimiento. Los elementos agrupados se diferencian más tarde, adaptados a la división del trabajo; hay ejemplos vivos de tal tipo. Forman primero dos capas de células; después se intercala una tercera, integrando un tipo que da la base principal para la evolución posterior.

Los cambios que se producen acusan un aumento de tamaño en los organismos y mayor eficiencia en su actividad. Al aumento de tamaño acompaña una mayor especialización.

Ese aumento se cumple no sólo en el crecimiento del individuo. sino también en la formación de agregados.

Los agregados más grandes y especializados presentan mejoramientos en el mecanismo de la vida, sea en la mayor eficiencia de las partes sea en su recíproca adaptación subordinada a las necesidades del conjunto.

Los órganos a su vez, como es sabido, se hacen más eficientes Así aparece primero, por exigencia del tamaño, un sistema circulatorio; de la vesícula pulsatoria ventral del anfioxus se llegará al delicado aparato del corazón. Mayor transformación se comprueba en el sistema nervioso y los órganos de los sentidos: de un cordón nervioso se llegará al cerebro humano; de un punto pigmentado, al ojo.

No seguiremos al biólogo en toda su explicación de los cambios anatómicos y fisiológicos, primero; de los psicológicos, despues; con los desarrollos mentales de los mamíferos;

y finalmente del hombre, en el que, facilitados por el lenguaje, culminan los procesos que el biólogo llama de agregación de espíritu y de tradición, como una nueva forma de herencia (trasmisión a la descendencia, de la experiencia y los conocimientos) señalando que hay una dirección en esa evolución que ha conducido a la producción de una creciente intensidad de cualidades que todos consideramos valiosas, o, dicho de otro modo, que nuestra escala de valores sigue la misma dirección que la marcha de la historia evolutiva, de modo que podemos por tal razón hablar de una dirección progresiva y llamarle progreso con el sentido de una idea de valor.

Debe observarse que, aunque algunas formas de vida más complejas vencen y excluyen otras formas más simples, los tipos vencidos no desaparecen necesariamente, y pueden coexistir los vencidos y los vencedores.

6. El eminente biólogo Huxley resume los puntos salientes del proceso evolutivo; resumen que extractamos así:

En el desarrollo de la vida hay un aumento de los atributos de los seres vivientes:

1º Aumento de tamaño; en las unidades mismas y en sus agregados; creciendo la duración de la vida;

2º Aumento de complejidad con división del trabajo de las partes y mayor especialización;

3º Aumento de armonía entre las partes con mayor coordinación y dirección;

4º Aumento de autorregulación, resistiendo a la influencia de los cambios de ambiente;

5º Aumento de experiencia del pasado aplicable a los problemas presentes; gradualmente, mejora de las reacciones normales por repetición; grados simples de memoria; memoria asociativa; memoria racional, con poder de generalización; finalmente, tradición, que conserva y trasmite la experiencia de la raza sumando las experiencias sucesivas de sus miembros (obrando en el presente por el recuerdo del pasado y previendo el porvenir).

"Finalmente, —termina Huxley— podemos concluir con un alto grado de certeza, que las facultades psíquicas —de conocer, sentir y querer— han aumentado en intensidad y tam-

bién en su relativa importancia para la vida del organismo individual".

De paso, aguda crítica de Huxley a Bergson "buen poeta pero mal hombre de ciencia", al no reconocer la influencia de la selección natural sobre la evolución, y pretender explicar ésta por su "élan vital", cayendo en el error, tan a menudo criticado, de descartar las dificultades, no con una explicación causal que las haga comprensibles, sino dándole un "nombre largo" (en este caso un nombre nuevo). Tanto valdría —observa Huxley— explicar la marcha de un ferrocarril por un "élan locomotor".

7. Continúa Huxley: "Hemos condensado nuestro resumen en estos seis enunciados generales; si deseamos alcanzar una forma aun más general, la forma más general posible, podemos volver a expresarlo así: Durante el curso de la evolución en el tiempo, ha habido un aumento en el dominio ejercido por los organismos sobre su ambiente, y en su independecia respecto de él; ha habido un aumento en la armonía de las partes de los organismos; y ha habido un aumento de los poderes psíquicos en los organismos, un aumento del querer, del sentir y del conocer".

"Este aumento no ha sido universal; muchos organismos han permanecido estacionarios o hasta han retrocedido; muchos han logrado aumento en un aspecto y no en los otros. Pero el nivel superior de estas propiedades de la materia viviente ha ascendido continuamente; su término medio ha aumentado sin interrupción. Es a ese aumento continuo durante el período evolutivo, en el término medio y especialmente en el nivel superior de esas propiedades que, me aventuro a pensarlo así, el término "progreso biológico" puede ser propiamente aplicado".

8. "Así empleado, ese término no es ya un concepto "a priori" o indefinido. Es un nombre para un complicado conjunto de fenómenos reales; y si, con el progreso así definido, hubiéramos de hablar de una ley del progreso en la evolución, usaríamos el término "ley" de una manera perfectamente correcta, como señalando una generalización basada en hechos observados, y no como suponiendo algún principio vitalista de perfectibilidad, alguna tendencia necesaria y misteriosa de los

organismos a avanzar independientemente de las circunstancias" (1).

La biología comprueba especializaciones unilaterales que concluyen en la frustración y el estancamiento, pero comprueba otras más escasas que tienden a mejorar el organismo en todos sus aspectos, significando un dominio cada vez mayor de la vida, es decir, de la materia viviente, sobre su ambiente, una independencia cada vez mayor en relación con los cambios de ese ambiente, y en un aumento de complejidad y de autorregulación de los órganos, y de conocimientos y aptitud para trasmitirlos a la descendencia.

Eso que constituye el progreso, ni es inevitable, ni se produce en el conjunto de la vida, sino en algunos tipos excepcionales y como elevación del nivel alcanzado por éste en cierto momento de su evolución.

Podría decirse que la serie de cambios de perfeccionamiento que llamamos progreso, florece en el hombre como tipo dominante con características biológicas radicalmente nuevas por el extraordinario desarrollo del pensamiento, de la razón y de propósitos conscientes.

9. Aunque la biología no aportara al conjunto del pensamiento humano otra cosa que esta confirmación del progreso, habría contribuído ya eficazmente al desarrollo de la civilización, dando base cierta, científica, a un ideal superior, como objetivo de la actividad del hombre.

---

(1) En "Conférences de l'UNESCO" (año 1946, Editorial Fontaine, París) figura un trabajo del Dr Julián Huxley, "Les conditions du Progrés" —notable como todos los suyos— que contiene una sabia refutación de las opiniones contrarias a la idea del progreso y que pretenden calificarla no sólo de mito, sino de un mal mito. Confirmando sus bien fundadas opiniones, dice el eminente biólogo:

"Sin embargo, el trabajo paciente de los especialistas de la evolución —sea que se trate de evolución estelar de evolución biológica o de evolución social— ha demostrado que el progreso es, no un mito, sino una conclusión científica; no una simple idea proveniente del error que consiste en tomar sus deseos por realidades, sino un hecho verdadero. Por otra parte, el progreso —doctrina científica— se afirma muy diferente del progreso —dogma mitológico— de ese progreso rápido, ineluctable o utópico de que hablamos recién".

Si todavía agrega, a los hechos de la evolución, una explicación de sus causas, su acción fecunda se engrandece, preparando el conocimiento de las posibilidades del progreso humano y de los medios de su realización; señala las vías más ciertas y a la vez menos duras y onerosas que la de la inconsciente selección natural; y enseña a aprovechar las aptitudes particulares humanas para la realización y la trasmisión de las conquistas de progreso, y aplicar sus conocimientos a la organización de las sociedades; y a favorecer por la ciencia y la libertad, el desarrollo útil de las actividades de todos los humanos, hoy frecuentemente esterilizados por vicios de organización social.

Además, aplicando al hombre los mismos métodos científicos que permiten afirmar el progreso biológico, puede incluírse el desarrollo de la humanidad en el cuadro de la ley evolutiva, tomando en consideración las particularidades del ser humano, las que, sin destruír su calidad de animal, lo elevan y destacan del conjunto de los seres vivos, marcando entre éstos y él un abismo tan grande como el que la teología creaba falsamente al atribuirle un origen mitológico y una naturaleza diversa. "La humanidad", dice Brunschvicg, "encontrará, en la revelación de su origen, el secreto de su destino"; y además, podríamos agregar, los métodos de su realización.

10. Según una frase del eminente naturalista Tomás H. Huxley (citada por su nieto en "El progreso, el biólogo y el otro") "el progreso social significa la detención del proceso cósmico a cada paso, y su sustitución por otro que puede ser llamado proceso ético".

Lo que el eminente científico llamó "proceso cósmico", juego espontáneo de las fuerzas naturales, ajeno a la acción del hombre, es para el espíritu cristiano un plan desarrollado o un orden establecido por la voluntad divina; ante él, el creyente adopta una actitud de respetuosa inacción, actitud conservadora que se resigna al orden establecido con todas sus miserias e injusticias; salvo, acaso, el recurso de la oración para provocar la intervención de Dios en el sentido de los deseos del creyente.

El "proceso ético" significa la actitud humanista, que podemos llamar revolucionaria, por la que el hombre procura

imponer, en el desarrollo de la vida, la vigencia de los ideales que su conciencia postula, por los medios que su inteligencia conoce contrariando el juego inconsciente de las fuerzas naturales; la intensificación del progreso social es fruto del esfuerzo del espíritu humanista.

11. En la concepción científica, el hombre, con su espíritu, fruto, como su cerebro, de la evolución biológica, lejos de perder en dignidad, como piensan los teólogos al afirmar que "Darwin dió un golpe mortal a la dignidad de la persona humana", ve acrecentarse por el contrario su valor y abrirse amplios horizontes, insospechados dentro del viejo concepto teológico (1). En éste, el hombre, perfecto por obra divina, degenera y cae por vicio propio; y aunque redimido del pecado por obra de una nueva intervención milagrosa, tan fantástica como la primera, encuentra cerrado el camino del perfeccionamiento por los falsos conceptos de la mentalidad primitiva, y sujeto su destino a una determinada ley de moral individual y social y a cierta concepción de un fin de su vida, a los que la cultura científica y la razón libre han relegado, como toda la conexa concepción teológica del cosmos, al archivo de las viejas supersticiones. Partiendo de la animalidad, el hombre se ha elevado hasta la elaboración del pensamiento conceptual, que amplía la zona y el alcance de la experiencia; puede, por la palabra y sus medios de trasmisión y fijación, legar a la descendencia esa experiencia propia, en una forma nueva de herencia, la tradición, (en la más noble de las acepciones de una palabra que evoca a veces influencias conservadoras y regresivas); y ha adquirido una plasticidad de espíritu que lo hace altamente educable y apto para asumir, sucesiva y simultáneamente, diversos modos de vida, y para unirse a múltiples organizaciones o agregados humanos, ejerciendo en ellos aptitudes, ya de generalización, ya de especialización, que le permiten contribuir al perfeccionamiento de esos agre-

---

(1) Lo expresaba ya Darwin al final de su obra "La descendencia del Hombre": "Se puede excusar al hombre porque experimente cierto orgullo por haberse elevado, aunque no sea por sus propios esfuerzos, a la verdadera cima de la escala orgánica; y el hecho de haberse elevado así, en lugar de haber sido colocado en ella primitivamente, puede hacerle esperar un destino aun más elevado en un porvenir remoto".

gados, y colaborar en la división del trabajo conservando a la vez la independencia de su personalidad para el libre ejercicio de sus propias aptitudes individuales.

12. Fruto de la evolución biológica inconsciente, el hombre, el de la cultura humanista, ha adquirido conciencia de esa evolución, va conquistando el conocimiento de sus métodos, de las fuerzas materiales y morales que la impulsan o que la contrarían, de las leyes que gobiernan la vida del individuo y de las sociedades humanas, y, en su afinada moral humanista, siente el deber de dirigir esa evolución hacia los fines éticos que la conciencia moderna postula. Lo que el racionalismo metafísico del siglo XVIII intentó en un vuelo genial del espíritu libre, lo confirma la ciencia positiva del racionalismo actual; es el Prometeo moderno que, solo, sin ayuda de potencias místicas, lucha por liberar al hombre del dolor e impulsar la ascensión gloriosa de la especie.

Todas las maravillosas aptitudes del espíritu humano han estado milenariamente ahogadas por la superstición religiosa. Para que en tres o cuatro siglos ellas hayan fructificado en las enormes realidades de la civilización moderna y florezcan en las maravillosas esperanzas que lícitamente han inspirado, ha sido preciso descristianizar a la humanidad; o, a lo menos, iniciar la obra en ese sentido, obra que requiere todavía enormes esfuerzos en pro de la cultura individual y de la transformación social.

Nuestra civilización —que hemos visto no es cristiana y se realiza sin el cristianismo y contra él, según propia confesión de sus más autorizados representantes— es realmente obra de la razón libre, libre de la doble tiranía del dogma y de la coacción política, pero no alejada de la realidad, ni rebelde a las enseñanzas de la vida, sino, al contrario, ligada y subordinada con amor filial— como a madre y maestra— a la experiencia y a su forma organizada y metódica, la experimentación.

La razón ha ejercido una doble acción que explica que haya podido crear una nueva civilización.

Ella ha dado al hombre una nueva concepción del fin de la vida, de los verdaderos intereses humanos, cifrados en la vida misma; y le ha dado a la vez, con las ciencias, los me-

dios para realizar ese fin, para defender sus vitales intereses, haciendo la vida humana más sana, más segura, más intensa y más bella. El humanismo, al que la razón inspira, trabaja solo —contra el auténtico cristianismo— para realizar esos objetivos, sintetizados en el progreso humano.

La historia de la civilización es el desarrollo de un doble proceso, cualitativo y cuantitativo; por un lado, elevación de la cultura en lo moral y en lo intelectual a estadios cada vez más altos del espíritu humano y de la organización social; y por otro, extensión de esa cultura por el acceso de un número más y más grande de individuos al conocimiento y a la libertad.

La Iglesia, con la fuerza de su organización y el apoyo de los grupos sociales regresivos, trabaja con perseverancia incansable contrariando en ambos sentidos ese proceso progresivo, y aprovecha la desorganización de las fuerzas de la libertad y la cultura, —divididas en la lucha por otros intereses y distraídas al servicio de otros fines secundarios,— para destruír en lo posible la obra constructiva de la civilización que aquéllas realizan, obligándolas así a desarrollar empujes de reacción defensiva, desgraciadamente intermitentes, no mantenidos con la necesaria continuidad.

13. Ciertamente, no es nuestra civilización moderna una creación exclusiva de los principios humanistas ni una realización auténtica de sus ideales. Precisamente, en nombre de estos principios e ideales se la juzga imperfecta y se reclama su transformación; en nombre de esos principios e ideales humanistas se quiere mejorar el orden social vigente, por la realización más efectiva de la libertad del pensamiento y la conciencia, con la consiguiente superación y extensión de la cultura; por la afirmación de una auténtica libertad política; por la realización efectiva de la igualdad mediante la justa equiparación de las posibilidades sociales de todos los seres humanos, en bien de ellos mismos y del progreso social; por la elevación del nivel de la vida humana, no sólo en el bienestar, la seguridad y los goces materiales, sino en el engrandecimiento cultural y el aumento de los goces del espíritu; y en nombre de esos principios e ideales se lucha por el progreso, juzgado no tanto por los perfeccionamientos técnicos, sino, sobre todo,

por la vigencia de ideales solidaristas de justicia - bondad, fundados en el respeto sagrado de la personalidad humana.

El humanismo representa, así, y realiza en las costumbres y las leyes, esas profundas aunque a veces vagas aspiraciones de solidaridad y de bondad propias hoy del hombre común, y que, por un difundidísimo error, se atribuyen a la herencia del cristianismo.

El humanismo que no admite las limitaciones que a su ideal solidarista ponen los prejuicios nacionalistas, clasistas y raciales proclamados por los totalitarismos políticos modernos, no admite tampoco las barreras de los prejuicios religiosos, que secularmente han ensangrentado el mundo, entorpecido el progreso cultural, envenenado la vida social y ensombrecido la existencia individual, prejuicios que el totalitarismo papal proclama en forma de dogmas. El humanismo postula una norma incondicional de respeto —no de mera tolerancia— a los fueros sagrados del espíritu, única ley capaz de afirmar sin violencia, en la libertad, el imperio de una paz social digna y fecunda. Esta paz de ningún modo obsta a la lucha de las ideas —que en sí mismas no piden tolerancia— para la defensa de la verdad y el ataque contra el error.

Las ideas, las teorías, los sistemas, requieren crítica comprensiva pero severa para el reconocimiento de toda verdad y, a la vez, el rechazo y la refutación de todo error, según el criterio de cada uno, en la libertad y sin menoscabo del respeto que toda mente sincera debe merecer aunque parezca errada.

Esa norma es condición necesaria del progreso de la verdad y sólo por incomprensión del fanatismo puede considerarse que hay agravio cuando, respetando a la persona, se intenta demostrar que sus ideas son erróneas.

14. En los espíritus dominados por las malas influencias de las religiones positivas, es norma muy general difamar al humanismo auténtico, el humanismo liberal.

Así, el filósofo católico Jacques Maritain pretende explicar la marea antirracionalista como una reacción "contra el humanismo de la razón cerrada sobre ella misma, pero que abre al hombre a las potencias de abajo; que le cierra más las comunicaciones superiores y al espíritu que liberta, y amura a la criatura en el abismo de la vitalidad animal".

Lo que Maritain llama "razón cerrada" es la razón abierta a todas las verdades de la experiencia y de la experimentación y liberada de la cárcel de la Revelación y de las cadenas de los dogmas que la esclavizaron bajo el cristianismo.

Lo que él llama "la criatura humana encerrada en el abismo de la vitalidad animal", es en realidad el hombre de la cultura humanista cuya elevación espiritual es consecuencia necesaria de la libertad que ha ido conquistando. Porque, como dice Vaz Ferreira, "libres, la razón y la afectividad se conservan más sensibles: crece, en lugar de embotarse, su sensibilidad, desde luego para la verdad, que ya comprende justicia y verdad, y directamente para la bondad misma. La libertad de todas las funciones espirituales es la que mantiene su sensibilidad". ("Fermentario", pág. 22, Ed. Losada).

Por otra parte, la elevación espiritual del hombre liberado por el humanismo es tan evidente que ella es reconocida y proclamada aun por autorizados escritores católicos. Así, puede leerse en Yves Simón ("Par delá l'expérience du désespoir"): "Aplicando esas reglas, no temeremos declarar que el mundo occidental ha realizado progresos en el dominio de la ciencia positiva, en el dominio de la técnica, en el dominio de la conciencia moral, en el curso del período que va desde el Renacimiento hasta nuestros días. Se podría poner a la luz otros hechos de progreso en las mismas sociedades en el curso de la misma parte de la historia; por razones de simplicidad nos abstenemos de explorarlas" (p. 202). Y respecto de esta cuestión moral, refiriéndose al sentimiento de justicia, y eliminando cuestiones que le parecen difíciles, se concreta a examinar el espíritu de individuos de "élite" cuyo contenido de conciencia moral se conoce claramente, en el siglo XIII, en el Renacimiento y en la edad contemporánea, y establece que la conclusión no es dudosa; "la observación de la conciencia de los justos, en el curso de los últimos siglos de la historia de nuestras sociedades, revela grandes progresos". Y cita, en apoyo de su conclusión, la inconsciencia moral con que bajo pretextos vagos e infundados, se condenaba como criminales a los prisioneros de guerra y se aceptaba, al igual que el trabajo extenuante de los niños, la terrible miseria de las clases populares,

sin reaccionar contra esa iniquidad de la organización social y sin comprenderla.

15. La Iglesia se mantiene fiel a esa tendencia sosteniendo la diferencia de clases. Ese es el sentido en que suele invocarse la palabra del Evangelio según San Mateo (XXVI, 11) que afirma que siempre habrá pobres. La diferenciación de clases es categóricamente proclamada justa por los Papas aun en nuestra época. Siguiendo a León XIII, Pío X la afirmaba en 1905, en un motu propio, y la refirmaba en carta al Episcopado francés contra "Le Sillón" (25 de Agosto de 1910) y Benedicto XV la ratificaba en su primera encíclica, en 1914. Esa doctrina es, según comenta el jesuita De la Briére, "la verdadera interpretación de la doctrina cristiana y católica", y agrega que ella "afirma claramente el carácter natural, necesario y legítimo de la desigualdad de las clases sociales; **cosas todas queridas por el Creador en el orden armonioso de la Providencia, como las condiciones normales y humanas de nuestra prueba santificante de aquí abajo**". (El subrayado es nuestro).

16. Verdad que la experiencia histórica confirma, es que la laicización de la moral ha robustecido el amor del hombre por la Humanidad en la medida que restringía la devoción por la Divinidad. Esta última es por sí casi toda la moral primitiva, esencialmente religiosa; excepción significativa: la religión del sabio Buda, que suprime a Dios y lleva a los últimos extremos el amor a todos los hombres y a todos los seres.

La moral laica moderna pospone y hasta anula los deberes para con Dios, lo cual horroriza a los religiosos, pero éstos deben comprender que es así cómo la moral moderna, humanista, ahonda el amor al Hombre, y lo extiende a toda la humanidad, y lo afina en conceptos, deberes e instituciones que la moral cristiana no comprendía ni sentía. Durkheim ("La educación moral") aprobando como lógica e históricamente impuesta la enseñanza laica, recomienda a los educadores "no limitarse a comentar la vieja moral de nuestros padres, sino que es necesario que ayude a las nuevas generaciones a adquirir conciencia del nuevo ideal hacia el cual tienden confusamente y que las oriente en ese sentido". "No basta, agrega, que

conserve el pasado, es necesario que prepare el porvenir". Este sabio consejo, que significa dar a la moral racional su verdadera extensión tan superior a la moral religiosa, adolece, sin embargo, en la forma, del defecto de hacer aparecer ese ensanche y elevación como un hecho del futuro, siendo evidentemente un hecho ya en amplio desarrollo en la vida social y que ha trascendido a la vida política.

17. Al eliminar el fundamento religioso del amor del hombre por el hombre, la filosofía laica no necesita crear otro fundamento; encuentra el amor nacido del instinto (1), como lo explicaba ya Cicerón afirmando que la "naturaleza humana ordena al hombre hacer el bien a su semejante, cualquiera que sea, por el solo hecho de que es hombre como él"; es decir por la necesidad natural que expresaba Séneca al afirmar "es necesario que viváis para otro si queréis vivir para vosotros mismos". La razón, que no inventa el sentimiento moral, lo ha explicado y confirmado y lo ha desarrollado en nuevas exigencias de justicia adecuándolas a la compleja vida de las sociedades modernas y concretándolas en leyes e institutos de cultura, de higiene, de bienestar material, de previsión, de protección a favor de los ancianos, las mujeres, los niños, los desvalidos y en general de todos los necesitados. Es una inspiración general de la democracia laica expresada en Francia por la fórmula corriente de que el solidarismo es la moral de la III República. El mismo Durkheim lo explica: "Ahora bien, el desarrollo del individualismo tiene como resultado abrir la conciencia moral a nuevas ideas y hacerla más exigente. Porque, como cada uno de los progresos que ha hecho tiene por consecuencia un concepto más alto, un sentido más delicado de lo que es la dignidad del hombre, no puede desarrollarse sin hacernos aparecer como contrarias a la dignidad humana, es decir, como injustas, relaciones sociales cuya injusticia no sentíamos para nada en otros tiempos. Inversamente, por otra parte, la fe racionalista reactúa sobre el sentimiento individualista y lo estimula. Porque la injusticia es irracional y absurda, y, por consiguiente, nos volvemos cada vez más sensibles a los

(1) Instinto solidario de la especie heredado de los antepasados pre-humanos.

derechos de la razón. Es así natural que cualquier progreso de la educación moral encaminado a una mayor racionalidad no puede producirse sin que al mismo tiempo nazcan nuevas tendencias morales, sin que se despierte una mayor sed de justicia, sin que la conciencia pública se sienta trabajada por oscuras aspiraciones" (1). Condorcet tenía razón cuando consideraba inseparables el progreso moral y el progreso intelectual.

18. La evidente elevación espiritual de los pensadores humanistas es la que, según la exacta observación de Lord Morley, ha iluminado la conciencia de las confesiones cristianas capaces de evolución, para poner sus principios y sentimientos en armonía con la civilización humanista.

Nadie que mire sin prejuicios el espectáculo del mundo moderno, puede dejar de ver el imperio del ideal moral en el ejercicio positivo del bien y en la reacción de las conciencias frente a las injusticias y las crueldades que presenta todavía la realidad social, contra las que se rebela el humanismo con su espíritu solidario y su conciencia del deber de liberar al hombre del dolor y la miseria, lo que ya hemos visto (cap. IV) no es misión del Evangelio ni tarea de los cristianos auténticos.

Nuestro eminente compatriota Vaz Ferreira, afirmando categóricamente el progreso moral como indiscutible, más cierto, más indiscutible aún que el progreso intelectual, y combatiendo los pesimismos y las creencias o impresiones de decadencia moral en nuestra civilización, ha mostrado, con la claridad profunda que lo caracteriza, la verdadera elevación moral del espíritu moderno evidenciada por un fenómeno que contribuye a que se oscurezca la cuestión y que se ponga en duda esa misma elevación de la moral, y se hable de su crisis y decadencia. Ese fenómeno es el de la creación de nuevos ideales, que en parte se desarrollan armónicamente con los anteriores, pero que, en parte, los contrarían y limitan; de modo

---

(1) **Obra citada. Durkheim llama "individualismo" a la doctrina que postula la liberación y el desarrollo de las posibilidades del individuo, doctrina totalmente coincidente con la que nosotros hemos llamado "humanismo".**

que el hombre moderno se ha creado, por superación moral y amplitud intelectual, una moral "conflictual" y aparece sirviendo menos claramente, menos totalmente, determinados ideales, por servir a la vez otros igualmente morales con los que aquéllos interfieren lo cual hace que su actuación sea menos efectista que la de los especializados en un solo ideal, y a los que la historia y la pedagogía presentan bajo sus luces con relieves acaso ficticios de heroísmo ("La actual crisis del Mundo desde el punto de vista racional").

19. El humanismo tiene directamente en su espíritu ideales activos que han transformado la moral cristiana, que desprecia la felicidad humana sobre la tierra. En vez de la preocupación egoísta de la propia salvación, característica de la religión de "yo y mi Salvador", que no necesita las amistades humanas (Santo Tomás) y vive con el pensamiento puesto en el mundo sobrenatural, en el humanismo, en cambio, el creyente del nuevo ideal quiere realizar en la vida terrena la felicidad propia y la de los suyos, y necesita, como una condición de ellas, la elevación del medio social por los progresos de la paz, de la cultura, de la higiene, de la seguridad y del bienestar general.

Pero, además, el humanismo glorifica el conocimiento en vez de la creencia, cultiva la ciencia en vez de postular la fe; y, por la natural interacción de la inteligencia y del sentimiento, favorece la elevación de la cultura moral por el progreso de la cultura intelectual.

Vemos al humanismo ligar, en su moral solidarista, la felicidad individual al bienestar general, lo que le da el carácter altruísta activo que se manifiesta en los enormes desarrollos del espíritu de justicia y de beneficencia en el mundo moderno.

Darwin señalaba la influencia de la selección natural sobre los individuos o sobre los grupos en lucha, manteniéndose por las aptitudes de supervivencia; pero, aunque había expresado ya que en la lucha de las especies el éxito no dependía sólo de la propia supervivencia de los seres vivientes actuales, sino muy principalmente de su éxito de tener descendientes (y, agregaremos, de ponerlos en un ambiente de condiciones vitales favorables), él no desarrolló esta idea, que ha sido después destacada vigorosamente (véase Benjamín Kidd "La

Civilización Occidental"), al señalarse que la idea solidarista, bajo la influencia de la teoría evolucionista, se proyecta hacia el futuro. El concepto de amor a la humanidad no se circunscribe, estáticamente, a los hombres del presente, sino que se extiende a la humanidad en marcha hacia el futuro, como un todo cuyos destinos descansan en las posibilidades de la descendencia. El concepto biológico crea así —o amplía y fortifica— un deber hacia esa descendencia, —no la familiar de cada uno, sino la humanidad futura— a cuyo éxito debe sacrificarse en la política social el superávit de energía que pudiera haberse aplicado a los ocios y a los goces superfluos de la humanidad presente.

20. Estas ideas y sentimientos del progreso humano ejercen una influencia fecunda sobre el pensamiento moderno. El profesor J. M. Bury ("La Libertad de Pensamiento" p. 153) dice al respecto: "Hemos venido considerando en esta breve revista de los triunfos de la razón en el siglo XIX, los descubrimientos de la ciencia y de la crítica, que han hecho insostenible la vieja ortodoxia en el terreno de la lógica. Pero el avance de la libertad de pensamiento, la diferencia marcada entre la actitud general de los hombres en todas las tierras hacia la autoridad teológica hoy, y la actitud de hace cien años, no puede explicarse sólo por el poder de la lógica. No es tanto la crítica de las viejas ideas como la aparición de ideas e intereses nuevos, lo que cambia las opiniones de los hombres en general. No son las demostraciones lógicas, sino las concepciones sociales nuevas, las que producen una transformación general de la actitud hacia los problemas últimos. Ahora bien, creo que a la idea del progreso de la especie humana se debe en gran parte este cambio de actitud. Ha operado a mi juicio como un poderoso disolvente de las creencias teológicas. He hablado de la doctrina de Diderot y sus amigos según la cual las energías del hombre deben aplicarse a hacer la tierra agradable. Un nuevo ideal sustituyó al antiguo, que se basaba en proposiciones teológicas. Fué el que inspiró a los filósofos utilitarios ingleses (Bentham, James Mill, J. Stuart Mill, Grote), quienes predicaron que el objeto supremo de la acción, y la base de la moralidad, es la mayor felicidad del mayor número. Este ideal fué poderosamente reforzado por

la doctrina del progreso histórico, iniciada en Francia por Turgot en 1750, que hizo del progreso el principio orgánico de la historia. Se desarrolló por Condorcet (1793), y fué trasplantado por Priestley a Inglaterra. La idea fué recogida por los filósofos socialistas franceses..."

"...Pero fué Comte el que dió a la doctrina peso y poder. Su filosofía social y su religión de la Humanidad se basan en ella. Los triunfos de la ciencia la respaldan; se asocia, aunque no se halla implicada necesariamente, con la teoría de la evolución; y hay que reconocer que ella ha sido la fuerza espiritual que ha servido de guía al siglo XIX. **Ha introducido el nuevo principio ético del deber con la posteridad. No nos equivocaríamos mucho si decimos que el nuevo interés por el futuro y por el progreso de la especie, ha hecho muchísimo para socavar inconscientemente el antiguo interés por la vida más allá de la tumba, y ha disuelto la estéril doctrina de la corrupción radical del hombre".** (Subrayados nuestros).

21. Y en cuanto al futuro de la idea de progreso, cabe afirmar, con Julián Huxley, que ella —transformada hoy en doctrina científica— "está destinada a reemplazar no solamente el mito del progreso, sino todos los otros mitos del destino terrestre del hombre. Ella no podrá dejar de ser una de las piedras que en el futuro pueda tomar el lugar de la teología; y ella constituirá el fundamento exterior más importante de la moral humana". ("Les conditions du Progrés", ensayo publicado en "Conférences de l'UNESCO", 1946, Ed. Fontaine).

22. El gran motor, el fecundo impulso propulsor de la evolución civilizadora moderna, ha sido la razón libre; primero, en la forma del racionalismo metafísico del siglo XVIII; después, en la forma del racionalismo científico actual (experimental e inductivo).

La guía suprema de nuestra cultura es la razón.

Frente a la teología, a la Revelación y a las supersticiones cristianas, la razón ha creado la filosofía y la ciencia, ha evolucionado transformándose a sí misma, y ha reconocido los límites de su propio poder; ha inspirado un ideal humanista que hace sagrada la personalidad humana e inviolable los fueros del espíritu; ha postulado una moral social solidaria de colaboración y de paz; y ha proyectado un régimen político de-

mocrático que debe poner la fuerza del Estado al servicio de la cultura, la justicia y la libertad, todo ello condición indispensable del progreso humano.

Los principios de la Iglesia de Roma, concretados en el "Syllabus", son absolutamente negatorios de esos elementos esenciales de la cultura humanista y de sus posibilidades de perfeccionamiento, y el totalitarismo católico les ha hecho siempre guerra implacable.

23. Pero hay quienes, sin rechazar de plano o negar francamente los principios humanistas, pretenden que es indispensable completarlos con elementos míticos.

Así, Maritain critica el humanismo "antropocéntrico" porque prescinde de Dios y porque, al sustituir el Evangelio por la Razón, pone entre paréntesis o acaba negando "oración, milagro, verdades suprarracionales, sentido del pecado y de la gracia, beatitudes evangélicas, necesidad de la "ascesis", de la contemplación, de los medios de la cruz"; y dice Maritain que "para la vida humana, para el movimiento concreto de la historia, eso significa amputaciones reales muy serias".

Y también fuera del Catolicismo, y aún de las demás religiones positivas, otros espíritus religiosos integran la básica concepción científica del mundo, con un Espíritu Santo omnipotente, o con la idea de Dios como animadora de su unidad, o con otras concepciones semejantes.

24. El Profesor Huxley ("Vivimos una revolución"), rechaza triunfalmente aquellos agregados míticos, afirmando, por una parte, la plena capacidad de la ciencia para la concepción del universo si se sigue el desarrollo de sus diversas ramas, hasta concluír en la psicología moderna; y proclamando, por otra parte, infecunda y perjudicial, la mezcla de dos modos de pensar antagónicos.

La justa posición del humanismo científico ante la pretensión de mezclarle o introducirle elementos míticos —concretamente, cristianos— es la de un rechazo rotundo.

Por otra parte, el ideal humanista, con su pasión de libertad, su devoción solidarista, su fervor por la verdad, constituye por sí solo toda una religión. Hablando del liberalismo —esencia del ideal humanista— dice Benedetto Croce: "Si es religión, y no puede ser otra cosa, una concepción de

la vida con una actitud ética correspondiente, el liberalismo es una religión, y como tal lo han sentido y pensado sus secuaces; como tal ha inspirado entusiasmo de fe y ha tenido apóstoles y mártires".

El humanismo liberal es toda una religión, y una religión que ha alcanzado ya un grado de universalidad que jamás lograron las religiones dogmáticas.

25. En la grandiosa aventura de la civilización, nadie puede, ni aún los grandes maestros, tener la pretensión de señalar metas concretas al progreso o trazar construcciones definitivas para ese misterioso futuro.

La única obra seria es la de pensar, no en el final concreto, para preconstituirlo, sino en función de dirección y de ritmo; desarrollar las fuerzas que dirigen la historia en el sentido del progreso y pueden acompañar el movimiento vertiginosamente acelerado que marca la trayectoria de la evolución humana, y despejar las vías de esa evolución eliminando las causas de retroceso o de estancamiento.

En ese sentido del gobierno de la evolución, las causas de progreso y retroceso son conocidas por la enseñanza milenaria de la historia y por la realidad actual evidente; ellas nos muestran la obra civilizadora del racionalismo —hoy científico— que ha engendrado la civilización moderna; y frente a ella la acción retardataria, negativa, del catolicismo, el más auténtico cristianismo evangélico, y de ciertas sectas que se le asemejan, acción que debería considerarse anacrónica aun por quienes atribuyen en el pasado algunos efectos benéficos a la gran regresión supersticiosa que ahogó en la civilización antigua los gérmenes fecundos del progreso humano.

En "Credo de pensadores", planteando el problema del progreso en la organización y la vida del mundo, dice E. M. Forster: "Tal cambio, sostienen los ortodoxos, sólo puede hacerse por el Cristianismo, y por él se hará cuando Dios lo quiera: el hombre jamás ha conseguido y nunca conseguirá organizar su propia bondad, y es presuntuoso en él intentarlo. Esta afirmación —solemne como es—", dice el eminente novelista, "me deja frío. No puedo creer que el Cristianismo resolverá jamás el actual lío mundial, y creo que

la influencia que conserva en la sociedad moderna se debe a su respaldo financiero más que a su atracción espiritual".

26. En esta hora de profunda revolución social y política el racionalismo científico es la luz que puede iluminar el camino de la evolución humana y es el vínculo de solidaridad que puede acercar y unir a los pueblos y los hombres en una fraternidad fundada en la dignidad del espíritu y en la comunidad del conocimiento y de los ideales; y son sus ciencias y sus técnicas las que pueden desarrollar, junto a aquella revolución social y política, una fecunda revolución científica capaz de hacer económicamente posible la realización del costoso ideal —anticristiano— de bienestar y de goces como ley común humana, y no como privilegio reservado a una minoría, en medio del dolor y la miseria de las masas.

Racionalismo científico con su filosofía y su ciencia libres de toda tiranía, y régimen democrático, de igualdad y justicia, con las supremas garantías de la moral humanista para la independencia del espíritu, son exigencias perentorias, no sólo de la dignidad humana, sino también de la paz y del desarrollo de la civilización.

Esencia de toda la civilización moderna: ciencia y libertad.

27. Enemigos mortales de la cultura y de la civilización: la opresión política, en términos contemporáneos, el totalitarismo, y el pensamiento mítico, irracional.

El eminente profesor J. Huxley tiene razón:

"Actualmente estamos experimentando la lucha entre dos ideales opuestos: el de la subordinación del individuo a la comunidad y el de su intrínseca superioridad. Otra lucha aun en progreso tiene lugar entre la idea de un propósito dirigido hacia una vida futura en un mundo sobrenatural, y la idea de un propósito dirigido al progreso de este mundo existente. Mientras esos conflictos esenciales no sean resueltos, la humanidad no podrá tener otros fines y el progreso humano será vacilante y lento".

Esas dos luchas que afectan vitalmente la civilización y detienen el progreso pueden concretarse así: una, libertad contra totalitarismo; la otra, ciencia contra superstición.

En la primera, la civilización moderna tiene como enemigos a los modernos totalitarismos políticos, y, a la vez, al totalitarismo teocrático, que niega la libertad de pensamiento y de conciencia y la de su expresión, y tiene para el rebelde la misma ley de violencia que los otros totalitarismos.

En la segunda, la civilización tiene por enemiga a la religión católica y a todos los que, como ella, se fundan en verdades reveladas y en dogmas inmutables, y mantienen, para los herejes, toda la severidad de las condenaciones evangélicas.

28. Maritain se asombra del espectáculo a que asistimos, "de una agravación y exasperación del humanismo antropocéntrico en la dirección de las esperanzas racionalistas", las que él puntualiza así: "que el hombre solo y por sí solo, hace su salvación". Es efectivamente el bello pecado del humanismo liberal, alentado por los maravillosos avances de la ciencia y obediente a las imperiosas exigencias de la conciencia humanista, cuyos progresos hemos visto se evidencian y se imponen al pensamiento del observador católico sincero.

Cuando el racionalismo científico impulsa al hombre civilizado a la lucha por el progreso, hacia esa extraordinaria aventura del humanismo heroico, sin apoyos providenciales, no le da un consejo temerario. Sabe, en primer lugar, que ese es el único camino posible de salvación y de elevación. Sabe, por otra parte, que la naturaleza no es tan hostil como a primera vista parece, y que puede ser aliada de quienes saben comprenderla. Cuando lo induce a avanzar como Teseo en el laberinto del incierto futuro, lo hace poniendo en sus manos el hilo del conocimiento de la evolución y a la vez poderosas fuerzas, incluso el rayo de Zeus de las fuerzas atómicas; y para penetrar en la oscuridad —conocer la naturaleza misteriosa que lo rodea— le ha hecho capaz de tocar y pesar lo impalpable y de ver lo invisible, y a través de los cuerpos opacos y en las sombras de la noche; y percibir misteriosas radiaciones para las que sus sentidos eran sordos y ciegos; y ha puesto a sus ojos pupilas de cinco metros de diámetro para que alcance a divisar en las profundidades del infinito, millones de otros mundos, las galaxias, dispersán-

dose vertiginosas en las lejanías de millones de años-luz; y cuando vuelve la mirada hacia lo minúsculo y llega a lo invisible —más pequeño que la onda luminosa— le da el microscopio electrónico —y aun otro más poderoso— para que vea todavía más allá acercándose a los misterios de la íntima estructura en que la energía se hace materia.

En la lucha heroica por descifrar los enigmas siempre renovados de la naturaleza, el espíritu científico no tiene la seguridad de encontrar la total explicación racional del mundo y sabe que, cuando la razón consigue entender y explicar un fenómeno, la luz de la explicación inteligible no disipa radicalmente la oscuridad sino que simplemente, la aleja. Va así ensanchando el radio de lo inteligible, pero oye los lamentos de quienes, ante las dudas, los fracasos y las revisiones impuestas, desconfían del poder de la razón humana; ésta, sin embargo, se reivindica a sí misma por los admirables recursos con que reacciona frente a los obstáculos, que le ocasionan fracasos más aparentes y momentáneos que reales y definitivos. Sin contar con los progresos que el desenvolvimiento del espíritu mismo realiza en esa lucha constante por el conocimiento.

29. Nuevo Prometeo, el racionalismo científico ha robado a los cielos el fuego sagrado. Prometeo —y no Jesús— es el numen inspirador de la civilización, el auténtico salvador de la Humanidad.

La superstición tradicional puede coronar con la imagen del mítico Jesús la cumbre de las montañas; pero en las cimas espirituales de nuestra cultura, quien recibe el homenaje de las conciencias humanas liberadas es Prometeo, símbolo del humanismo, del esfuerzo inteligente del hombre, salvándose a sí mismo —y salvando a sus hermanos— sin la mentida ayuda de los dioses.

La redentora labor cultural del humanismo implica una terrible lucha con las poderosas fuerzas organizadas de la reacción, y de esa lucha tenaz depende el rumbo de la historia y el destino de nuestra civilización.

Sólo la ignorancia puede no ver en esa lucha más que odio antirreligioso, y esa ignorancia es la única y débil excusa que podrían alegar aquellos que se alían al fanatismo

para difamar a quienes, generosamente, batallan por la libertad, la cultura y la justicia, animados por el convencimiento de que, según la palabra de un eminente contemporáneo, "luchando para que triunfe el humanismo científico, luchamos por el más noble ideal que jamás hayan conocido los hombres y por su más elevada esperanza". (Albert Bayet, "Qué es el humanismo", palabras finales).

INDICE

